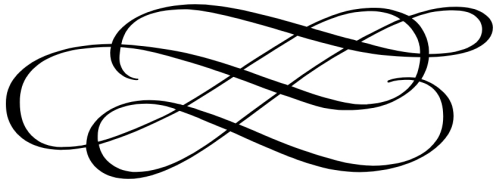

El Libro del Hospicio
SYBIL COOK

EL LIBRO DE REGISTRO DEL HOSPICIO



SYBIL COOK

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

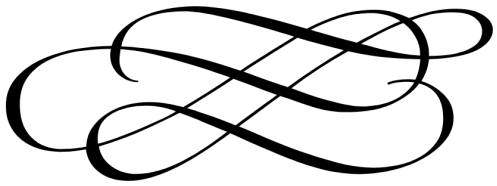
Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Obras de Sybil Cook

CAPÍTULO 1



Hesper hundió sus manos rojas e hinchadas en el agua hirviendo para sacar la pesada sábana de lino del fondo de la tina. El calor le mordía la piel y hacía que le escocieran las grietas de los nudillos mientras subía la tela mojada a la tabla de lavar. Apoyó todo su peso en el movimiento y restregó la pastilla de jabón áspero sobre la mancha.

Bea le dio un toque con un codo huesudo.

—Oye. Hes.

Hesper no dejó de frotar.

—Mantén la cabeza baja —susurró Hesper—. El celador anda al acecho.

—Que no. —Bea escurrió un cuello con un gruñido de esfuerzo—. Está por ahí molestando a las chicas de la cocina. Lo he visto pasar. Escucha. ¿Te has enterado de lo de Mary?

Hesper hizo una pausa para apartarse un mechón de pelo de los ojos con la muñeca.

—¿Qué Mary?

—Mary la alta. La que tiene... la que cojea. —Bea frotó con más fuerza—. Ayer cumplió la edad máxima. La señora ni siquiera le dio

una asignación. Se limitó a abrir la puerta y... bueno. Se ha ido.

Hesper miró el agua gris que se arremolinaba en su tina.

—Encontrará trabajo —dijo Hesper—. Es lo bastante fuerte.

—No lo es. Tiene la pierna mal. —Bea dejó de frotar y miró a Hesper con ojos grandes y aterrorizados—. Nosotras somos las siguientes, Hes. Yo cumplo los dieciocho el mes que viene. Tú ya los has pasado. Solo están esperando a que... a que haya demasiada gente.

—Nos buscarán destino. —Hesper atacó la sábana de nuevo—. Servicio doméstico. Una casa bonita. Quizá de ayudante de cocina.

—¿Servicio doméstico? ¿Nosotras? —Bea soltó una carcajada seca y amarga—. Somos ratas de hospicio. Ninguna casa elegante querrá que toquemos su plata. A nosotras nos esperan las fábricas textiles. O la calle.

Hesper sintió que un nudo frío se le apretaba en el estómago. Frotó la sábana hasta que le ardieron los hombros.

—No iré a las fábricas —dijo Hesper—. Huiré antes de respirar ese polvo de algodón.

—¿Y a dónde irás? —preguntó Bea—. ¿Eh? ¿A dónde vas a ir? No tienes parientes. Yo no tengo parientes. No tenemos nada más que esta tina.

—Ya encontraré la forma.

Las pesadas puertas de roble al final de la alargada sala se abrieron de golpe contra las paredes de piedra. El sonido resonó como un disparo. Todas las chicas de la habitación se quedaron heladas. El rascado de las tablas se detuvo. Los chapoteos cesaron.

El señor Griggs estaba en el umbral. Se daba golpecitos con el bastón contra la pierna.

—¡Vane! —gritó.

Hesper se sobresaltó. Bea dejó caer el cuello al agua con un chapoteo.

—¡Vane! —gritó Griggs de nuevo—. La señora la llama. Ahora mismo.

Hesper se secó las manos mojadas en el delantal. Miró a Bea; el rostro de su amiga estaba pálido y tenso por el miedo.

—Anda, ve —susurró Bea—. No la hagas esperar. O te quitará parte de las raciones.

Hesper mantuvo la cabeza baja mientras pasaba por delante de las filas de tinas. Las otras chicas la observaban con una mezcla de lástima y alivio de que no fueran ellas. Siguió a Griggs fuera de la húmeda lavandería y por el pasillo lleno de corrientes de aire. Sus zuecos de madera resonaban contra el suelo de piedra.

Intentó estabilizar su respiración. Que te llamaran al despacho de la señora solía significar problemas. Un robo. Un plato roto. Una queja.

Griggs se detuvo ante la pesada puerta y llamó una vez.

—Adelante —dijo una voz desde el interior.

Griggs abrió la puerta y empujó a Hesper hacia delante.

—Aquí la tiene, señora.

Hesper entró tropezando en la habitación. Era el único lugar de St. Jude que siempre parecía cálido. Un fuego de carbón ardía en la chimenea y proyectaba una parpadeante luz anaranjada sobre los muebles oscuros. La señora Sneed estaba sentada tras un gran

escritorio de caoba. No levantó la vista. Estaba contando una pila de monedas.

—Ponte ahí —dijo la señora Sneed.

Hesper entrelazó las manos sobre el delantal y esperó. La señora Sneed movió un chelín de un montón a otro. El metal chasqueó contra la madera.

—Te han asignado un puesto —dijo la señora Sneed.

Hesper parpadeó.

—¿Un puesto, señora?

La señora Sneed levantó por fin la vista. Sus ojos eran pequeños y duros como cuentas de cristal.

—Hacinamiento en las salas —dijo la señora Sneed—. La Junta ha ordenado una reducción de personal. Te he encontrado un puesto. Partes dentro de dos horas.

Hesper sintió que el suelo se balanceaba bajo sus pies. Estaba pasando, tal como había dicho Bea.

—¿A... a dónde voy? —preguntó Hesper—. ¿Es una fábrica?

—A una casa —dijo la señora Sneed—. Obsidian Hall. Serás ayudante de fregar.

Hesper soltó un aire que no sabía que estaba reteniendo.

—Gracias, señora —dijo Hesper—. Gracias.

La señora Sneed cogió un pequeño montón de monedas y las empujó por el escritorio.

—Sus jornales acumulados —dijo—. Cinco chelines.

Hesper se quedó mirando las monedas. Cinco chelines. Miró a la señora Sneed.

—¿Cinco chelines? —preguntó Hesper—. ¿Señora?

—Cógelos —dijo la señora Sneed—. Y firma el libro de registro.

Hesper no se movió.

—Señora... he estado aquí desde los cinco años —dijo Hesper—. Quince años. He trabajado en la lavandería. He trabajado en la cocina. He fregado los suelos. Cinco chelines no... no está bien.

La señora Sneed entrecerró los ojos.

—¿Perdón?

—La ley dice que acumulamos un salario —dijo Hesper. Le temblaba la voz, pero se obligó a soltar las palabras—. Un penique a la semana a partir de los doce años. Eso debería ser... debería ser más que esto. Mucho más.

La señora Sneed se puso de pie. Se movió tan rápido que Hesper no tuvo tiempo de reaccionar.

Plas.

La bofetada le escoció a Hesper en la mejilla e hizo que su cabeza girara violentamente hacia un lado. Le zumbaba el oído. Le supo a cobre en la boca.

—Miserable malagradecida —siseó la señora Sneed.

Hesper se llevó la mano a la mejilla. Las lágrimas le asomaron a los ojos, pero se negó a dejar que cayeran.

—¡Te di un techo! —gritó la señora Sneed—. ¡Te di una cama! ¡Te alimenté cuando no eras más que una mocosa chillona abandonada

en mi puerta! ¡Una comida al día durante quince años! ¿Y te atreves? ¿Te atreves a citarme la ley?

—Me gané el sustento —dijo Hesper en voz baja—. Trabajé.

La señora Sneed dio un puñetazo en el escritorio. —Fuera. Fuera de mi vista antes de que cambie de opinión y te envíe al burdel de Fleet Street en su lugar. Siempre buscan carne fresca.

La señora Sneed abrió un cajón de un tirón. Rebuscó entre papeles y plumas hasta que agarró algo. Lo arrojó sobre el escritorio.

Aterrizó con un tintineo hueco y metálico junto a las monedas.

—Y llévate esta basura —escupió la señora Sneed—. La encontramos entre tus pañales de recién nacida. Debería haberla tirado al río hace años, pero... ah, se perdió entre los legajos. Latón inútil. Igual que tú.

Hesper alargó la mano para cogerlo.

Era un guardapelo mate y deslucido. Parecía de latón o de hojalata barata. Estaba abollado por un lado y se sentía áspero bajo su pulgar.

Hesper lo levantó y le dio la vuelta. Grabadas en el metal blando y barato había dos letras.

R.G.

Pasó el pulgar por encima de las marcas.

—Mi madre —susurró Hesper.

—Su madre debía de ser una ramera o una mendiga —dijo la señora Sneed—. ¿Dejar a una niña con nada más que un pedazo de chatarra? Patético. Ahora recoja sus harapos. El carruaje sale a mediodía. Si no está en él... bueno. Ya sabe cuál es la alternativa.

Hesper agarró los cinco chelines. Apretó el barato guardapelo en su puño hasta que los bordes se le clavaron en la palma.

—Sí, señora —dijo Hesper.

Se dio la vuelta y huyó de la habitación.

El dormitorio estaba vacío. La mayoría de las chicas estaban en su turno en la sala de costura o en la lavandería. Hesper se arrodilló junto a su estrecha camilla y sacó su bolsa de lona de debajo.

No tenía mucho. Dos camisones de repuesto desgastados por los codos, un peine al que le faltaban púas y un trozo de cinta que había encontrado una vez en la cuneta y que había lavado hasta dejarlo limpio.

Los metió en la bolsa.

Se sentó en el borde del colchón y se subió la falda. Se bajó la media de lana. Colocó el guardapelo deslucido contra su tobillo. Lo sintió frío contra la piel. Cogió un trozo de cuerda basta y lo ató fuerte. Se volvió a subir la media.

No podía llevarlo a la vista. Si las otras chicas lo veían, se lo robarían. Si el nuevo amo lo veía, podría pensar que lo había robado. Estaba más seguro aquí. Escondido.

—¿Hes?

Hesper se sobresaltó y se alisó la falda.

Bea estaba en la puerta, con las manos aún rojas por el agua. Parecía pequeña.

—Tengo que irme, Bea —dijo Hesper.

—¿Te marchas? —Bea entró en la habitación. Se secó las manos en el delantal—. ¿Ahora?

—A Obsidian Hall —dijo Hesper. Abrió la mano y le mostró las monedas a Bea—. Me ha dado cinco chelines.

Bea abrió mucho los ojos.

—Cinco chelines —susurró Bea—. Eso es... eso es una fortuna, Hes.

—Son quince años de vida —dijo Hesper con amargura—. Pero es un comienzo.

Bea se sentó en la cama junto a ella. Empezó a llorar. Unos sollozos suaves y entrecortados que sacudían sus hombros delgados.

—Eh, no hagas eso —dijo Hesper. Pasó el brazo por los hombros de Bea—. No llores.

—No puedo evitarlo —dijo Bea—. Tienes suerte. Una casa. Una casa de verdad. A mí me enviarán a las fábricas. Lo sé. No duraré ni una semana con ese polvo. Ya tengo el pecho delicado.

—Durarás —dijo Hesper—. Eres fuerte. Más fuerte que yo.

—No lo soy. —Bea sorbió por la nariz—. Tengo miedo, Hes.

Hesper agarró a Bea por los hombros y la giró para que estuvieran frente a frente.

—Escúchame —dijo Hesper—. Voy a ir a esa mansión. Voy a trabajar duro. Ahorraré mi sueldo y, cuando tenga suficiente... te encontraré. Te lo prometo.

—No lo harás —dijo Bea—. Te olvidarás de mí. Estarás comiendo ternera asada y durmiendo en una cama de plumas.

—No lo haré —dijo Hesper—. Sobrevivimos. Eso es lo que hacemos. Tú sobrevive hasta que vaya a buscarte. Prométemelo.

Bea se limpió la nariz con el dorso de la mano.

—Te lo prometo.

La campana del patio sonó. Era mediodía.

—Tengo que irme —dijo Hesper.

Cogió su bolsa y abrazó a Bea con fuerza, sintiendo los afilados huesos de la columna de su amiga. Luego se apartó y salió del dormitorio sin mirar atrás.

El carruaje olía a terciopelo enmohecido y a polvo viejo. Hesper se sentó en el borde del asiento e intentó hacerse pequeña. La señora Sneed se sentó frente a ella y ocupó la mayor parte del espacio con sus amplias faldas.

El carruaje traqueteó sobre los adoquines mientras abandonaban la ciudad. Hesper miraba a través de la mugrienta ventanilla cómo los edificios de ladrillo manchados de hollín daban paso a campos verdes. Nunca había visto tanto verde. Le dolían los ojos.

—Siéntate derecha —le espetó la señora Sneed.

Hesper enderezó la espalda.

—Los Brunt son una familia poderosa —dijo la señora Sneed. Se ajustó el sombrero—. Magnates de la alfarería. Nuevos ricos, por supuesto. Pero con mucho dinero. Tendrás cuidado con tus modales.

—Sí, señora —dijo Hesper.

—No robarás —dijo la señora Sneed—. Les he dicho que eres honrada. No me dejes por mentirosa. Si me entero de que has cogido aunque sea una cucharilla, me aseguraré de que te pudras en la cárcel.

—Yo no robo —dijo Hesper.

—Todo el mundo roba si tiene la oportunidad —dijo la señora Sneed —. Especialmente los de tu calaña.

Hesper miró por la ventana. Había una vaca parada en un campo y la observó agitar la cola.

—¿Quién... quién es la familia? —preguntó Hesper.

—El señor Thaddeus Brunt —dijo la señora Sneed—. Un hombre severo. No tolera tonterías. Y su esposa, la señora Rowena Brunt.

La señora Sneed bajó la voz.

—Ella es... especial. Muy nerviosa. No le lleves la contraria. No le hables a menos que te haga una pregunta directa. Y, por el amor de Dios, no mires al joven amo a los ojos.

—¿Al joven amo?

—El señor Lysander —dijo la señora Sneed—. Pronto regresará de la universidad. Es un caballero. Tú eres una sirvienta. Estás por debajo de su atención. No intentes atraer su mirada. No quieren que la chusma de la calle se quede mirando a sus superiores.

—No lo haré —dijo Hesper.

—Asegúrate de no hacerlo —dijo la señora Sneed—. Esta es una gran oportunidad, Hesper. La mayoría de las chicas como tú acaban en la cuneta. Te he dado una vida. Muestra algo de gratitud.

Hesper se tocó la mejilla donde la señora Sneed la había abofeteado. Aún le latía.

—Sí, señora.

El carruaje aminoró la marcha y giraron para atravesar un par de enormes puertas de hierro. Hesper se inclinó hacia delante.

Obsidian Hall estaba construida con piedra oscura y negra que parecía absorber la luz del aire. Era inmensa y tenía torres, ventanas altas y gárgolas posadas en los aleros. Parecía un castillo de un libro de cuentos, pero de uno de miedo.

—Es... grande —susurró Hesper.

El carruaje se detuvo. Un lacayo con un uniforme impecable abrió la puerta. Miró el tosco vestido y la bolsa de lona de Hesper con una mueca de desprecio.

—Por aquí —dijo.

Las condujo al interior de la casa. Hesper intentaba mirarlo todo a la vez. El suelo era de mármol blanco y negro. Una lámpara de araña del tamaño de una rueda de carro colgaba del techo. Había cuadros de personas de aspecto severo en marcos dorados.

Caminaron por un largo pasillo y el lacayo se detuvo ante unas puertas dobles.

—Esperen aquí —dijo.

Se escabulló dentro. Hesper se quedó junto a la señora Sneed. Le temblaban las manos mientras se alisaba el vestido.

—Deja de moverte —siseó la señora Sneed.

Las puertas se abrieron.

—Las recibirán ahora.

Entraron en un despacho. Estaba forrado de libros de suelo a techo y un fuego chisporroteaba en una chimenea enorme.

Un hombre estaba sentado en un sillón de cuero. Tenía hombros anchos y patillas pobladas, y parecía un toro embutido en un traje.

—¿Esta es la chica? —preguntó. Su voz era profunda y fuerte.

—Sí, señor Brunt —dijo la señora Sneed. Hizo una profunda reverencia. Le dio un codazo a Hesper.

Hesper hizo una reverencia.

—Hesper Vane, señor —dijo la señora Sneed—. Fuerte, sana y muy trabajadora.

—Levanta la vista, muchacha —dijo Thaddeus Brunt.

Hesper levantó la barbilla.

La puerta de al lado de la habitación se abrió y una mujer entró.

A Hesper se le olvidó respirar. La mujer era hermosa. Llevaba un vestido de seda azul que crujía cuando se movía; tenía el cabello oscuro y recogido muy alto en la cabeza, y parecía una reina.

—¿Thaddeus? —dijo la mujer—. ¿Es esta... la nueva ayuda?

Rowena Brunt caminó hacia ellos. Llevaba una delicada taza de té de porcelana en la mano. Miró a la señora Sneed con aburrida indiferencia. Luego miró a Hesper.

Sus miradas se cruzaron y Rowena se quedó helada. Su rostro se puso blanco y sus ojos se abrieron tanto que Hesper pudo ver el blanco alrededor de los iris oscuros. Parecía aterrorizada, como si hubiera visto un fantasma.

La taza que sostenía se le resbaló de los dedos y golpeó el suelo de madera, haciéndose añicos en cien pedazos. El té caliente salpicó el dobladillo de su vestido de seda azul.

—¡Rowena! —Thaddeus saltó de su silla—. ¡Querida! ¿Estás bien?

Rowena no se movió mientras miraba fijamente a Hesper, con el pecho agitado.

—Yo... —balbuceó Rowena—. La mano. Se... se me ha resbalado.

Una doncella entró apresuradamente desde el pasillo con un paño y cayó de rodillas para recoger los fragmentos.

—¿Te has quemado? —preguntó Thaddeus. Cogió las manos de Rowena. —Estás temblando.

—Estoy bien —susurró Rowena. Retiró sus manos y volvió a mirar a Hesper.

—¿Quién es ella? —preguntó Rowena. Su voz era quebradiza.

—Hesper Vane, señora —dijo la señora Sneed—. De St. Jude.

Rowena se acercó y miró a Hesper de arriba abajo, luego torció el labio en una mueca de desprecio.

—No me gusta —dijo Rowena.

—¿Querida? —preguntó Thaddeus.

—Parece... hosca —dijo Rowena—. Y enfermiza. Mírale las manos. Rojas y ásperas. Está sucia, Thaddeus. No la quiero en la casa.

El corazón de Hesper martilleaba contra sus costillas. Miró a la señora Sneed y esta parecía molesta.

—Está limpia, señora —dijo la señora Sneed—. Trabaja en la lavandería. Por eso tiene las manos rojas.

—Llévatela de vuelta —Rowena se dio la vuelta—. Tráeme a otra. Una mejor.

Hesper sintió frío. Si volvía, Sneed cumpliría su amenaza y la enviaría al burdel.

—Tonterías, Rowena —dijo Thaddeus.

Rowena se giró bruscamente.

—Thaddeus, insisto en...

—No —dijo Thaddeus mientras volvía a sentarse—. La chica parece lo bastante fuerte. Lysander regresará pronto. La casa es un caos. Necesitamos manos hoy, Rowena. No la semana que viene. Tardaríamos días en encontrar un reemplazo.

—¡No me importa! —la voz de Rowena subió de tono—. ¡No la quiero aquí!

—Estás siendo irrazonable —dijo Thaddeus con firmeza—. Se queda. Sneed, puedes marcharte.

Rowena miró fijamente a su marido, luego miró a Hesper.

—Está bien —escupió Rowena.

La señora Sneed hizo una reverencia y salió apresuradamente de la habitación, dejando a Hesper sola. Rowena se acercó a Hesper y se plantó tan cerca que Hesper pudo ver el polvo de su cara mientras esta se inclinaba.

—Escúchame, muchacha —siseó Rowena—. Trabajarás en el fregadero. Te mantendrás fuera de la vista. Si te pillo robando... si te pillo tratando de alcanzar cosas que están fuera de tu posición... te destruiré.

—Sí, señora —susurró Hesper.

—Haré que te tiren a la cuneta —dijo Rowena—. ¿Me entiendes?

—Sí, señora.

Thaddeus hizo sonar una campanilla en su escritorio.

—¡Señora Grix! —gritó.

Una mujer mayor con un severo vestido negro apareció en el umbral; llevaba un manojo de llaves en la cintura que tintineaba al caminar.

—Muestra a la chica sus aposentos —dijo Thaddeus—. Ponla a trabajar.

—Sí, señor —dijo la señora Grix. Miró a Hesper—. Sígueme.

Hesper hizo una reverencia a Rowena, pero la mujer ya se había dado la vuelta y miraba fijamente al fuego, así que Hesper siguió a la señora Grix fuera del despacho y por el pasillo.

Caminaron en silencio mientras la señora Grix la guiaba a través de una puerta de paño verde y la casa cambió, porque los suelos de mármol se convirtieron en piedra y el aire se volvió más frío mientras subían una estrecha escalera que parecía no tener fin.

—Tienes suerte —dijo la señora Grix. No miró atrás—. El señor Thaddeus está de buen humor.

—¿Ah, sí? —preguntó Hesper.

—Te ha mantenido, ¿verdad? —dijo la señora Grix—. La señora suele salirse con la suya.

Llegaron a lo alto de la escalera y la señora Grix abrió una pequeña puerta al final del estrecho pasillo.

—Es aquí —dijo.

Hesper entró.

La habitación era diminuta y el techo estaba tan inclinado que solo podía estar erguida en el centro, pero había una cama, un estrecho camastro de hierro con una colcha, y un lavabo.

—¿Es... mío? —preguntó Hesper.

—Hasta que te despidan —dijo la señora Grix—. Eres la única aquí arriba por ahora. La otra chica se fue la semana pasada.

Hesper dejó su bolsa sobre la cama y se dio cuenta de que estaba sola, por lo que no tendría a otras veinte chicas roncando y tosiendo.

—Te enseñaré las instalaciones —dijo la señora Grix—. Deja tus cosas.

Hesper la siguió de nuevo escaleras abajo.

—Esa puerta lleva a la cocina —señaló la señora Grix—. La cocinera es una tirana, no la hagas enfadar... Ese es el patio. Mañana lo estarás fregando.

Pasaron por delante de unas puertas dobles.

—Esa es la biblioteca del joven amo —dijo la señora Grix—. Está prohibido entrar.

—Sí, señora Grix.

—A menos que estés limpiando, no entres ahí —dijo la señora Grix —. Al señor Lysander le gusta su intimidad. Lee. Dibuja. No quiere ser molestado por las criadas.

—Lo entiendo.

—Y las reglas —dijo la señora Grix. Se giró para mirar a Hesper—. No contradigas a la señora. Ya la has visto hoy. Es vengativa. Si te coge manía... bueno. La vida se vuelve muy difícil.

—Creo que ya me ha cogido manía —dijo Hesper.

—Entonces será mejor que trabajes el doble —dijo la señora Grix—. Y nunca mires al joven amo a los ojos. Es impropio.

Hesper asintió. Sintió el pesado relicario de latón presionando contra el hueso del tobillo bajo su media.

—Sí, señora Grix.

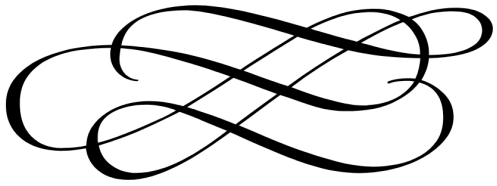
La señora Grix la miró de arriba abajo y suspiró.

—Eres una birria —dijo—. Pero te endurecerás. Todas lo hacemos.

Señaló con el brazo hacia los pasillos oscuros y las interminables habitaciones.

—Bienvenida a Obsidian Hall.

CAPÍTULO 2



Lysander Brunt cambió de postura sobre los mullidos asientos de terciopelo del carruaje e intentó ignorar el persistente dolor en las sienes que había comenzado en cuanto el tren entró en la estación y ellos se trasladaron al coche privado.

El traqueteo de las ruedas contra los adoquines solía calmarlo, pero hoy sonaba como una cuenta atrás que restaba los segundos de su libertad, mientras el grisáceo esmog industrial de Staffordshire se alzaba ante ellos como un cardenal en el horizonte.

Philip estaba despatarrado en el asiento de enfrente, con las botas cruzadas por los tobillos y una sonrisa despreocupada plantada en la cara que hacía que Lysander se sintiera infinitamente más viejo que sus veinticuatro años.

—¡Dios, qué bien sienta estar de vuelta en suelo inglés como es debido! —dijo Philip, lanzando una manzana a medio comer por la ventana con un despreocupado movimiento de muñeca—. Pensé que este último trimestre no acabaría nunca; si hubiera tenido que escuchar una sola conferencia más sobre acueductos romanos, creo que me habría tirado al Tíber.

Lysander levantó la vista del cuaderno de dibujo que descansaba sobre su rodilla, donde había estado sombreando distraídamente la cornisa de una catedral.

—Los acueductos son maravillas de la ingeniería —dijo Lysander, aunque a su voz le faltaba convicción—. Sin ellos, la ciudad se habría colapsado.

—Aburridos es lo que son —se rió Philip y sacó una petaca de plata del bolsillo de su abrigo para dar un largo trago antes de ofrecérsela a Lysander—. Te lo tomas todo tan en serio, Lysander, que por eso tienes canas antes incluso de tener esposa. La universidad fue una juerga, un poco de diversión para pasar el tiempo antes de que empiece el verdadero negocio de la vida, pero tú actuabas como si cada examen fuera un juicio en Old Bailey.

Lysander rechazó la petaca con un gesto porque el estómago ya se le estaba revolviendo ante la idea de lo que le esperaba en Obsidian Hall.

—Para mí no fue solo una juerga —dijo Lysander—. Quería aprender, Philip. Quería entender cómo construir cosas que duren, cosas que importen.

—Y lo has hecho, ¿no? —Philip tapó la petaca y se la guardó—. Matrículas de honor, profesores embobados con tus bocetos y todas esas tonterías. Pero ¿para qué sirve en realidad? Quiero decir, mírame a mí. Aprobé raspado y pasé más tiempo en las tabernas que en la biblioteca y, sin embargo, aquí estoy, regresando a una fortuna y a una vida de absoluto ocio.

—¿Es eso todo lo que quieres? —preguntó Lysander, mirando por la ventana mientras los campos verdes empezaban a dar paso al ladrillo ennegrecido de los distritos fabriles—. ¿No hacer nada?

—No es no hacer nada —dijo Philip, ofendido—. Es gestionar un patrimonio. O, bueno, contratar a gente para que gestione el patrimonio mientras yo cazo y organizo fiestas. Mi padre amasó la fortuna para que yo pudiera disfrutarla, e intento honrar su duro trabajo gastando su dinero con entusiasmo.

El carruaje aminoró la velocidad al entrar en las afueras de la ciudad, donde las calles eran más estrechas y estaban atestadas de obreros que cambiaban de turno. Philip se inclinó hacia delante y pegó la cara al cristal, recorriendo a la multitud con ojos de depredador.

—Hola —murmuró Philip, dando toquecitos en el cristal—. Mira a esa. La chica del chal marrón.

Lysander miró sin pensar y vio a una joven que caminaba deprisa por la acera con un cesto en el brazo y la cabeza agachada bajo la llovizna.

—¿Qué pasa con ella?

—Una buena pieza —dijo Philip, lamiéndose los labios de una forma que hizo que a Lysander se le erizara la piel—. Mira qué tobillos. No me importaría parar el carruaje y ofrecerle que suba, si entiendes lo que quiero decir. Unas cuantas monedas y probablemente estaría agradecida por la atención de un caballero.

Lysander cerró su cuaderno de bocetos con un golpe seco.

—Para ya, Philip.

Philip se volvió, parpadeando sorprendido.

—¿Para qué?

—De hablar de ella como si fuera un trozo de carne en el escaparate de una carnicería —dijo Lysander con voz dura—. Es una persona, no un entretenimiento para tu tarde.

Philip puso los ojos en blanco y se desplomó de nuevo contra el asiento.

—Oh, ahórrate el sermón, San Lysander —gruñó Philip—. Has estado demasiado tiempo en Italia, donde las mujeres son estatuas. Es ley

de vida. Los hombres como nosotros tenemos necesidades, y las chicas como ella tienen... bueno, ellas también tienen necesidades, sobre todo económicas. Es una transacción.

—Es explotación —dijo Lysander, apretando la encuadernación de cuero de su libro hasta que se le pusieron blancos los nudillos—. El hecho de que tengamos dinero no nos da derecho a usar a la gente.

—Eres demasiado idealista para tu propio bien —dijo Philip, sacudiendo la cabeza con una sonrisa de lástima—. Espera a llevar un mes en casa. El aire de aquí te quita de golpe esas tonterías románticas. La clase es la clase, Lysander. No puedes cambiar eso por ser amable con el servicio.

Lysander volvió a mirar por la ventana porque sabía que discutir con Philip era como intentar clavar gelatina en una pared. El carruaje traqueteó al pasar junto a las imponentes siluetas de los hornos de cerámica, con sus chimeneas en forma de botella escupiendo humo negro al cielo, y Lysander sintió que el peso familiar se asentaba sobre sus hombros.

—Lo temes, ¿verdad? —preguntó Philip, suavizando un poco el tono.

—¿Temer el qué?

—Volver a casa —dijo Philip—. Pareces un hombre que marcha hacia el patíbulo.

—No es el patíbulo —dijo Lysander en voz baja—. Son solo... las expectativas.

—¿Tu padre?

—Quiere que me haga cargo de todo —dijo Lysander—. Lleva tres años escribiéndome cartas sobre cuotas de producción, envíos de arcilla e impuestos de exportación. Cree que ahora que tengo mi título, simplemente... encajaré. Como un ladrillo en un muro.

—Y tú quieres construir catedrales —se rió Philip—. Trágico.

—Quiero construir casas —le corrigió Lysander—. Viviendas dignas para los trabajadores, no estos tugurios por los que estamos pasando ahora. Quiero usar lo que he aprendido para mejorar las cosas, pero Thaddeus... él ve la arquitectura como un pasatiempo. Una extravagancia.

—Es un hombre ambicioso —dijo Philip—. Construyó Obsidian Hall de la nada. Quiere que protejas su legado, ¿y quién puede culparlo? Es un legado impresionante. Algún día serás el hombre más rico de Staffordshire.

—No me importa el dinero —dijo Lysander, y lo decía en serio—. Me importa la asfixia. En el momento en que cruzo esas puertas, dejo de ser Lysander y empiezo a ser el «Heredero de Thaddeus Brunt». Es un papel para el que nunca hice una audición.

Philip le dio una palmada en la rodilla.

—Anímate, muchacho —dijo Philip—. Al menos la bodega está bien surtida. Y si la madrastra se vuelve demasiado insoportable, siempre puedes venir a mi casa y esconderte. Mi padre está sordo como una tapia y rara vez se da cuenta de quién hay en la casa.

El carruaje giró bruscamente y aparecieron las puertas de hierro de Obsidian Hall, imponentes y ominosas contra el cielo gris. Lysander sintió que se le encogía el estómago cuando la casa se reveló ante él, una descomunal bestia gótica de piedra negra que parecía absorber la luz en lugar de reflejarla. Era magnífica en su lobreguez, un testimonio del poder de su padre y de su falta de sutileza.

El carruaje se detuvo en el patio y el lacayo se apresuró a abrir la puerta.

Philip saltó primero, estirando los brazos por encima de la cabeza.

—Bueno, aquí te dejo —dijo Philip—. Mi carruaje me espera para llevarme a la mansión. No dejes que la penumbra te coma vivo, Lysander.

—Lo intentaré —dijo Lysander, bajando a la grava.

Vio a Philip alejarse hacia su propio vehículo antes de volverse para mirar la casa. Las macizas puertas delanteras se abrieron de par en par y una figura familiar salió apresurada, con las llaves tintineando en la cintura.

La señora Grix se veía exactamente igual que tres años atrás, quizá un poco más encanecida en las sienes, pero su rostro se iluminó con una sonrisa amplia y genuina que caldeó el aire frío.

—¡Señorito Lysander! —exclamó, bajando los escalones con el crujido de sus faldas—. ¡Pero mírate! Has crecido otra pulgada, lo juro, o quizá sea solo el aire italiano.

Lysander sintió que una sonrisa sincera vencía a su aprensión y dio un paso adelante para abrazarla, ignorando el rígido protocolo que dictaba que un señor no debía abrazar al servicio.

—Señora Grix —dijo Lysander, aspirando el aroma a almidón y jabón de lavanda que siempre la acompañaba—. Es un alivio ver una cara amiga.

Ella le dio una palmadita en la mejilla con una mano áspera y dio un paso atrás para inspeccionarlo.

—Estás demasiado flaco —declaró, sacudiendo la cabeza—. No te han alimentado bien por allí, ¿verdad? Todo pasta y aceite. Esta noche te daremos un buen rosbif.

—He echado de menos su cocina —mintió Lysander con suavidad, sabiendo que el cocinero era quien hacía el trabajo, pero la señora Grix radiaba de alegría de todos modos.

—Tu padre te está esperando —dijo la señora Grix, recobrando la seriedad mientras señalaba hacia la casa—. En el despacho. Lleva paseándose de un lado a otro desde el mediodía.

La sonrisa de Lysander se desvaneció y el peso volvió a sus hombros.

—¿Está solo? —preguntó Lysander, bajando la voz mientras miraba hacia las oscuras ventanas de los pisos superiores—. ¿O está... está la bruja por aquí?

La señora Grix le dio un azote ligero en el brazo, aunque sus ojos bailaban de diversión.

—¡Señorito Lysander! —le reprendió en un susurro—. No debes llamarla así. Las paredes oyen en esta casa.

—¿Está aquí?

—Se está vistiendo para la cena —dijo la señora Grix—. Quiere que todo esté perfecto para tu regreso. Lo llama una gran celebración.

—Una gran tortura, más bien —masculló Lysander.

—Venga, vamos —le apremió la señora Grix hacia la puerta—. No hagas esperar a tu padre. Ya sabes cómo se pone cuando se le descuadran los horarios.

Lysander respiró hondo, se ajustó el corbatín y subió los escalones para entrar en el cavernoso vestíbulo de Obsidian Hall. El aire del interior era fresco y olía a cera de abejas y dinero viejo. Entregó su abrigo a un lacayo y caminó directo hacia las puertas del despacho, deteniéndose un segundo para armarse de valor antes de girar el picaporte de latón.

Thaddeus Brunt estaba de pie junto a la ventana, contemplando sus tierras, pero se volvió en cuanto entró Lysander. Era un hombre

fornido, de pecho ancho e imponente, con unas patillas que enmarcaban una mandíbula que parecía un bloque de granito.

—¡Lysander! —tronó Thaddeus, cruzando la habitación en tres largas zancadas para envolver a su hijo en un abrazo asfixiante—. ¡Muchacho! ¡Has vuelto! Deja que te vea.

Thaddeus lo sujetó por los hombros, manteniendo las distancias, con los ojos brillando de orgullo.

—Te veo bien —dijo Thaddeus—. Un poco artístico en el vestir, tal vez, pero eso tiene solución. Un hombre de Staffordshire necesita buena lana, no esta endeble seda italiana.

—Hola, padre —dijo Lysander, zafándose con delicadeza—. Me alegra verte.

—Y a mí, y a mí —dijo Thaddeus, dirigiéndolo hacia los sillones de cuero junto a la chimenea—. Siéntate, siéntate. Sírvete un brandy. Tenemos mucho que hablar. He recibido tus notas finales de la universidad. Ejemplares. Verdaderamente ejemplares. Sabía que tenías cerebro para ello, aunque la materia fuera un poco... fantasiosa.

Lysander se sentó, pero ignoró el decantador.

—La arquitectura no es fantasiosa, padre —dijo Lysander—. Es estructural. Es esencial.

—Por supuesto, por supuesto —Thaddeus hizo un gesto de desdén con la mano mientras se sentaba tras su macizo escritorio—. Los edificios tienen que sostenerse. Eso lo entiendo. Pero ahora que has vuelto, podemos centrarnos en las estructuras reales. El negocio.

Thaddeus cogió un pesado libro de contabilidad y lo dejó caer con un golpe seco sobre el escritorio.

—La producción ha subido un veinte por ciento este trimestre —dijo Thaddeus, con los ojos encendiéndose con el fervor del comercio—. Hemos conseguido un contrato con los distribuidores americanos. Es algo enorme, Lysander. Y contigo aquí, podemos ampliar los hornos del oeste. Quiero que me sigas a todas partes a partir de mañana. Pasarás un mes en la oficina de contabilidad, luego un mes en la fábrica y después te harás cargo de la división de exportación.

Lysander sintió que las paredes del despacho se le echaban encima.

—Padre —empezó Lysander—. Acabo de cruzar el umbral de la puerta.

—¡Hay que machacar el hierro mientras está caliente! —se rió Thaddeus—. O mientras la arcilla está húmeda, ¿eh? Eres un chico listo. Le pillarás el truco en nada. Llevo cuatro años esperando este día. Un imperio Brunt e Hijo.

—Tengo algunas ideas —dijo Lysander, inclinándose hacia delante—. Sobre la arquitectura. He visto las viviendas de los obreros al llegar. Los tejados están cedidos, padre. Y el drenaje parece inexistente. Si pudiera trazar unos planos, podríamos construir casitas nuevas. Eficientes. Mejoraría el ánimo y la salud...

Thaddeus lo interrumpió con una carcajada estrepitosa.

—¿Viviendas? —Thaddeus sacudió la cabeza—. Lysander, has estado fuera demasiado tiempo. Dirigimos un negocio, no una organización benéfica. Los obreros tienen tejado. Eso es más de lo que tienen la mayoría. No gastamos los beneficios en comodidades para gente que acabará quemando las tablas del suelo para calentarse.

—No es caridad —argumentó Lysander—. Es inversión. Los obreros enfermos no pueden trabajar. Y las estructuras son peligrosas. Mi formación...

—Tu formación —dijo Thaddeus, endureciendo un poco la voz— fue una educación muy cara que pagué para que pudieras ser un caballero. Pero ahora es momento de ser un hombre de negocios. Guarda los cuadernos de dibujo, Lysander. Es hora de madurar.

—¿Eso es lo que cree que es mi pasión? —preguntó Lysander, sintiendo el aguijonazo del desprecio—. ¿Garabatos infantiles?

—Creo que todo el mundo tiene aficiones —dijo Thaddeus—. Pero las aficiones no construyen imperios. Seguirás mis pasos porque eso es lo que hacen los hijos. Te guste o no, me lo agradecerás cuando seas el hombre más rico del condado.

Antes de que Lysander pudiera responder, la puerta del despacho se abrió y una nube de caro perfume de lavanda flotó en la habitación.

—¡Aquí está!

Rowena Brunt entró en la estancia con un crujido de seda esmeralda. Parecía tan hermosa y fría como una estatua de jade, con su cabello oscuro recogido en lo alto y sujeto con peinetas de perlas. Se dirigió hacia Lysander con los brazos abiertos.

Lysander se puso en pie, tensando la espalda por instinto.

—Rowena —dijo.

—Lysander, querido —arrulló ella, atrayéndolo hacia un abrazo que se sintió como el de una serpiente constrictora. Besó el aire junto a su mejilla—. Bienvenido a casa. Te hemos echado terriblemente de menos.

Se apartó, dejando sus manos sobre los hombros de él mientras lo inspeccionaba con ojos críticos.

—Qué apuesto —dijo, aunque su sonrisa no llegaba a sus ojos—. Italia te ha refinado. ¿Verdad que se le ve refinado, Thaddeus?

—Parece que necesita un corte de pelo —gruñó Thaddeus, aunque miraba a su esposa con adoración—. Pero sí. Ha vuelto.

—Debemos celebrarlo —dijo Rowena, entrelazando su brazo con el de Lysander—. He encargado una cena de gala. La cocinera se ha superado a sí misma. Venid, el comedor está listo y tenemos mucho de qué ponernos al día.

Lo arrastró hacia la puerta y a Lysander no le quedó más remedio que seguirla, lanzando una mirada desesperada a su padre, que ya estaba cerrando el libro de contabilidad, ajeno al malestar de su hijo.

El comedor era un salón cavernoso iluminado por una lámpara de cristal que proyectaba una luz cruda sobre la larga mesa de caoba, dispuesta con plata y porcelana fina. Lysander tomó asiento a la derecha de su padre, mientras que Rowena se sentó frente a él.

El primer plato fue sopa, servida en silencio por los lacayos.

—Así que —dijo Rowena, rompiendo el silencio mientras tomaba la sopa con delicadeza—, Thaddeus me dice que el contrato americano ya está firmado.

—Lo está —dijo Thaddeus, partiendo un panecillo—. Un triunfo. Lysander y yo estábamos discutiendo cómo gestionará él la logística de los envíos.

—Estoy segura de que será brillante —dijo Rowena—. Siempre ha sido... listo.

La puerta se abrió de golpe y entró un joven dando traspiés, con el corbatín torcido y el rostro encendido. Andrew, el hijo de Rowena y hermanastro de Lysander, parecía que lo hubieran arrastrado a través de un seto.

—Siento llegar tarde —masculló Andrew, dejándose caer en la silla junto a Rowena sin mirar a nadie—. Perdí la noción del tiempo.

—Andrew —espetó Rowena, con voz afilada—. Tenemos invitados. Mira quién ha vuelto.

Andrew levantó la vista y parpadeó hacia Lysander con ojos apagados y carentes de interés.

—Ah —dijo Andrew—. Hola, Lysander. ¿De vuelta de pintar cuadritos?

—Arquitectura —corrigió Lysander automáticamente—. Hola, Andrew.

—¿No ves que tu hermano está en casa? —tronó Thaddeus—. Siéntate derecho, muchacho. Muestra algo de respeto.

—Bienvenido —gruñó Andrew, buscando de inmediato la botella de vino.

Rowena suspiró, un sonido delicado de paciencia sufrida, y volvió a centrar su atención en Lysander.

—No le hagas caso —dijo con una sonrisa forzada—. Es joven. Bien, Lysander, debemos pensar en tu calendario social. Has estado fuera tanto tiempo que es probable que la gente haya olvidado que existes. Tenemos que volver a presentarte en sociedad.

—No estoy buscando vida social, la verdad —dijo Lysander, removiendo la sopa en el cuenco—. Tengo mucho trabajo que hacer si pretendo entender el negocio.

—Tonterías —dijo Rowena—. Un hombre en tu posición necesita una esposa. Es esencial para consolidar tu futuro. Ayer mismo hablaba con Lady Catherine. Su hija, Elmira, debuta esta temporada. Es una chica encantadora. Muy obediente. Muy rica.

Lysander sintió que se le quitaba el apetito por completo.

—No estoy buscando esposa, Rowena —dijo Lysander con calma—. No he hecho más que terminar mi formación. Me gustaría establecerme antes de meter a una mujer en mi vida.

—Tonterías —dijo Rowena de nuevo, agitando la cuchara—. Tienes veinticuatro años. Es la edad perfecta. A menos que... —Hizo una pausa, con los ojos brillando de malicia por encima del borde de su copa de vino—. ¿A menos que prefieras esperar? ¿Tal vez encuentres la compañía de los libros más estimulante que la de las mujeres? O tal vez te falte... entereza para el matrimonio por ahora.

El insulto fue sutil, envuelto en preocupación, pero golpeó a Lysander como una bofetada. Vio a Andrew reírse por lo bajo en su copa de vino.

—No tiene nada que ver con la entereza —dijo Lysander, con la voz volviéndose fría—. Tiene que ver con la elección. Y yo elijo no ser exhibido como un caballo de premio en una feria regional.

—Solo pensamos en tu felicidad —dijo Rowena, llevándose la mano al pecho con un gesto fingido de dolor—. Thaddeus, díselo tú. Necesita una esposa para llevar esta casa algún día.

—Tiene razón, hijo —dijo Thaddeus, asintiendo mientras masticaba la carne—. Un hombre necesita una anfitriona. Y Elmira trae una dote considerable. Es buen negocio.

—¡El matrimonio no es un negocio! —espetó Lysander, golpeando la mesa y haciendo saltar los cubiertos—. ¿Es que es eso lo único que os importa a vosotros? ¿Contratos y fusiones? ¡No soy una mercancía con la que se pueda comerciar!

—¡Lysander! —ladró Thaddeus—. Baja la voz.

—No lo haré —dijo Lysander, poniéndose en pie—. Y no voy a permitir que ella controle mi vida. —Señaló a Rowena con un dedo

tembloroso—. Ella no es mi madre. No tiene voz ni voto en con quién me caso o qué hago.

Rowena ahogó un grito, llevándose la mano a la boca.

—¡Thaddeus! —exclamó—. ¡Me insulta en mi propia mesa!

—¡Siéntate, Lysander! —gritó Thaddeus, poniéndosele la cara de color púrpura—. ¡Pídele perdón a tu madre inmediatamente!

—Es mi madrastra —dijo Lysander, agarrando el respaldo de su silla —. Y se me ha quitado el apetito.

Lanzó la servilleta sobre la mesa y salió furioso del comedor, ignorando los gritos de su padre que resonaban en los techos altos.

Caminó a ciegas por el pasillo, con el corazón golpeándole las costillas. La rabia era ardiente y asfixiante, una banda apretada alrededor del pecho que le dificultaba respirar. Necesitaba aire. Necesitaba alejarse del perfume empalagoso, del tintineo de la plata y de las expectativas interminables.

Dobló una esquina y se detuvo bruscamente.

Colgado en un nicho, iluminado por una única y vacilante lámpara de gas, había un retrato en un marco dorado.

Era su madre.

La habían pintado en la rosaleda, con un vestido rosa pálido y el sombrero de paja en el regazo. El artista había captado la bondad de sus ojos, la suave curva de su sonrisa que Lysander recordaba de sus sueños infantiles. Parecía tranquila. Parecía libre.

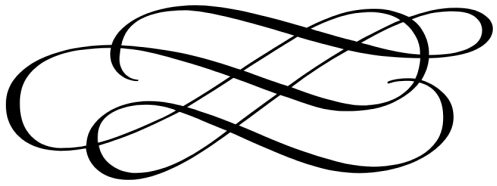
Lysander se quedó frente al cuadro mientras los sonidos del comedor se desvanecían en la distancia. La ira se evaporó, dejando solo un vacío doloroso de soledad.

Alargó la mano y tocó el frío marco dorado, siguiendo el patrón de hojas talladas en la madera.

—Te echo de menos, madre —susurró al silencio.

Se quedó allí un largo rato, deseando que aquellos ojos pintados parpadearan, deseando que ella pudiera salir del marco y decirle cómo sobrevivir en esta casa. Pero la pintura permaneció inmóvil, y Lysander se dio la vuelta, caminando solo hacia la oscuridad de las escaleras superiores.

CAPÍTULO 3



Hesper Vane se subió la fina manta de lana hasta la barbilla para protegerse del frío matinal que se había instalado en el desván durante la noche, tiritando mientras sus pies encontraban los fríos tablones del suelo. Se arrodilló junto al estrecho catre de hierro, entrelazó las manos e inclinó la cabeza mientras la luz grisácea del alba se filtraba por el pequeño cristal de la ventana para iluminar las motas de polvo que danzaban en el aire.

—Señor —susurró en el silencio, con la voz ronca por el sueño—. Dejad que me quede en este lugar. Dejad que sea invisible y lo bastante útil para quedarme hasta que tenga las monedas para marcharme.

Hizo una pausa, apretando los párpados al imaginar el futuro que había construido en su mente durante las largas y oscuras noches en el hospicio.

—Y, por favor, dadme ojos para aprender y manos para trabajar, para que algún día pueda comprar mis propias agujas e hilo y no tenga que fregar ni un solo suelo más en mi vida.

Hesper se puso en pie y se alisó el tosco vestido gris, comprobando su reflejo en el agua del pequeño lavabo para asegurarse de que el pelo estuviera bien recogido bajo la cofia, ya que la señora Grix le había advertido sobre la dejadez. Tocó el pesado guardapelo de latón oculto bajo la media, sintiendo su peso frío contra el hueso del

tobillo como un recordatorio de quién era y de lo que tenía que proteger, antes de dirigirse a la puerta.

Bajó por la estrecha escalera de servicio que descendía en espiral por el eje de la casa, y sus zuecos de madera resonaron suavemente contra la piedra hasta que llegó al calor y el ruido de la cocina. La estancia era una caverna de actividad donde resonaban las ollas y el vapor subía desde la enorme cocina de hierro, aunque tuvo cuidado de no respirar demasiado hondo ni fijarse en los aromas a beicon frito y pan recién horneado que hacían que su estómago vacío se retorciera de hambre.

La señora Grix estaba en la cabecera de la larga mesa de madera, inspeccionando una bandeja de cubiertos de plata con ojo crítico mientras las otras criadas se apresuraban a su alrededor como ratones aterrorizados.

—Llegas tarde, Vane —dijo la señora Grix sin levantar la vista, aunque el reloj de la repisa marcaba que apenas eran las seis.

—Lo siento, señora Grix —dijo Hesper, haciendo una rápida reverencia—. Estaba instalándome.

—Instálate más rápido la próxima vez —dijo la señora Grix, dejando finalmente un tenedor de plata—. Chicas, escuchad. Esta es Hesper. Acaba de llegar de St. Jude's, así que aún no distingue un cuchillo de pescado de una paleta de jardín. La ayudaréis si lo pide y la mantendréis alejada de líos.

Algunas de las criadas murmuraron su asentimiento, lanzando miradas curiosas al vestido de hospicio de Hesper, mientras una chica de mejillas sonrosadas y cofia le dedicaba una sonrisa tímida.

—Ahora —dijo la señora Grix, centrando toda su atención en Hesper —. Tus obligaciones. Empezarás en el fregadero por las tardes, pero las mañanas son para la planta de arriba. Andamos escasos de personal desde que se fue Mary, así que te encargarás del ala este.

Hesper asintió, intentando memorizar la distribución de la casa que solo había entrevisto el día anterior.

—¿El ala este, señora?

—Los aposentos del joven señor —dijo la señora Grix, bajando un poco la voz como si pronunciar el nombre pudiera invocar una tormenta—. La habitación del señor Lysander y su estudio.

Un murmullo de susurros recorrió al resto de las criadas y la chica de las mejillas sonrosadas soltó una risita tras su mano hasta que la señora Grix las hizo callar con una mirada afilada.

—Es muy tiquismiquis con su espacio —advirtió la señora Grix, acercándose a Hesper—. Valora su privacidad por encima de todo. Debes entrar, limpiar y salir. No toques sus papeles. No muevas sus libros a menos que los vuelvas a poner exactamente donde estaban. Y si él está allí... bueno, debes marcharte de inmediato.

—Entiendo —dijo Hesper.

—¿Ah, sí? —La señora Grix enarcó una ceja—. No le gusta tener al servicio rondando. No le gusta la cháchara. Y, desde luego, no le gusta que lo miren. Mantén los ojos en el suelo, haz tu trabajo y asegúrate de no quedarte más de la cuenta. Si se queja, será culpa tuya, no mía.

—No lo molestaré —prometió Hesper—. Seré como un fantasma.

—Asegúrate de serlo —dijo la señora Grix, entregándole un cajón de limpieza lleno de trapos, cera de abejas y un plumero—. Venga, vete ya. Tercera puerta a la izquierda, pasada la galería.

Hesper cogió la pesada caja de madera y salió de la cocina, cruzando la puerta de fieltro verde que separaba el mundo de los criados del de la familia. Caminó suavemente por los pasillos enmoquetados de la planta superior, sintiéndose como una intrusa

en un palacio al pasar ante retratos de hombres serios con peluca y mesas cargadas de jarrones que valían más de lo que valdría su vida entera.

Encontró la puerta que la señora Grix había descrito y se detuvo, con la mano suspendida sobre el pomo de latón. Llamó una vez, un golpe suave que apenas produjo sonido contra el pesado roble.

—¿Servicio de limpieza? —anunció, con la voz temblándole ligeramente.

No hubo respuesta.

Esperó un instante, atenta a cualquier sonido de movimiento o a una voz que le ordenara marcharse, pero el silencio se prolongó. Insegura, giró el pomo y empujó la puerta centímetro a centímetro, asomándose por la rendija para cerciorarse de que la estancia estaba realmente vacía.

Lo estaba.

Hesper entró y soltó un suspiro que no sabía que contenía.

La habitación era vasta, mucho más elegante que cualquier cosa que hubiera visto jamás, con pesadas cortinas de terciopelo echadas contra la luz de la mañana y una enorme cama con dosel que parecía lo bastante grande para que durmiera en ella toda una sala del hospicio. Pero fue el desorden lo que le llamó la atención, pues a diferencia del orden gélido y prístino del resto de la casa, esta habitación se sentía vivida.

Los libros se apilaban en torres precarias sobre el suelo y la mesilla de noche. Un escritorio en la esquina estaba cubierto de grandes hojas de papel, reglas y tinteros.

—Limítate a limpiar —se susurró a sí misma—. No mires. Solo limpia.

Dejó el cajón de limpieza y cogió un trapo, empezando por la repisa de la chimenea donde un reloj hacía tictac. Fue recorriendo la habitación, quitando el polvo de los pesados marcos de los cuadros y sacando brillo a la madera del armario.

Cuando llegó al escritorio, vaciló. La señora Grix le había dicho que no tocara sus papeles, pero la capa de polvo sobre la superficie de caoba era lo bastante gruesa como para escribir su nombre en ella.

—Solo los levantaré —pensó—. Levantar y limpiar. No pasa nada por eso.

Levantó con cuidado la esquina de una gran hoja de papel, con la intención de deslizar el trapo por debajo, pero el dibujo le llamó la atención. No era solo un dibujo; era un plano, una compleja red de líneas y medidas que detallaban el arco de un tejado. Se detuvo, con el trapo suspendido en el aire, y se inclinó más cerca.

El Viejo Albañil del hospicio le había enseñado cosas así, dibujando en la tierra con un palo para explicar cómo una clave sostenía un puente o por qué goteaba el tejado de la lavandería. Siguió la línea del dibujo con los ojos, reconociendo la geometría, el equilibrio de peso y soporte. Era hermoso de una manera en que las cortinas de terciopelo no lo eran; era lógico.

Dejó el papel y cogió otro, ordenando el montón que había quedado esparcido al azar sobre el secante. Alineó los bordes de los libros, creando orden a partir del caos, con la mente rebosando de la satisfacción de dejar las cosas bien hechas.

El pomo de la puerta hizo clic.

Hesper se quedó petrificada, con la mano aún apoyada en una pila de planos.

La puerta se abrió de par en par y Lysander Brunt entró a grandes zancadas, con aspecto desaliñado y fatigado como si no hubiera

dormido, y el fular suelto alrededor del cuello. Se detuvo en seco al verla, y su mirada saltó de la cara de ella a la mano que tenía sobre su escritorio.

—¿Qué crees que estás haciendo? —exigió, con voz aguda y fuerte en la estancia silenciosa.

Hesper retiró la mano como si el papel la hubiera quemado.

—Yo... estaba limpiando, señor —tartamudeó Hesper, haciendo una torpe reverencia—. Me ha enviado la señora Grix.

—¿Limpiando? —Lysander cruzó la habitación en tres largas zancadas, interponiéndose entre ella y el escritorio como si fuera una amenaza para la nación—. Di instrucciones específicas. Nadie entra en esta habitación. Nadie toca este escritorio.

—No lo sabía —dijo Hesper, retrocediendo un paso hasta que sus talones tocaron el borde de la alfombra—. La señora Grix me dijo que me encargara del ala este esta mañana. He llamado, señor, de verdad que lo he hecho.

—¿Has llamado y has entrado? —Lysander soltó una carcajada, un sonido áspero y sin pizca de gracia—. ¿Y luego te has puesto a hurgar en mis papeles privados? ¿Acaso eso forma parte ahora del servicio de limpieza, o es que tienes órdenes especiales?

Hesper parpadeó, confundida por su hostilidad.

—No estaba hurgando —dijo ella, levantando un poco la barbilla a pesar del miedo—. Estaba ordenando. Esto era un desorden.

—¿Un desorden? —Lysander entornó los ojos y la miró con una sospecha que se sentía como un peso físico—. ¿O quizá buscabas algo específico? Quizá mi madrastra te ha enviado para ver en qué estoy trabajando, ¿eh? ¿Te ha dicho que le informes sobre el hijo pródigo?

—¿La señora? —Hesper negó con la cabeza, desconcertada—. No he visto a la señora Brunt desde ayer. No sé a qué se refiere.

—No te hagas la inocente conmigo —espetó Lysander, pasándose una mano por el pelo—. Sé cómo funciona esta casa. Rowena pone a sus pequeñas espías en todas partes. ¿Qué estabas leyendo? ¿Mis cartas? ¿Mis diarios?

—Estaba mirando el dibujo —dijo Hesper, señalando el plano—. El tejado. Es... es una cercha de par y picadero, ¿verdad?

Lysander se detuvo, con la boca abierta para gritar de nuevo, pero las palabras murieron en su garganta. Miró el dibujo y luego volvió a mirarla a ella, con una expresión que pasó de la ira a la confusión, y luego de nuevo a la sospecha.

—¿Qué puede saber una fregona sobre cerchas? —preguntó él, bajando la voz hasta un susurro peligroso—. A menos que te hayan entrenado para buscarlas. ¿Quién eres tú?

—Soy Hesper Vane —dijo ella—. Soy la criada.

—Eres una mentirosa —dijo Lysander, alargando la mano para agarrarla por la muñeca.

Su agarre era firme, sus dedos rodeando su delgada muñeca como un grillete. Hesper ahogó un grito, mientras un ramalazo de dolor le recorría el brazo, y el recuerdo del hospicio —de la señora Sneed, del bedel— desfiló ante sus ojos. La ira, ardiente y repentina, estalló en su pecho, consumiendo el miedo.

—¡Suélteme! —gritó Hesper, retorciendo el brazo.

Lysander no la soltó; la atrajo más hacia él, fulminándola con la mirada.

—¿Quién te ha enviado? —exigió—. Dime la verdad y no haré que te echen.

—¡Ya le he dicho la verdad! —exclamó Hesper con la voz quebrada —. ¡Estoy aquí para trabajar! ¡Friego suelos y quito el polvo de los estantes para ganarme mis cinco chelines y no me importa nada su madrastra ni sus dibujos ni su paranoia! ¡Estoy haciendo mi trabajo!

Tiró del brazo hacia atrás con todas sus fuerzas.

—¡Me está haciendo daño!

Lysander parpadeó, bajando la vista hacia su mano, donde sus dedos se clavaban en la piel de ella. Pareció darse cuenta de lo que estaba haciendo; la bruma roja de su ira se disipó lo suficiente como para ver que estaba reteniendo físicamente a una chica aterrorizada que apenas tenía la mitad de su tamaño.

La soltó abruptamente, retrocediendo como si se hubiera quemado.

—Yo... —comenzó Lysander, mirando su propia mano con disgusto—. No pretendía...

Hesper se acunó la muñeca contra el pecho, frotándose las marcas rojas que sus dedos habían dejado. Se quedó mirándolo, con el pecho agitado y los ojos encendidos de indignación.

—Es usted un maleducado —dijo ella, y las palabras salieron atropelladamente antes de que pudiera detenerlas—. Todo el mundo decía que era un caballero, pero un caballero no agarra así al servicio. Si no quería a nadie aquí dentro, tendría que haber cerrado la puerta con llave.

Lysander pareció desconcertado, con la boca entreabierta. No estaba acostumbrado a que los criados hablaran; estaba acostumbrado a que se encogieran de miedo.

—Di instrucciones —masculló él, aunque el fuego se había desvanecido de su voz—. A la señora Grix.

—Pues ella no me dijo nada —dijo Hesper—. Me dijo que limpiara. Y habría encontrado otra cosa que hacer con mi tiempo de haber sabido que me asaltarían por ganarme el sueldo.

Lo desafió con la mirada, ignorando la regla sobre el contacto visual, ignorando el miedo que le decía que huyera.

—No soy ninguna espía —dijo con firmeza—. Soy una criada. Y me voy.

Lysander se quedó allí plantado, con aspecto perdido entre sus libros y papeles, y la arrogancia que drenaba de su postura dejó paso a algo que se parecía mucho a la vergüenza.

—Espera —dijo él mientras ella se agachaba para recoger el cajón—. Yo... te pido disculpas. No debí haberte agarrado.

—No —dijo Hesper, incorporándose—. No debió.

—Solo... —Lysander suspiró, frotándose las sienes—. No vuelvas a entrar aquí. Por favor. Necesito... necesito estar solo. Dile a Grix que la habitación ya está hecha. Dile lo que quieras. Solo no vuelvas.

Hesper no hizo ninguna reverencia. No asintió. Simplemente giró sobre sus talones, aferrando sus útiles de limpieza como un escudo, y salió de la habitación, cerrando la pesada puerta tras de sí con un satisfactorio *golpe*.

Se apresuró por el pasillo, con el corazón golpeándole las costillas como un pájaro enjaulado. Esperaba que él la siguiera, que gritara, que la despidiera en el acto por su insolencia, pero el corredor permaneció en silencio.

Bajó de nuevo por la escalera de caracol, con las piernas temblorosas, y entró de golpe en la cocina donde la señora Grix estaba inspeccionando una caja de manzanas.

—Señora Grix —dijo Hesper, sin aliento.

La señora Grix levantó la vista y sus ojos agudos se posaron de inmediato en el rostro encendido de Hesper y en la forma en que se acunaba la muñeca.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la señora Grix, dejando una manzana—. ¿Has roto algo?

—No —dijo Hesper, dejando el cajón sobre la mesa con estrépito—. No he roto nada. Pero no puedo volver allí. Él... él estaba allí.

—¿El señor Lysander? —La señora Grix suspiró, limpiándose las manos en el delantal—. Te dije que fueras rápida.

—He sido rápida —dijo Hesper—. Ha entrado. Me ha gritado. Se cree que soy una espía de la señora.

La expresión de la señora Grix se suavizó, pasando de la autoridad severa a una cansada simpatía. Rodeó la mesa y examinó la muñeca de Hesper.

—¿Te ha hecho daño?

—Me ha agarrado —dijo Hesper—. Pero estoy bien. Solo que está... está loco. Me ha dicho que no vuelva nunca.

—Ah —la señora Grix chasqueó la lengua—. Lo está pasando mal, el pobre muchacho. Volver a esta casa después de haber sido libre... eso afecta al humor de un hombre. Y con la señora rondando por aquí, ve fantasmas donde no los hay.

—Puede ver todos los fantasmas que quiera sin dejarme moratones —masculló Hesper.

—Puede —convino la señora Grix—. Pero él es el señor, Hesper. Y la habitación sigue necesitando una limpieza.

Hesper la miró fijamente. —Me lo ha prohibido.

—Te ha prohibido que lo molestes —corrigió la señora Grix—. Pero si su padre entra ahí y ve polvo en la repisa, no será a Lysander a quien pongan de patitas en la calle, ¿verdad? Será a ti. Y a mí.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Esperar —dijo la señora Grix—. Vigila su horario. Cuando vaya a la fábrica con su padre, o cuando salga a cabalgar... ahí es cuando limpias. Entras, friegas y sales antes de que regrese. Conviértete en el fantasma que te dije.

Hesper se miró las manos. Le parecía injusto verse obligada a servir a un hombre que la trataba como a una criminal, pero el recuerdo de los cinco chelines en su bolsa y la promesa que le hizo a Bea la mantuvieron firme.

—Está bien —dijo Hesper—. Lo haré. Pero si vuelve a pillarme...

—No lo hará —dijo firmemente la señora Grix—. Ahora, andando. Las patatas no se van a pelar solas y la cocinera está de un humor de perros.

Hesper pasó el resto del día en el fregadero, sentada en un taburete bajo con un cubo de agua fría y una montaña de patatas. El raspado del cuchillo contra la piel ayudaba a calmar la adrenalina que todavía le recorría la sangre, aunque la muñeca le palpitaba con un dolor sordo.

La cocina era un hervidero mientras las otras criadas entraban y salían, y su cháchara llenaba el aire como el gorjeo de los gorriones.

—¿Lo habéis visto esta mañana? —preguntó la chica de las mejillas sonrosadas, cuyo nombre Hesper había averiguado que era Polly—. Llevaba ese chaleco gris. Parece un príncipe, ¿verdad? Todo melancólico y sombrío.

—Parece un amargado —dijo Martha, una criada mayor que estaba desplumando un faisán—. Pero es bastante guapo, supongo. Si os gustan de los malhumorados.

—A mí sí —suspiró Polly, dejando caer una peladura al cubo—. He pasado por delante de la biblioteca y ha levantado la vista... os juro que se me ha parado el corazón. Tiene unos ojos como chocolate derretido.

Hesper resopló, pinchando una patata con más fuerza de la necesaria.

—¿Chocolate derretido? —masculló Hesper—. Más bien carbón duro.

Polly la miró, parpadeando. —Tú lo has visto, ¿verdad, Hes? ¿Arriba en su habitación? ¿Cómo es?

—Es un maleducado —dijo Hesper secamente, lanzando una patata pelada a la olla—. Es un arrogante. Y grita.

—Oh, solo lo has pillado en un mal momento —le restó importancia Polly con un gesto de la mano—. Es un artista. Son temperamentales. Es romántico.

—No tiene nada de romántico un hombre que se cree que el mundo gira en torno a su privacidad —dijo Hesper—. Me ha acusado de espiarlo. ¡Como si yo tuviera tiempo de espiar con mil patatas que pelar!

—A lo mejor se ha fijado en ti —soltó Polly entre risitas—. A lo mejor piensa que eres guapa y se ha puesto nervioso.

Hesper se rió, un sonido áspero y seco.

—No se ha fijado en mí —dijo Hesper—. Se ha fijado en un estorbo. Me ha mirado como si fuera una rata royendo su rodapié. Quédate con tu príncipe, Polly. Yo prefiero tratar con los cerdos.

Las otras chicas se rieron, pero Hesper mantuvo la cabeza baja, atacando las verduras con una furia silenciosa. Pensó en la forma en que él había mirado el plano, en cómo le había cambiado el rostro cuando ella mencionó la cercha. Por un segundo, solo un segundo, la había mirado como a una persona. Pero luego la máscara del señor se le había caído de nuevo encima y se había convertido en un Brunt más.

Para cuando se puso el sol y se fregó la última olla, a Hesper le dolía la espalda y tenía las manos arrugadas por el agua. Subió las escaleras del desván con las piernas pesadas y se desplomó en su estrecho catre.

La habitación estaba oscura y en silencio, un marcado contraste con el dormitorio de St. Jude's. Encendió una vela pequeña, protegiendo el preciado cabo de cera que había guardado, y sacó su bolsa de lona de debajo de la cama.

Sacó un librito maltrecho. Era un viejo libro de contabilidad que había robado de la pila de reciclaje del hospicio hacía años; sus páginas estaban casi todas en blanco salvo por unas cuantas listas de inventario. Alisó el papel y cogió un trozo de grafito.

El Viejo Albañil le había enseñado las letras. *A de Arco. V de Viga. C de Columna.* Le había enseñado a escribir para que pudiera entender los planos que él le mostraba, diciéndole que la mente era lo único que los ricos no le podían arrebatar.

Humedeció la punta del grafito con la lengua y escribió la fecha en la parte superior de la página con su caligrafía cuidadosa y de trazo grueso.

La casa es grande, escribió. *El trabajo es duro. El Joven Señor es un sapo con chaleco de seda.*

Hizo una pausa, mirando la llama parpadeante de la vela.

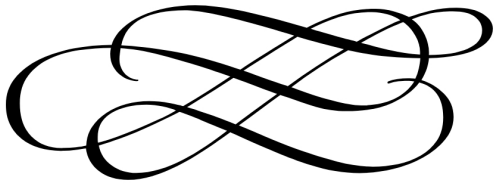
Pero la comida es caliente, añadió. *Y la cama es mía.*

Se tocó el guardapelo de latón que llevaba en el tobillo, sintiendo el metal cálido contra su piel.

Me quedaré, escribió, subrayando las palabras. *Ahorraré. Los días que vienen serán mejores.*

Cerró el libro y apagó la vela de un soplido, sumiendo la habitación en la oscuridad, y cerró los ojos para soñar con agujas e hilos.

CAPÍTULO 4



—Fíjate en lo bien que salta esa, ¿eh? Como una yegua de premio en la feria del condado.

Lysander Brunt apretó los dientes y mantuvo la vista fija en el libro mayor que su padre sostenía, aunque los números estaban comenzando a convertirse en una sopa sin sentido de tinta negra. Intentaba ignorar la voz de su hermanastro, Andrew, quien estaba recostado contra una pila de cajas con un cigarrillo colgando del labio, observando a las mujeres que mezclaban arcilla con una mueca lasciva que revolvía el estómago de Lysander.

—Andrew, cállate —dijo Lysander, con la voz baja—. Padre está intentando explicar las rotaciones del horno.

—Ay, relájate, Santo Lysander —dijo Andrew con acento arrastrado, sacudiendo la ceniza en el suelo de la fábrica donde una docena de hombres intentaban trabajar—. Padre no tiene ningún inconveniente en que apreciemos un poco la mano de obra, ¿verdad, Padre? Mantiene la moral alta si saben que los jóvenes amos estamos observando.

Thaddeus Brunt levantó la vista del libro mayor, sus cejas gruesas fruncidas no por ira, sino por distracción.

—¿Qué? Ah, sí, bien —dijo Thaddeus, golpeando un dedo grueso contra una columna de cifras—. Solo no los distraigas, Andrew.

Tenemos un horario apretado. Ahora, Lysander, mira aquí. Esta es la producción del Horno Tres. ¿Ves la caída de eficiencia del martes pasado?

—La veo —dijo Lysander, obligándose a concentrarse en la página—. ¿Fue una fluctuación de temperatura?

—Calidad del carbón —dijo Thaddeus, asintiendo aprobadoramente —. Un lote malo del norte. Tienes que vigilar a los proveedores, Lysander, porque te colarán esquisto y te dirán que es antracita si parpadeas un segundo. Esa es la primera lección del negocio. No confíes en nadie que te venda algo.

—Lo recordaré —dijo Lysander.

—Aburrido —gimió Andrew, apartándose de las cajas para acercarse a la fila de mujeres que estaban amasando arcilla en bancos de madera pesados—. ¿A quién le importa el carbón? Somos ricos, ¿no? Solo compra más.

—Afecta el margen, Andrew —dijo Lysander, observando cómo una chica joven se estremecía cuando Andrew extendió la mano para tocar un mechón de su cabello que se había escapado de su gorro—. Y deja de molestar al personal. Están intentando trabajar.

Andrew rió y apartó la mano, guiñándole un ojo a la chica aterrada.

—Solo estoy siendo amable —dijo Andrew—. Has estado fuera demasiado tiempo, hermano. Olvidaste cómo funcionan las cosas en el mundo real. Un toquecito aquí y allá es prácticamente un beneficio del trabajo para ellas.

Lysander dio un paso adelante, los puños apretándose a los costados, pero Thaddeus le colocó una mano pesada en el hombro.

—Déjalo tranquilo, Lysander —dijo Thaddeus, dirigiéndolo hacia la boca rugiente del horno de botellas—. Es joven. Tiene mucho ánimo.

Ahora, camina conmigo. Quiero que inspecciones la sala de vidriado. El capataz me dice que la nueva mezcla de plomo está dando un brillo mejor, pero quiero que le eches un vistazo.

—La mezcla de plomo es peligrosa —dijo Lysander, bajando la voz para que los trabajadores no lo oyeran—. Leí un informe en Londres sobre los humos. Causa parálisis en los hombres después de unos años.

—Se seca más rápido —dijo Thaddeus, su voz plana—. Y el tiempo es dinero. Necesitas dejar de leer informes y empezar a mirar la cuenta de resultados.

Caminaron por el calor sofocante del suelo de la fábrica, donde el aire colgaba pesado con polvo gris que se adhería a la garganta de Lysander y se depositaba en los pliegues de su ropa. Los hombres se tocaban las gorras cuando Thaddeus pasaba y Lysander veía la mezcla de miedo y respeto en sus ojos, una mirada que odiaba porque parecía inmerecida. Él no había construido esto. Él no había sudado por ello. Solo estaba heredando el látigo.

—Está prosperando, ¿verdad? —gritó Thaddeus sobre el rugido de los fuegos, barriendo su brazo por toda la escena caótica—. ¡Míralo! El corazón palpitante de Staffordshire. Y es todo nuestro. Tuyo, algún día.

Lysander miró las caras manchadas de hollín de los niños que transportaban moldes de un lado a otro y sintió una ola de agotamiento arrollar sobre él.

—Ciertamente... está bastante ocupado —dijo Lysander.

—Es poder —lo corrigió Thaddeus—. Poder puro. Cuando te sientes en esa oficina, Lysander, controlas el destino de quinientas familias. Tú decides si comen. Tú decides si tienen carbón. Es una carga pesada, pero una gloriosa.

—No quiero decidir si comen —dijo Lysander—. Quiero asegurarme de que tengan casas decentes en las que comer.

—Otra vez con las casas —suspiró Thaddeus, negando con la cabeza —. Tienes una sola cosa en la que pensar. Construimos ollas, Lysander. No palacios. Enfócate en el negocio.

Andrew los alcanzó, viéndose aburrido de nuevo.

—¿Ya hemos terminado? —preguntó Andrew, pateando un trozo de cerámica rota—. Me duele la garganta. Todo este polvo es horrible. Vamos al club.

—Tengo trabajo que terminar —dijo Thaddeus—. Pero Lysander se ve pálido. Quizás los dos deberían irse. Coged el carruaje.

—Por fin —dijo Andrew—. Venga, Lysander. Salgamos de este agujero infernal.

Lysander miró a su padre, deseando argumentar, deseando quedarse y ayudar realmente al capataz con la ventilación en la sala de vidriado, pero la expresión desdeñosa de la mandíbula de Thaddeus le dijo que era inútil. Estaba allí para ser una figura decorativa, no un ingeniero.

—Bien —dijo Lysander—. Lo veré en la cena, Padre.

El viaje de regreso a Obsidian Hall fue un ejercicio de paciencia mientras Andrew se estiraba en el asiento y se quejaba de su asignación, del sastre, y de la falta de entretenimiento decente en el condado. Lysander miraba por la ventana el paisaje gris que pasaba y dejaba que las palabras se deslizaran sobre él como agua sucia, asintiendo solo cuando era necesario.

Cuando el carruaje finalmente rodó en la entrada de grava de la sala, Lysander extendió la mano hacia la manija de la puerta antes

de que las ruedas incluso dejaran de girar, desesperado por el silencio.

Pero el silencio no lo estaba esperando.

De pie en los escalones del frente había tres jóvenes hombres con abrigos de montar, riendo ruidosamente mientras se pasaban una petaca de plata. Philip estaba en el centro, luciendo sonrojado y con los ojos brillantes.

—¡Ahí está! —gritó Philip, levantando la petaca en un saludo burlón mientras Lysander bajaba—. ¡El hijo pródigo regresa de las minas! Te pareces a un deshollinador, viejo.

Lysander se quitó una mancha de hollín de la manga e intentó esbozar una sonrisa.

—Hola, Philip —dijo Lysander—. No te esperaba.

—Te estamos rescatando —declaró Philip, pasando un brazo por encima de los hombros de Lysander—. Nos dirigimos al pueblo. El Red Lion tiene una nueva camarera que aparentemente tiene la voz de un ángel y el escote de una diosa. Vamos a verificar los rumores.

Los otros dos hombres, amigos de sus días de escuela cuyos nombres Lysander apenas lograba recordar a través de la niebla de su dolor de cabeza, vitorearon de acuerdo.

—Venga, Lysander —dijo uno de ellos—. Será como los viejos tiempos. Algunas cervezas, algunas canciones. Lávate el polvo.

—No puedo —dijo Lysander, apartándose del brazo de Philip—. Tengo dolor de cabeza y necesito revisar algunas notas para mi padre.

—¿Notas? —se burló Philip—. ¿Has estado aquí dos días y ya eres un aburrido? Venga. Una cerveza.

—No —dijo Lysander, su voz más firme esta vez—. Id sin mí. No estoy en condiciones para la compañía.

La sonrisa de Philip vaciló y se intercambió una mirada con los otros.

—Como quieras —dijo Philip con un encogimiento—. Pero te estás convirtiendo en un viejo, Lysander. Es tu pérdida.

—Sí, tu pérdida —añadió Andrew, empujando a Lysander para que se uniera al grupo—. Yo iré. Necesito una cerveza después de escucharle dar una charla sobre envenenamiento por plomo toda la tarde.

—¡Ese es el espíritu! —Philip le dio una palmada a Andrew en la espalda—. Al menos un Brunt sabe cómo vivir.

Lysander los observó mientras se apilaban en el carruaje de Philip, sus carcajadas resonando contra la fachada de piedra de la casa, y sintió una punzada de aislamiento tan aguda que casi lo dejaba sin aire. No quería ir con ellos —odiaba el Red Lion y odiaba la forma en que hablaban de las mujeres— pero de pie allí solo en los escalones, se sentía como si no perteneciera a ningún lugar. No en la fábrica, no con sus amigos, y ciertamente no dentro de esta casa oscura e imponente.

Se dio la vuelta y entró en la casa.

La sala estaba tranquila, los sirvientes moviéndose como sombras en la periferia. Lysander subió las escaleras hacia el Ala Este, sus botas hundiéndose en la gruesa alfombra. No quería nada más que aflojarse la corbata, acostarse en su cama y mirar el techo hasta que el dolor pulsátil en su cabeza se disipara. Quizás más tarde trabajaría en los bocetos de las casitas para trabajadores, el proyecto secreto que lo mantenía cuerdo.

Abrió la puerta de su habitación y entró.

Se detuvo.

El aire en la habitación se sentía diferente, perturbado. Frunció el ceño y escaneó el espacio. Las cortinas estaban cerradas exactamente como le gustaban, pero algo estaba mal.

Caminó hacia el escritorio.

Estaba ordenado.

Demasiado ordenado.

Esta mañana lo había dejado en un estado de caos controlado. Recordaba claramente haber dejado el plano del techo de la cabaña desenrollado, sujeto con un compás de latón en un lado y su bolígrafo de tinta favorito en el otro. Había dejado tres libros abiertos en páginas específicas sobre muros de carga.

Ahora, los libros estaban apilados en una pirámide ordenada. El plano estaba enrollado y colocado en la canasta.

Y el bolígrafo había desaparecido.

Lysander sintió que una ola de calor le subía por la nuca.

—Se lo dije —susurró a la habitación vacía—. Específicamente se lo dije.

Se acercó al escritorio y comenzó a revolver papeles, revisando bajo el secante, revisando el suelo. El bolígrafo no estaba allí. Era un pesado bolígrafo de tinta plateada, un regalo de su profesor en Italia, y nunca lo dejaba salir del escritorio.

—¿Quién tocó esto?

Su frustración, que se había estado cociendo a fuego lento todo el día bajo la superficie de sus interacciones con Thaddeus y Andrew, hirvió. No era solo un bolígrafo. Era la violación. Era el hecho de que

incluso en su propio santuario, no tenía control. Los espías de su madrastra estaban por todas partes, registrando sus cosas, informando de vuelta, robando pequeñas piezas de su vida.

Se giró sobre los talones y salió furioso de la habitación.

Marchó por el pasillo, sus pasos pesados e iracundos, ignorando la mirada de sobresalto de una doncella que quitaba el polvo de un jarrón. Empujó a través de la puerta de paño verde y bajó las escaleras de los sirvientes de dos en dos, la ira propulsándolo hacia adelante.

Irrumpió en la cocina.

Mrs. Grix estaba cortando zanahorias en la mesa. Levantó la vista, sobresaltada por el ruido, el cuchillo congelado a mitad de aire.

—¿Joven señor Lysander? —preguntó, secándose las manos en su delantal—. ¿Algo va mal? La cena no es hasta dentro de otra hora.

—¿Quién limpió mi habitación? —preguntó Lysander en tono exigente, su voz resonando en las paredes de piedra.

Mrs. Grix parpadeó.

—¿Tu habitación, Señor? Yo... creo que fue la chica nueva. Hesper.

—Hesper —Lysander repitió el nombre como una maldición—. ¿La que atrapé ayer? ¿La que explícitamente le dije que no volviera a entrar allí?

—Bueno, sí —tartamudeó Mrs. Grix, luciendo nerviosa—. Pero la habitación necesitaba limpiarse, Señor, y ella está asignada al Ala Este por las mañanas. Le dije que fuera rápida.

—¿Dónde está? —preguntó Lysander.

—Ella... está en el jardín, Señor —dijo Mrs. Grix, señalando hacia la puerta trasera con el cuchillo—. Fregando las piedras de la terraza.

Lysander no esperó otra palabra. Se giró y abrió la puerta trasera de golpe, saliendo al aire fresco de la tarde.

El sol se estaba poniendo, proyectando largas sombras sobre los jardines formales. Escaneó la terraza y vio una pequeña figura a gatas cerca de los rosales, fregando la piedra con un movimiento rítmico y determinado.

Marchó a través del césped.

Hesper no lo escuchó venir sobre el sonido del cepillo contra la piedra. Estaba murmurando para sí misma, la cabeza baja, un mechón de cabello se le escapaba del gorro.

—¡Usted! —gritó Lysander.

Hesper saltó, soltando el cepillo con un sonido metálico. Se levantó apresuradamente, secándose las manos mojadas en su delantal, sus ojos abiertos por la alarma.

—¿Joven señor Lysander? —jadeó—. Yo... no le vi llegar.

—¿Dónde está? —exigió Lysander, entrando en su espacio personal para que tuviera que retroceder—. ¿Dónde está?

—¿Dónde está qué, Señor? —preguntó Hesper, luciendo confundida.

—Mi bolígrafo —chasqueó Lysander—. El plateado. Estaba en mi escritorio. Estuvo en mi habitación hoy, ¿verdad? Contra mis órdenes.

Hesper se puso rígida. Lo miró, y por un segundo vio ese mismo desafío que había visto ayer, la chispa que lo molestaba e intrigaba en igual medida.

—Estaba haciendo mi trabajo, Señor —dijo Hesper—. Y no tomé su bolígrafo.

—No me mienta —gritó Lysander, sus manos encorvándose en puños a los costados—. Sé que fue usted. El escritorio estaba reorganizado. Libros movidos. Papeles enrollados. ¡Registró mis cosas!

—¡Limpié! —argumentó Hesper, su voz alzándose—. ¡Ordené el desorden porque eso es lo que hace una doncella! ¡No tomé nada!

—¡Se ha ido! —gritó Lysander—. Estaba justo allí, y ahora se ha ido. ¿Pensó que era plata? ¿Pensó que podía empeñarlo?

—¡No soy una ladrona! —gritó Hesper de vuelta, su cara sonrojada —. ¡No robo!

—Entonces venga y muéstreme —dijo Lysander—. Venga y muéstreme dónde lo puso.

Extendió la mano y le cogió la muñeca.

Hesper gritó, intentando apartarse.

—¡Suélteme!

—No —dijo Lysander, tirándola hacia la casa—. Venga conmigo.

La arrastró sobre el césped. Sus pies tropezaban con el terreno irregular y podía sentir la resistencia en su pequeño marco, la forma en que clavaba los talones, pero estaba demasiado furioso para importarle. Era el hijo de Thaddeus Brunt en ese momento, usando su fuerza para acosar al mundo en sumisión porque se sentía impotente.

La tiró a través de la puerta trasera, pasando junto a una Mrs. Grix horrorizada que estaba de pie con la mano sobre su boca, y subió las escaleras traseras. Hesper no gritó. No suplicó. Simplemente se

resistió en silencio, su respiración entrecortada, su muñeca se sentía frágil y similar a la de un pájaro en su agarre.

La condujo por el pasillo y la empujó dentro de su habitación.

Soltó su muñeca y ella tropezó, atrapándose en el borde del guardarropa. Se frotó el brazo, mirándolo con ojos oscuros e ilegibles.

—Allí —dijo Lysander, haciendo gestos salvajemente hacia el escritorio—. Mírelo. Se ha ido. Muéstreme dónde está.

Hesper miró el escritorio. Lo miró a él. No se movió durante un largo momento, y el silencio se extendió, pesado y sofocante.

Entonces, lentamente, deliberadamente, caminó hacia el escritorio.

No miró la superficie. Extendió la mano y abrió el cajón superior.

Se hizo a un lado.

Lysander se acercó y miró dentro.

Allí, sentado en una pequeña bandeja de madera junto a sus lápices y gomas, estaba el bolígrafo de tinta plateada. Estaba perfectamente alineado, pulido y seguro.

Lysander se quedó mirándolo.

Parpadeó.

Estaba allí. No había sido robado. Había sido... ordenado.

La ira que lo había estado impulsando durante la última hora de repente se cortó, dejándolo sintiéndose vacío y frío. El rugido de sangre en sus oídos se desvaneció, reemplazado por el tictac del reloj en la repisa de la chimenea.

Miró a Hesper.

Estaba de pie junto a la puerta, sosteniendo su muñeca contra su pecho. No estaba llorando. Lo estaba mirando con una expresión tranquila y plana que era peor que las lágrimas. Era decepción.

—¿Ni siquiera miró? —preguntó Hesper tranquilamente.

Lysander abrió la boca, pero no salió sonido. Miró hacia atrás el cajón.

—Yo... —comenzó, su voz quebrándose—. Asumí...

—Asumió que era una ladrona —dijo Hesper—. Porque soy pobre. Y porque soy una doncella.

—El escritorio estaba despejado —murmuró Lysander, su cara ardiendo con un calor que no tenía nada que ver con la ira—. Yo pensé...

—No pensó —dijo Hesper—. Solo me cogió.

Levantó su muñeca. Ya estaban formándose marcas rojas en la piel pálida donde sus dedos se habían clavado.

Lysander se estremeció como si ella lo hubiera golpeado.

—Yo... lo siento —dijo Lysander, las palabras sabían a ceniza en su boca—. No debería haber... eso fue... imperdonable.

Hesper bajó la mano. Lo miró otro segundo, su mirada despojándolo de las capas de su privilegio y su educación hasta que se sintió como un niño caprichoso.

—Está en el cajón —dijo simplemente—. Para que la tinta no se seque al sol. Eso es lo que me enseñó el Viejo Cantero.

Hizo una reverencia que fue más burlona que respetuosa.

—¿Será todo, Señor?

Lysander no podía encontrar sus ojos. Asintió, mirando la alfombra.

—Sí —susurró—. Vete.

Hesper se giró y salió de la habitación, cerrando la puerta suavemente detrás de ella. El clic del pestillo sonó como un mazo bajando.

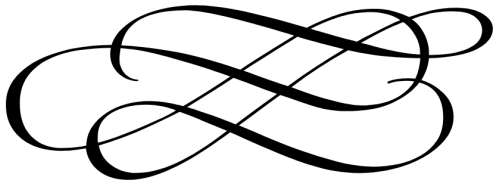
Lysander permaneció allí en el silencio de su habitación perfecta y ordenada. Miró el bolígrafo en el cajón. Miró sus propias manos, las manos que querían construir cosas hermosas, las manos que acababan de dejar moratones a una chica por el crimen de hacer su trabajo.

Sacó la silla y se desplomó en ella. Enterró su cara en sus manos, presionando las palmas contra sus ojos hasta que vio estrellas.

—Dios —gimió en la oscuridad de sus palmas—. ¿En qué me estoy convirtiendo?

Se quedó allí durante mucho tiempo mientras el crepúsculo se profundizaba en la noche fuera de la ventana, escuchando el silencio de la casa y sintiendo el fantasma del retrato de su madre juzgándolo desde el pasillo. Había vuelto a casa para luchar contra el mundo de su padre, pero en una tarde, había probado que era exactamente como ellos.

CAPÍTULO 5



Hesper Vane se alejó de la pesada puerta de roble de la habitación del joven señor y mantuvo la espalda recta hasta que dobló la esquina del pasillo, donde las sombras de la tarde se espesaban en una penumbra grisácea. Se apoyó contra el papel pintado aterciopelado y apretó la frente contra el yeso frío mientras estrechaba su caja de limpieza contra el pecho como si fuera un escudo; el corazón le martilleaba las costillas con un ritmo frenético que la hacía sentir mareada y con náuseas.

Se miró la muñeca, donde las marcas rojas de los dedos de Lysander ya empezaban a oscurecerse en forma de moratones sobre su piel pálida, y se frotó la zona con el pulgar, tratando de calmar el dolor que pulsaba al ritmo de su sangre.

—No lo ha encontrado —susurró al pasillo vacío—. No ha encontrado un motivo para despedirme.

Cerró los ojos y soltó un suspiro hondo y tembloroso que olía a cera de abejas y polvo antiguo. Había sobrevivido al encuentro, pero la injusticia de la situación le escocía en la garganta como la bilis, porque no había hecho más que cumplir con su deber y, aun así, la habían tratado como a una ladrona vulgar. La imagen de su rostro, desfigurado por la sospecha y la arrogancia, desfiló tras sus párpados y sintió una nueva oleada de ira al pensar que él podía sentarse en su sillón de terciopelo a juzgarla mientras ella fregaba el suelo que él pisaba.

—¿Vane?

Hesper dio un brinco y se separó de la pared; sus utensilios de limpieza tintinearon ruidosamente en el silencio.

Polly, la doncella de mejillas sonrosadas, estaba al final del pasillo retorciéndose las manos en el delantal y con el rostro pálido.

—Polly —exhaló Hesper—. Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento —susurró Polly, acercándose deprisa con los pasos amortiguados por la densa alfombra—. No pretendía sorprenderte, pero te he estado buscando por todas partes porque la señora Grix está hecha un manojo de nervios y toda la casa anda con pies de plomo.

—¿Qué pasa? —preguntó Hesper, ajustando el agarre del asa de madera de su caja—. ¿Ha ocurrido algo en la cocina?

—Es la señora —dijo Polly con los ojos abiertos y asustados—. Lleva diez minutos tocando la campanilla y, cuando he subido, me ha echado diciendo que quería a la chica nueva. Te quiere a ti, Hesper.

Hesper sintió que la sangre se le retiraba del rostro.

—¿A mí? —preguntó—. ¿Por qué?

—No lo sé —respondió Polly, sacudiendo la cabeza de tal forma que su cofia se tambaleó—. Pero está de un humor, Hes... uno verdaderamente negro. Le ha tirado un cepillo al espejo porque no le gustaba cómo le quedaba el pelo y camina de un lado a otro como un gato enjaulado.

Hesper se tragó el nudo de miedo que tenía en la garganta.

—¿Ha dicho lo que quería?

—Solo que tienes que limpiar sus aposentos —dijo Polly—. Y organizar los papeles del despacho del señor después, pero antes tienes que ir a su habitación. Ahora mismo.

—Yo... aún no he terminado el fregadero —balbuceó Hesper, buscando una excusa, cualquier excusa, para evitar a Rowena Brunt.

—Olvida el fregadero —dijo Polly, alargando la mano para apretarle el brazo a Hesper—. No puedes hacerla esperar. Si no vas ahora, vendrá ella a buscarte y eso será peor para todos.

Hesper asintió lentamente porque sabía que Polly tenía razón. En la jerarquía de Obsidian Hall, el capricho de la señora pesaba más que cualquier otra obligación.

—Está bien —dijo Hesper—. Iré.

—Buena suerte —susurró Polly antes de escabullirse hacia la escalera del servicio como si huyera de un incendio.

Hesper se alisó el delantal y se tomó un momento para componer su rostro en esa máscara inexpresiva de obediencia que había perfeccionado en St. Jude antes de darse la vuelta y caminar hacia el ala oeste, donde dormían los señores. El aire en esa parte de la casa era más cálido y olía intensamente a popurrí caro y a aceite de lavanda, olor que se hacía más fuerte a medida que se acercaba a la puerta doble al final de la galería.

Llamó suavemente.

—Adelante —gritó una voz, aguda e impaciente.

Hesper abrió la puerta y entró, manteniendo la vista baja mientras hacía una reverencia.

—¿Me ha llamado la señora?

Rowena Brunt estaba sentada ante su tocador, rodeada de tarros de colorete y frascos de perfume de cristal que brillaban bajo las luces de gas. Llevaba una bata de seda plateada que relucía como el agua y sostenía una borla en una mano, dándose toques agresivos contra el pómulo.

—Te has tomado tu tiempo —dijo Rowena al espejo, observando el reflejo de Hesper con ojos fríos y evaluadores.

—Estaba en el ala este, señora —dijo Hesper—. He venido en cuanto me lo han dicho.

Rowena soltó la borla en la bandeja y giró sobre su taburete.

—El ala este —repitió Rowena, curvando un poco el labio—. Molestando a mi hijastro otra vez, ¿verdad?

—Estaba limpiando, señora —dijo Hesper—. La señora Grix me lo asignó.

—Seguro que sí —dijo Rowena, poniéndose en pie y apretándose el lazo de la bata—. Bueno, ya has terminado allí por hoy. Mira esta habitación. Es una pocilga. La doncella de la mañana es una incompetente, se ha dejado el polvo en la cornisa y la chimenea es una vergüenza.

Hesper se arriesgó a echar un vistazo a la habitación. Era opulenta más allá de lo que hubiera podido imaginar, llena de muebles de madera de palo santo, divanes de terciopelo y pesadas cortinas de brocado que caían sobre el suelo como oro líquido. No estaba sucia, según ningún criterio que Hesper conociera, pero asintió de todos modos.

—Me ocuparé de ello de inmediato, señora.

—Empieza por el armario —ordenó Rowena, señalando con la mano un enorme ropero—. Mis vestidos están arrugados. Sácalos,

sacúdelos y cuélgalos debidamente. Y ten cuidado con el encaje, porque si enganchas un solo hilo, te lo descontaré del salario durante los próximos diez años.

—Sí, señora.

Rowena la observó un momento más, entornando los ojos como si buscara algún defecto, antes de pasar de largo junto a Hesper y dirigirse al cuarto de baño contiguo.

—Voy a bañarme —dijo Rowena—. Espero que esta habitación esté impecable cuando regrese. Y ni se te ocurra meterte nada en el bolsillo, muchacha. Sé exactamente cuántas horquillas tengo.

La puerta del baño se cerró con un clic y Hesper se quedó sola en el sofocante lujo del dormitorio. Soltó el aire y dejó su caja en la alfombra gruesa antes de dirigirse al armario.

Abrió las puertas y se encontró con un muro de seda, raso y terciopelo de todos los colores del arcoíris. El aroma de las bolsas de lavanda era abrumador. Hesper alargó la mano y tocó la manga de un vestido burdeos, maravillada ante la suavidad de un tejido que costaba más de lo que ella ganaría en toda su vida.

—Cuidado —se susurró a sí misma—. No lo enganches.

Comenzó la tarea, sacando los pesados vestidos uno a uno para sacudir el polvo de los dobladillos y volviendo a colgarlos con un espaciado preciso. Era un trabajo lento y aterrador; sentía sus manos ásperas y torpes contra los materiales delicados y le aterraba que sus callos se engancharan en la seda.

Estaba metida en el fondo del armario, tratando de alcanzar una percha que se había caído, cuando la puerta principal del dormitorio se abrió.

Hesper se quedó petrificada, pensando que Rowena había vuelto antes de tiempo, y salió del ropero con la cabeza gacha.

—Casi he terminado con los vestidos, señora, solo he... —

Se detuvo.

No era Rowena.

Andrew Brunt estaba en el umbral, apoyado contra el marco con una sonrisa floja y ladeada en el rostro y un vaso de líquido ambarino en la mano. Llevaba una chaqueta de etiqueta desabrochada y tenía el pelo revuelto como si acabara de despertarse de una siesta.

—Vaya, hola —dijo Andrew arrastrando un poco las palabras—. Pensé que mi madre estaba aquí chillándole a alguien.

Hesper se aferró a la puerta del armario e hizo una reverencia.

—La señora se está bañando, señor —dijo Hesper—. Solo estoy organizando sus vestidos.

—¿Ah, sí? —Andrew entró en la habitación y cerró la puerta de un puntapié—. Organizar vestidos. Suena tedioso. Suena a que necesitas un descanso.

Se acercó a ella tambaleándose ligeramente, y Hesper pudo oler el rancio aroma del brandy en su aliento desde el otro lado de la estancia. Dio un paso atrás, apretándose contra las puertas abiertas del armario.

—Tengo mi trabajo por hacer, señor —dijo Hesper, dirigiendo la mirada hacia la puerta del baño y rezando para que Rowena saliera —. La señora quiere que esté terminado antes de que ella regrese.

—Mi madre siempre quiere algo —dijo Andrew, agitando su vaso y salpicando un poco de líquido sobre la alfombra—. Tarda una

eternidad en el baño. Se queda ahí a remojo hasta que parece una pasa. Tenemos tiempo de sobra.

Se detuvo a pocos pasos de ella y la miró de arriba abajo, con una mirada lenta y húmeda, como un caracol deslizándose sobre su piel. Hesper sintió un escalofrío de repulsión recorriéndole la espalda.

—Tú eres la nueva, ¿verdad? —preguntó Andrew dándole un sorbo a su copa—. La del asilo de pobres. Te trajo Sneed.

—Sí, señor.

—Te has arreglado bien —dijo Andrew, inclinando la cabeza—. Mejor que la anterior. Tenía dientes de caballo. Pero tú... eres callada. Me gusta que sean calladas.

Dio otro paso hacia delante y Hesper lo esquivó, interponiendo un diván de terciopelo entre los dos.

—Por favor, señor —dijo Hesper con la voz tensa—. Tengo que terminar. Si la señora encuentra la habitación sin hacer, se enfadará.

—Deja que se enfade —rió Andrew—. Siempre está enfadada por algo. Normalmente por mí. O por Lysander. Dios, Lysander es un muermo, ¿no crees? Todo es "arquitectura" y "moralidad". No sabe cómo divertirse.

Andrew bordeó el diván; sus movimientos eran engañosamente rápidos para alguien que estaba borracho.

—¿Tú sabes cómo divertirte, doncella? —preguntó Andrew.

—No sé a qué se refiere, señor —dijo Hesper, retrocediendo hacia el tocador.

—Creo que sí lo sabes —Andrew sonrió de oreja a oreja—. Creo que una chica de los bajos fondos sabe exactamente a qué me refiero.

Has visto cosas, ¿verdad? Has hecho cosas para sobrevivir.

—He trabajado —dijo Hesper con frialdad—. He fregado suelos.

—¿Solo eso? —Andrew alargó la mano y pasó un dedo por la parte superior del tocador, derribando un frasco de cristal. No se rompió, pero rodó con un golpe seco—. Ven aquí. Deja que te vea bien. La luz es mala por ahí.

—Estoy bien donde estoy, señor.

—He dicho que vengas aquí —la voz de Andrew se afiló, perdiendo su tono juguetón—. Yo soy el señor aquí, ¿verdad? O casi. Tienes que hacer lo que yo diga.

—Mis órdenes vienen de la señora —dijo Hesper, mientras su espalda chocaba contra la pared. Estaba atrapada entre el tocador y la esquina.

Andrew soltó una risita y acortó la distancia, plantando una mano en la pared junto a la cabeza de ella para acorralarla. El olor a alcohol y tabaco rancio era asfixiante.

—Mi madre no tiene por qué enterarse —susurró Andrew, inclinándose tanto que su aliento resultaba caliente contra su mejilla —. Podemos tener un secretito. Solo un arrumaco rápido, ¿eh? Un besito para darte la bienvenida a la familia.

—No —dijo Hesper, volviendo la cara—. Por favor, apártese, señor.

—No seas tímida —murmuró Andrew—. Tengo dinero. Puedo hacer que valga la pena. A una chica como tú le gusta la calderilla, ¿no? Cinco chelines no son mucho para vivir.

Alargó su mano libre y le tocó la cintura; sus dedos se hundieron en la tosca tela de su vestido.

Hesper se estremeció violentamente.

—¡No me toque!

—Deja de retorcerte —gruñó Andrew, soltando su vaso sobre la alfombra, donde aterrizó con un golpe sordo. Ahora usaba ambas manos, agarrándola por las caderas y tirando de ella hacia él—. Te estás haciendo la difícil. Me gusta eso. Lo hace más interesante.

Bajó el rostro hacia el cuello de ella; sus labios húmedos rozaron su piel.

El pánico estalló como un fuego blanco en la mente de Hesper, imponiéndose al miedo a la señora, al miedo a la calle. Ya no estaba en el asilo y no iba a permitir que la usaran.

Levantó la mano y le cruzó la cara.

¡Plas!

No fue un simple roce. Puso todo su hombro en el golpe; su palma conectó con el pómulo de él con una fuerza que resonó por toda la habitación.

Andrew retrocedió tambaleándose, llevándose la mano a la cara. La miró con los ojos muy abiertos por una sorpresa que rápidamente se oscureció en una rabia aterradora. La marca roja de su mano floreció instantáneamente en su piel pálida.

—Tú... —susurró Andrew—. Pequeña zorra.

—Le he dicho que parara —jadeó Hesper, apretando su propia mano, que le escocía por el impacto—. Le he dicho que no me tocara.

—¡Me has pegado! —gritó Andrew, elevando la voz hasta un chillido —. ¡Has pegado a un Brunt!

La puerta del baño se abrió de par en par.

Rowena apareció allí, envuelta en una toalla, con vapor emanando tras ella. Tenía el pelo mojado y pegado al cráneo, y sus ojos estaban desencajados.

—¿Qué está pasando aquí? —exigió Rowena—. He oído gritos.

Andrew se dio la vuelta; su expresión cambió al instante de la rabia al aspecto dolido de un niño herido. Señaló a Hesper con un dedo tembloroso.

—¡Me ha pegado, madre! —gritó Andrew—. Entré a por mi libro... solo quería mi libro... ¡y me ha atacado! ¡Mira!

Retiró la mano para revelar la marca roja en su rostro.

Rowena contempló la marca. Luego volvió lentamente la mirada hacia Hesper. El aire de la habitación pareció bajar veinte grados.

—¿Es eso cierto? —preguntó Rowena con una voz mortalmente tranquila.

—¡No, señora! —Hesper dio un paso adelante con las manos temblando—. Él... estaba borracho. Me acorraló. Intentó tocarme y le pedí que parara, pero no lo hizo y yo simplemente... me entró el pánico. No quería hacerle daño, solo quería que se quitara de encima.

—¡Está mintiendo! —chilló Andrew, fingiendo un tambaleo como si estuviera a punto de desmayarse—. ¡Ella me atrajo! ¡Me ofreció sus servicios, madre! ¡Me pidió dinero y, cuando dije que no, se puso furiosa! ¡Está loca! ¡Es una salvaje!

Rowena miró a Andrew, oliendo el brandy que emanaba de él, viendo el vaso en el suelo. Conocía a su hijo. Sabía exactamente lo que era. Pero al volver a mirar a Hesper —a la chica de ojos desafiantes y un rostro que le recordaba a un pasado que quería quemar—, la verdad no importaba.

—Has golpeado a mi hijo —dijo Rowena.

—Me ha tocado de forma inapropiada —argumentó Hesper, con la desesperación asomando en su voz—. Me agarró de las caderas. Tengo derecho a defenderme.

—No tienes ningún derecho en esta casa —espetó Rowena—. No eres más que una sirvienta. Eres polvo. ¿Y te has atrevido a ponerle una mano encima a tus superiores?

—¡No es mi superior si se porta como una bestia! —gritó Hesper.

Los ojos de Rowena centellearon. Caminó hacia el cordón de la campanilla y tiró violentamente de él.

—Andrew, vete a tu habitación —dijo Rowena sin mirarlo.

—Pero madre, ella... —

—¡Vete! —gritó Rowena.

Andrew se sobresaltó, le lanzó a Hesper una última mirada triunfante y burlona, y salió de la habitación a toda prisa, acariciándose la mejilla.

Rowena se volvió hacia Hesper. Caminó hacia el tocador y cogió una vara larga y delgada de ébano pulido que usaba para alcanzar los pestillos altos de las ventanas. La golpeó contra la palma.

—Arrodíllate —ordenó Rowena.

Hesper se quedó mirando la vara.

—Señora, por favor. Estaba defendiendo mi virtud. Debe creerme.

—¡He dicho que te arrodilles! —rugió Rowena levantando la vara.

A Hesper le temblaban las piernas, pero el hábito de la obediencia que la señora Sneed le había inculcado a golpes era demasiado fuerte para romperlo. Se hincó de rodillas sobre la alfombra densa, con la cabeza gacha y las manos apretadas en el regazo.

—Eres una insolente —dijo Rowena, rodeándola—. Eres violenta. Y eres una mentirosa. Te lo advertí, ¿no? Te dije que no aspiraras a cosas que estaban más allá de tu posición. Y sin embargo aquí estás, provocando a mi hijo y agrediéndolo cuando no consigues lo que quieres.

—Yo no lo provoqué —susurró Hesper al suelo—. Lo odio.

—¡Silencio!

¡Zas!

La vara cayó sobre los hombros de Hesper. El dolor fue agudo y cegador, atravesando la fina tela de su vestido. Hesper jadeó, mordiéndose el labio para no gritar.

—Aprenderás cuál es tu lugar —dijo Rowena con la voz temblorosa por el esfuerzo—. Repite conmigo: soy una sirvienta.

Rowena esperó.

—¡Dilo!

¡Zas!

—Soy una sirvienta —articuló Hesper con dificultad, mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

—Obedeceré a mis amos —dijo Rowena.

¡Zas!

La vara la golpeó en la espalda, justo entre los omóplatos.

—Obedeceré a mis amos —sollozó Hesper.

—No hablaré a menos que me hablen —dijo Rowena.

¡Zas!

—No hablaré a menos que me hablen.

—No soy nada —siseó Rowena.

¡Zas!

Hesper se encogió sobre sí misma, protegiéndose la cabeza con los brazos.

—No soy nada —susurró.

Rowena la golpeó cinco veces más; golpes mudos y fuertes que caían con impactos estremecedores contra las costillas y los brazos de Hesper. Hesper apretó los dientes, negándose a darle a Rowena la satisfacción de un grito, aunque cada golpe se sentía como si le rompiera un hueso.

Finalmente, Rowena se detuvo. Respiraba con dificultad; su pecho subía y bajaba bajo la toalla. Tiró la vara sobre la cama.

—Levántate —dijo Rowena.

Hesper intentó ponerse en pie, pero sus piernas eran de gelatina. Se agarró al borde del tocador y se izó, tambaleándose. Le ardía la espalda.

Rowena fue hacia su bolso, que estaba sobre la cómoda. Lo abrió y sacó un pequeño cuaderno.

—Tu salario se reducirá a la mitad durante los próximos tres meses —dijo Rowena, garabateando una nota—. Para pagar el disgusto que le has causado a mi hijo. Y por el vaso.

Señaló el vaso que Andrew había dejado caer.

—Pero yo no... —

—¡No hables! —Rowena se giró, con los ojos fuera de sí—. ¿Quieres que llame a la policía? ¿Quieres que les diga que has agredido a un caballero? Te pudrirás en la cárcel, muchacha. ¿Es eso lo que quieres?

Hesper sacudió la cabeza, mirando al suelo.

—No, señora.

—Entonces termina esta habitación —dijo Rowena—. Recoge el cristal. Cuelga los vestidos. Y luego quítate de mi vista. Si te veo antes del desayuno de mañana, haré que te azoten en el patio a la vista de todos.

Rowena cogió su ropa y volvió al baño de malos modos, cerrando la puerta con tal fuerza que los frascos de perfume tintinearon.

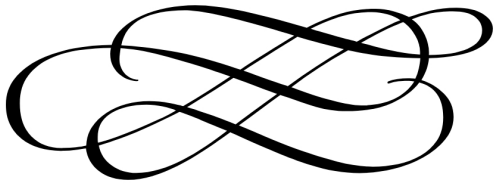
Hesper se quedó sola en el silencio. Su cuerpo palpitaba con un dolor sordo y ardiente. Miró los cristales en el suelo. Miró el armario lleno de seda.

Quería correr. Quería coger la vara y hacer pedazos el espejo. Quería quemar la casa entera.

Pero pensó en el libro de cuentas bajo su cama. *Me quedaré. Ahorraré.*

Lenta, agónicamente, se agachó y recogió los trozos de cristal. Se metió los pedazos en el bolsillo del delantal. Se volvió hacia el armario y fue a por el siguiente vestido, con las manos temblando mientras alisaba la seda, obligándose a trabajar a pesar del dolor, obligándose a sí misma a desaparecer.

CAPÍTULO 6



—No está bien —masculló Lysander en la habitación vacía, pasándose una mano por el pelo, que ya estaba de punta tras una hora de tirones nerviosos—. La tensión falla por completo en el alzado sur porque, si uso pizarra para el tejado, el armazón de madera no aguantará el peso; pero si uso paja, se convierte en un peligro de incendio en un distrito donde llueven chispas.

Gruñó de frustración y agarró la goma para frotar las líneas de carboncillo hasta que el papel amenazó con rasgarse por la fricción. El boceto de la casita para obreros yacía ante él como una acusación, una idea hermosa que se negaba a obedecer las leyes de la física. Llevaba dos horas mirando el mismo diseño de la cercha y las líneas empezaban a bailar ante sus ojos, burlándose de su costosa educación italiana con la terca realidad de la gravedad de Staffordshire.

Dio golpecitos con el lápiz contra el escritorio —*tap, tap, tap*—, un ritmo entrecortado que no sirvió de nada para calmar la agitación de su pecho.

Llamaron suavemente a la puerta.

Lysander no levantó la vista de inmediato porque estaba intentando calcular la capacidad de carga de una viga de roble, pero volvieron a llamar, de forma vacilante y casi inaudible.

—Adelante —gritó—, aunque su voz sonó más como un ladrido que como una invitación.

La puerta se abrió unos centímetros y Hesper Vane se deslizó dentro, cargando con su cesta de madera y con el aspecto de quien espera que le lancen un libro a la cabeza. Se detuvo en el umbral al verlo encorvado sobre el escritorio e hizo una rápida y nerviosa reverencia.

—Lo siento, señor —dijo Hesper, manteniendo la mirada fija en la pata de su silla—. No sabía que estaba usted trabajando. Puedo volver más tarde a quitar el polvo.

Lysander la miró y sintió una punzada de culpa en las entrañas que le supo a vino rancio. Habían pasado dos días desde que la arrastró a aquella habitación y la acusó de robo y, aunque se había disculpado, la cautela en la postura de ella le decía que no había olvidado el moratón en su muñeca.

—No —dijo Lysander, dejando caer el lápiz sobre el secante—. Quédate. De todos modos, no avanzo. Puede que la distracción me venga bien.

—¿Está seguro, señor?

—Estoy seguro —dijo Lysander, echándose hacia atrás en la silla y frotándose los ojos—. Limítate... limítate a tus tareas. Haz como si no estuviera aquí.

Hesper asintió y se movió por la habitación con esa eficiencia silenciosa y fantasmal que la señora Grix debía de haberle grabado a fuego. Se dirigió primero a la repisa de la chimenea, levantando los jarrones para limpiar debajo, y Lysander la observaba de reojo mientras fingía estudiar sus cálculos. Se dio cuenta de que ella se movía de forma distinta a las otras criadas; hoy había una tensión en sus hombros, una rigidez en la forma en que alcanzaba los estantes más altos que no estaba allí antes.

Fue recorriendo la estancia hasta llegar al escritorio. Vaciló, con el trapo suspendido sobre la esquina de la madera.

—Adelante —dijo Lysander, apartándose para dejarle espacio—. Prometo no acusarte de espionaje esta vez.

Fue un intento flojo de broma y Hesper no sonrió, pero se adelantó para limpiar el polvo de los bordes del escritorio. Mientras trabajaba, su mirada cayó sobre el plano sobre el que él se había estado martirizando. Se detuvo, con la mano congelada a mitad de la pasada, y frunció el ceño.

Lysander la observó, intrigado a su pesar.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Hesper dio un respingo y retiró la mano.

—Nada, señor. Solo estaba mirando.

—Has fruncido el ceño —la corrigió Lysander—. ¿No te gusta el diseño?

—No me corresponde a mí que me guste o no, señor —dijo Hesper, volviendo a su limpieza con renovado vigor—. Es un dibujo muy refinado.

—¿Pero? —insistió Lysander, percibiendo ese mismo destello de inteligencia que había visto el otro día—. Tienes una opinión. Lo veo en tu cara.

Hesper dejó de limpiar. Miró el dibujo, luego a él, y Lysander vio un atisbo de debate interno tras sus ojos antes de que ella señalara con un dedo delgado y de nudillos enrojecidos la cercha del tejado.

—Es el vano —dijo en voz baja—. Si usa esa unión ahí... la de cola de milano... se cizallará bajo el peso de la nieve.

Lysander miró el dibujo. Miró la unión que ella señalaba. Parpadeó.

—¿La nieve? —preguntó.

—La nieve húmeda es pesada —dijo Hesper, ganando un poco de confianza en la voz aunque seguía sin mirarlo a los ojos—. Y la pendiente es poca. Si la nieve se asienta, el peso empuja hacia abajo, no hacia fuera. Esa unión... bueno, el Viejo Cantero solía decir que una cola de milano en tensión es como la promesa de un mentiroso. Parece bonita, pero no aguanta cuando llega la presión.

Lysander se inclinó hacia delante, con la mente a mil por hora mientras trazaba las líneas de fuerza en su cabeza. Tenía razón. Había estado tan concentrado en la estética del armazón de madera que había olvidado la pura brutalidad de un invierno en Staffordshire. Una unión de cola de milano allí rajaría la madera siguiendo la veta en cuanto aumentara la carga.

—Una junta a media madera —masculló Lysander para sí, agarrando el lápiz—. Con un perno. Necesita un perno.

—O un jabalón —sugirió Hesper en voz baja—. Para transferir la carga al poste de la pared. Eso es lo que hicimos en el tejado de la lavandería cuando se agrietó la viga.

Lysander se quedó mirándola. Era una solución sencilla y elegante. Un jabalón añadiría estabilidad y era más barato que los pernos de hierro.

—¿Cómo sabes esto? —preguntó Lysander, mirándola con asombro genuino—. Hablas de tensión y fuerzas de cizallamiento como un ingeniero.

Hesper se sonrojó y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Pasé mucho tiempo con los canteros en el asilo —dijo, toqueteando un hilo suelto de su delantal—. Había un anciano... el

señor Miller. Era demasiado viejo para levantar la piedra, pero sabía cómo tallarla. Yo solía llevarle agua y... bueno, hacía muchas preguntas.

—¿Y él las respondía?

—Le gustaba hablar —dijo Hesper con una pequeña y triste sonrisa —. Decía que la mayoría de la gente mira un edificio y ve paredes, pero un cantero ve los huesos. Él me enseñó a ver los huesos.

—Te enseñó bien —dijo Lysander—. Me has ahorrado un colapso muy vergonzoso.

—Seguro que usted se habría dado cuenta, señor —dijo Hesper rápidamente, volviendo a su papel de sirvienta—. No debería haberme entrometido.

—No —dijo Lysander, levantando una mano—. Has ayudado. Miller... ¿te enseñó algo más?

Hesper vaciló, con los dedos retorciendo el trapo de limpieza.

—Me enseñó las letras —susurró.

Lysander se quedó petrificado, con el lápiz suspendido sobre el papel.

—¿Te enseñó a leer?

—Y a escribir —dijo Hesper, levantando un poco la barbilla como si lo desafiara a burlarse de ella—. Decía que la mente es una herramienta, igual que un cincel. Si no la afilas, se oxida. Así que practicábamos en la tierra con un palo, y luego en trozos de papel. La A de Arco. La V de Viga.

Lysander se recostó en la silla, observando a la pequeña y pálida muchacha con el vestido demasiado grande que fregaba suelos por

cinco chelines, y se dio cuenta de que la había subestimado por completo. Había visto a una criada, un accesorio de la casa, pero era una persona con una historia, con un intelecto que había sobrevivido al aplastante aburrimiento del asilo.

—Eso es... impresionante —dijo Lysander, y lo decía en serio—. La mayoría de la gente en tu posición nunca tiene la oportunidad.

—Yo me busqué la oportunidad —dijo Hesper con sencillez—. El señor Miller ha muerto. El tejado se le cayó encima porque la Junta usó madera barata. Por eso me fijé en su cercha, señor. No me gustan los tejados malos.

La crudeza de su sinceridad golpeó con fuerza a Lysander. Miró su boceto, las líneas teóricas que representaban madera real y vidas reales, y sintió un súbito y aplastante peso de responsabilidad.

—Lo arreglaré —dijo Lysander en voz baja—. Usaré el jabalón. Y revisaré de nuevo las especificaciones de la madera. Gracias, Hesper.

Hesper lo miró, sorprendida por el uso de su nombre, y asintió.

—De nada, señor.

Recogió su cesta y se dirigió a la puerta; Lysander notó que su cojera era un poco más pronunciada hoy, aunque no preguntó por qué.

—Le dejo con su trabajo —dijo ella.

—Hesper —llamó Lysander justo cuando la mano de ella tocaba el picaporte.

Ella se volvió.

—¿Sí, señor?

—La biblioteca —dijo Lysander, señalando vagamente hacia el pasillo —. Si alguna vez... si quieres tomar prestado un libro. Para practicar. No me importaría. Siempre que lo devuelvas.

Los ojos de Hesper se agrandaron y, por un momento, la expresión reservada desapareció, revelando un destello de pura y absoluta sed de conocimiento.

—Yo... gracias, señor —susurró—. Pero no debería. La señora...

—Cierto —dijo Lysander, y su ánimo se ensombreció al mencionar a Rowena—. Por supuesto. Olvida lo que he dicho.

Hesper hizo una reverencia y se escabulló por la puerta, dejando a Lysander solo con su dibujo corregido y la persistente sensación de que acababa de descubrir un diamante en un cubo de carbón.

Cogió el lápiz y empezó a dibujar el jabalón, perdiéndose en el trabajo durante lo que le parecieron minutos, pero debió de ser una hora, porque la luz de la habitación pasó del brillante sol matutino al amarillo brumoso del mediodía.

La puerta volvió a abrirse sin que nadie llamara.

Lysander no levantó la vista, asumiendo que era Hesper que volvía por algo que se le había olvidado.

—Ya te he dicho que la habitación estaba terminada —murmuró, borrando una línea.

—Eso espero —una voz afilada cortó su concentración—. Aunque con la calidad del servicio que tenemos hoy en día, uno nunca puede estar seguro.

Lysander se puso tenso y soltó el lápiz. Levantó la vista para ver a Rowena entrando en la habitación, una visión de seda de color

violeta con una cinta a juego en el cuello que se parecía incómodamente a una gargantilla.

—Rowena —dijo Lysander, recostándose en la silla pero sin levantarse—. ¿A qué debo el placer? Pensaba que estabas ocupada aterrorizando al personal de cocina.

—No seas tedioso, Lysander —dijo Rowena, ignorando su tono mientras deambulaba por la estancia, pasando un dedo enguantado por la parte superior de un estante para comprobar si había polvo—. He venido a hablar contigo de algo importante. Algo que tu padre y yo hemos estado comentando.

—Déjame adivinar —dijo Lysander con ironía—. ¿La producción de la fábrica? ¿El precio del carbón? ¿O quizás tengo el pelo demasiado largo otra vez?

—Tu matrimonio —dijo Rowena, dándose la vuelta para mirarlo con una sonrisa que era puro diente.

Lysander gimió y volvió a coger el lápiz, haciéndolo girar entre los dedos.

—Ya hablamos de esto en la cena —dijo—. No me interesa.

—Estabas cansado en la cena —dijo Rowena con desdén, acercando una silla a su escritorio sin preguntar y sentándose con un crujido de faldas—. Estabas sensible. Pero ahora has tenido tiempo para pensar. Lady Catherine ha enviado una nota esta mañana. Elmira está muy ansiosa por conocerte. Toca el pianoforte de maravilla y tiene caderas anchas para parir.

—No voy a comprar una yegua de cría, Rowena —espetó Lysander —. Estoy buscando... bueno, no estoy buscando nada en este momento.

—Estás siendo egoísta —suspiró Rowena, ajustándose los puños—. Tu padre necesita esta alianza. El patrimonio de los Catherine bordea nuestras canteras del norte. Si te casas con Elmira, uniremos los derechos sobre las tierras. Es un simple negocio.

—Es mi vida —dijo Lysander—. No voy a casarme con una chica a la que no conozco solo para que Thaddeus pueda sacar más arcilla de la tierra.

—Lo harás si sabes lo que te conviene —dijo Rowena; su voz bajó una octava, perdiendo la falsa dulzura—. Estás pisando terreno peligroso, Lysander. Has vuelto con tus aires italianos, tus bocetos y tu desdén por el negocio. Thaddeus es paciente, pero su paciencia no es infinita. Está decepcionado contigo.

—¿Ha dicho él eso? —preguntó Lysander—. ¿O lo estás diciendo tú por él?

—Lo piensa —dijo Rowena—. Lo veo en sus ojos cuando hablas de «vivienda» y «caridad». Necesita un heredero fuerte. Un heredero implacable. Si sigues comportándote como un alma caritativa, podrías encontrarte con que tu posición es... reconsiderada.

Lysander se rió, un sonido áspero que hizo que Rowena entornara los ojos.

—¿Es eso? —preguntó, inclinándose hacia delante sobre el escritorio —. ¿La amenaza? ¿Crees que Thaddeus me desheredará?

—Creo que es práctico —Rowena se encogió de hombros—. Y si su hijo mayor se niega a cumplir con su deber, podría mirar hacia otro lado.

—¿Hacia Andrew? —preguntó Lysander, enarcando una ceja—. ¿Ese es el plan, Rowena? ¿Me quieres fuera del camino para que tu niño mimado pueda heredar el imperio?

Rowena se alisó la falda, con el rostro como una máscara de calma.

—Soy madre —dijo—. Quiero lo mejor para mi hijo. ¿Es eso un crimen? Andrew es joven, pero es dócil. Escucha a Thaddeus. No discute sobre moral. Sería un heredero muy conveniente.

—Sería un desastre —dijo Lysander—. Andrew es un niño en un traje de hombre. Bebe demasiado, juega, y tiene el olfato para los negocios de un mosquito.

—Tiene brío —defendió Rowena, aunque sus ojos vacilaron.

—Es un libertino —la corrigió Lysander—. ¿Sabes a dónde va por las noches, Rowena? ¿Cuando se escapa por la puerta trasera?

—Va al club —dijo Rowena rápidamente—. Con sus amigos.

—Va a los burdeles de Fleet Street —dijo Lysander, observando de cerca su rostro—. Lo vi allí antes de irme a la universidad y Philip me cuenta que es un habitual. Se gasta su asignación en ginebra barata y mujeres más baratas aún. ¿Es ese el heredero que quieres para Obsidian Hall? ¿Un chico que se jugará la fábrica en un año?

Rowena se levantó bruscamente, con el rostro encendido de un rojo moteado.

—Eso es mentira —siseó—. Tienes celos de él. Tienes celos porque él sabe cómo vivir y tú eres una estatua fría y sin sentimientos.

—Te estoy diciendo la verdad —dijo Lysander, levantándose también para que su altura la intimidara—. Revisa sus bolsillos. Mira sus ojos por la mañana. Tu hijo «dócil» se está pudriendo por dentro.

—¡Mi hijo es un caballero! —gritó Rowena, perdiendo la compostura —. ¡Es un Brunt!

—Es un Gault —dijo Lysander en voz baja, usando su apellido de soltera—. Igual que tú. Y tiene tu ambición, pero nada de tu astucia.

Rowena lo miró fijamente, con el pecho agitado. Por un momento, Lysander pensó que podría abofetearlo, pero recuperó el control con una rapidez aterradora. Suavizó sus rasgos hasta convertirlos en una máscara de hielo, recobrando su dignidad como quien se pone una capa.

—Cree lo que quieras —dijo Rowena fríamente—. Pero recuerda esto, Lysander. He sobrevivido a cosas peores que un hijastro con resentimiento. Me abrí camino hasta esta casa con las uñas. Me gané mi lugar. Y yo no pierdo.

—Siempre hay una primera vez para todo —dijo Lysander.

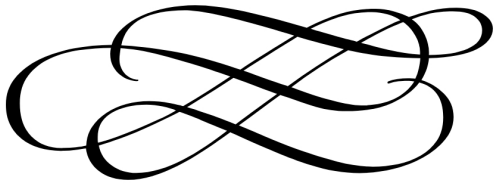
—No para mí —sentenció Rowena. Caminó hacia la puerta y se detuvo con la mano en el picaporte. —Piensa en Elmira. La boda sería en primavera. Sería una lástima que estuvieras... ausente para entonces.

Abrió la puerta y salió con paso firme, dejando el aroma a lavanda flotando en el aire, pesado y empalagoso.

Lysander se dejó caer de nuevo en su silla, con las manos temblando ligeramente. Miró el boceto de la casita, el jabalón que Hesper había sugerido, y sintió una oleada de agotamiento. Estaba librando una guerra en dos frentes —contra la física del tejado y contra el veneno en su propia casa— y, por primera vez, se preguntó si tendría fuerzas para ganar cualquiera de los dos.

Cogió el lápiz, presionó la mina contra el papel y se obligó a dibujar, porque construir algo, cualquier cosa, era la única forma de evitar que las paredes se le echaran encima.

CAPÍTULO 7



Hesper Vane estaba arrodillada en la tierra húmeda de la rosaleda, con el lodo frío calándole las rodillas del delantal mientras trabajaba con una paleta alrededor de las rebeldes raíces de una correhuela que asfixiaba la base de las preciadas rosas blancas de la señora. El aire estaba cargado con el aroma de la tierra mojada y los pétalos en flor, lo que normalmente le proporcionaba un momento de paz lejos del calor sofocante del fregadero, pero hoy tenía los hombros cargados de tensión porque, cada vez que crujía una rama, casi esperaba que Rowena Brunt irrumpiera de entre los setos con una vara. Hundió la punta de metal en la tierra y la giró con saña, imaginando que arrancaba de raíz el miedo que se había apoderado de su pecho desde el incidente en el dormitorio, y se limpió un rastro de sudor de la frente con el dorso de la muñeca.

—¿Hesper?

Se quedó helada, con el corazón dándole un vuelco, y se puso de pie a toda prisa mientras dejaba caer la paleta en su cesta de madera con un estrépito. Se dio la vuelta, esperando ver a la señora, pero se encontró a Lysander Brunt de pie en el sendero de grava, con las manos entrelazadas a la espalda y pareciendo incómodamente fuera de lugar en medio de los arbustos primorosamente cuidados.

—Señorito Lysander —exhaló Hesper, haciendo una apresurada reverencia que casi la hace perder el equilibrio porque tenía las piernas rígidas de estar arrodillada—. No le he oído acercarse, señor.

—Me han dicho que tengo la pisada pesada —dijo Lysander con una pequeña y torpe sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Pero estabas atacando esa mala hierba con tal ferocidad que creo que una banda de música podría haber pasado por tu lado sin que te dieras cuenta.

Hesper se miró las manos manchadas de barro y se las limpió con timidez en el delantal.

—Es correhuela, señor —dijo—. Si no saca la raíz, vuelve con el doble de fuerza, así que hay que ser implacable.

—Implacable —repitió Lysander la palabra como si la paladeara—. Sí, supongo que hay que serlo.

Se acercó más, con la grava crujiendo bajo sus botas pulidas, y Hesper retrocedió instintivamente medio paso porque el recuerdo de su mano apretándole la muñeca aún estaba fresco, aunque ahora estuviera sonriendo. Lysander pareció notar su retirada y se detuvo, aclarándose la garganta y mirando un rosal con interés fingido.

—Quería decirte —dijo, manteniendo los ojos en las flores—... lo del refuerzo. La sugerencia sobre el soporte para la viga que hiciste ayer.

—¿Sí, señor?

—Ha funcionado —dijo Lysander, girándose para mirarla con un brillo repentino y genuino en el rostro—. He vuelto a calcular la distribución de la carga esta mañana y he añadido el soporte al esquema. La tensión en el ensamblaje ha bajado un cuarenta por ciento, así que el tejado aguantará, incluso con una pesada carga de nieve.

Hesper sintió un rubor de placer calentándole las mejillas, una sensación tan extraña que casi no la reconoció.

—Me alegro, señor —dijo, alzando la vista solo un segundo antes de recordar las normas y volver a bajar los ojos al suelo—. Es... es bueno saber que el tejado no se vendrá abajo.

—Desde luego que sí —rió Lysander entre dientes, un sonido cálido que le hacía parecer menos el amo de Obsidian Hall y más el estudiante entusiasta que ella imaginaba que habría sido en Italia—. Me habría sentido muy estúpido teniendo que explicarle un derrumbe a mi padre, así que supongo que te debo una enorme gratitud.

—No me debe nada, señor —dijo Hesper rápidamente—. Solo... hablé cuando no me correspondía.

—Hablaste con sensatez —la corrigió Lysander—. Lo cual es un bien escaso en esta casa.

Se quedó callado entonces, de pie con torpeza en el sendero, mientras Hesper pasaba el peso de un pie a otro y se preguntaba si debería recoger su paleta y volver al trabajo o si eso sería de mala educación. El silencio se prolongó, llenándose solo con el trino de un gorrión en el seto y el sonido lejano de un carruaje en el camino, hasta que Hesper no pudo soportar más la tensión.

—¿Hay... hay algo más que pueda hacer por usted, señor? —preguntó en voz baja—. Es que me quedan tres parterres más por desbrozar antes de que la señora Grix los inspeccione.

—En realidad —dijo Lysander, metiendo la mano en el bolsillo de su chaleco y sacando una pequeña libreta—, ya que pareces tener conocimientos prácticos sobre estas cosas, quería pedirte tu opinión sobre materiales. Estoy gestionando los suministros para el tejado de las casitas ahora y el proveedor de mi padre insiste en un tipo específico de teja.

Hesper se arriesgó a echar un vistazo a la libreta que él le tendía.

—¿Qué teja, señor?

—Es una teja de arcilla porosa —dijo Lysander, golpeando la página con el dedo—. De los hornos del sur. Es significativamente más barata que la pizarra galesa que yo quería, y Thaddeus argumenta que es más ligera, lo que ahorraría en costes de madera para la estructura. ¿Tú qué piensas?

Hesper sintió un escalofrío recorriéndole la espalda que no tenía nada que ver con el aire húmedo del jardín. Miró la libreta y sacudió la cabeza con violencia.

—No —dijo, y la palabra salió más tajante de lo que pretendía—. No, señor. No puede usar eso.

Lysander parpadeó, sorprendido por su vehemencia.

—¿Por qué no? —preguntó—. ¿Es por la durabilidad?

—Es una trampa mortal —dijo Hesper, bajando la voz hasta convertirla en un susurro mientras el recuerdo de la lavandería del hospicio cruzaba ante sus ojos: el sonido de la madera partiéndose, el chirrido del metal retorciéndose y la nube de polvo—. Esas tejas porosas... beben agua, señor. Absorben la lluvia y, cuando se hiela en invierno, se agrietan. Pero peor aún, se vuelven pesadas. El doble de pesadas que cuando están secas.

Le miró, olvidando las reglas sobre el contacto visual porque aquello era importante.

—Eso fue lo que pasó en la vieja fábrica de Miller's Lane —dijo—. La que se derrumbó hace tres años. Usaron las tejas de arcilla baratas para ahorrar dinero. Llovió durante una semana seguida en noviembre y el tejado... simplemente se rindió. Aplastó la planta de trabajo.

Lysander la miró fijamente, con el rostro palideciendo ligeramente.

—Recuerdo aquel derrumbe —dijo en voz baja—. Salió en los periódicos. Murieron cinco personas.

—Seis —lo corrigió Hesper, con la garganta cerrada—. El señor Miller también murió. El viejo albañil. Estaba dentro revisando los soportes cuando se vino abajo. Él... él fue quien me enseñó. Fue el único que fue amable conmigo.

Desvió la mirada, conteniendo el repentino escozor de las lágrimas, y se concentró en un escarabajo que gateaba por la grava.

—Después de que cerrara la fábrica, me trasladaron a la hilandería de algodón durante un mes antes de terminar de nuevo en la lavandería —dijo—. Pero nunca olvidé esas tejas. En el hospicio, en la sala común donde dormía con otras veinte mujeres, el tejado goteaba agua negra cada vez que llovía porque usaron la misma basura. Pudre las vigas, señor. No las use.

—No tenía ni idea —murmuró Lysander, cerrando la libreta con un clic decisivo—. Thaddeus dijo que era el estándar de la industria. Dijo que la diferencia de peso era insignificante.

—El señor mira el precio —dijo Hesper, consciente de que estaba hablando con una libertad peligrosa pero incapaz de detenerse—. Él no tiene que dormir debajo.

Lysander la observó durante un largo rato, y su expresión cambió de un interés profesional a una curiosidad más profunda y personal que hizo que Hesper quisiera esconderse entre los rosales.

—Has tenido una vida dura, Hesper —dijo él suavemente.

—Es una vida, señor —se encogió de hombros Hesper, tirando de un hilo suelto de su delantal—. Es la única que tengo.

—¿Puedo... puedo preguntarte algo personal? —preguntó Lysander, dando un paso más—. Hablas como alguien que ha recibido

educación, entiendes principios de ingeniería y, sin embargo, estás fregando suelos. ¿Cómo has acabado aquí? ¿Dónde están tus padres?

Hesper se puso rígida y el familiar muro de defensa se alzó alrededor de su corazón, porque las preguntas sobre sus padres siempre derivaban en insultos sobre mendigos y rameras.

—No todo el mundo nace en cuna de oro, señor —dijo Hesper, con la voz volviéndose fría y cautelosa—. Algunos simplemente somos arrojados al barro y tenemos que salir a rastras. He acabado aquí porque la señora Sneed vendió mi mano de obra por cinco chelines. Ese es el principio y el fin de la historia.

—Pero a buen seguro... —empezó Lysander.

—¿Y qué significa esto?

La voz restalló en el aire del jardín como un latigazo y Hesper se sobresaltó tanto que casi se le cae la cesta.

Rowena Brunt estaba en el borde de la terraza, enmarcada por el arco de piedra como un ángel vengador en un vestido carmesí oscuro. Tenía el rostro desencajado por una mueca de furia y las manos apretadas en puños a los costados.

—Rowena —dijo Lysander, girándose hacia su madrastra con un suspiro de fastidio—. Solo estaba hablando con la criada sobre los diseños de las casitas.

Rowena bajó los escalones de piedra, con las faldas ondeando con rabia alrededor de sus tobillos, y se detuvo a pocos pies de ellos, ignorando a Lysander por completo para fulminar a Hesper con la mirada.

—Estás perdiendo el tiempo —siseó Rowena, con los ojos recorriendo la figura de Hesper como si buscara suciedad—. Te di

una lista de tareas en el jardín que deberían ocuparte toda la tarde y, sin embargo, aquí estás, perdiendo el tiempo en el barro y molestando al señorito con tu parloteo.

—No le estaba molestando, señora —dijo Hesper, bajando la cabeza —. Él me ha hecho una pregunta.

—Me da igual si te ha pedido un baile —espetó Rowena—. Eres una sirvienta. No tienes opiniones. No tienes conversación. Tienes trabajo.

—Me estaba ayudando —intervino Lysander, interponiéndose entre Hesper y Rowena—. Conoce los materiales locales de los que yo carezco. Nos ha librado de cometer un error costoso con las tejas del tejado, Rowena, así que deberías agradecérselo, no regañarla.

Rowena miró a Lysander y soltó una carcajada seca e incrédula.

—¿Agradecérselo? —se mofó Rowena—. ¿Por qué? ¿Por parlotear sobre ladrillos? Lysander, eres absurdo. Esto es una casa, no una sala de debates universitaria. El mantenimiento de esta casa funciona gracias a la disciplina, no a que las criadas den lecciones a sus superiores.

—Es algo relevante para el negocio —argumentó Lysander.

—El negocio es asunto de Thaddeus —le cortó Rowena, con la voz volviéndose gélida—. Y la casa es mía. Tú no gestionas al personal, Lysander. Lo hago yo. Y esta chica está aquí para trabajar. Debe trabajar. Debe hacer la tarea para la que ha venido, no coquetear contigo entre los matorrales.

—¿Coquetear? —Lysander parecía horrorizado—. ¡Estábamos hablando de tejas de arcilla!

—Tengo ojos —dijo Rowena, volviendo a clavar su mirada en Hesper con una expresión de puro veneno—. Veo cómo te mira. Trepa

insolente y sombría. Vuelve a tu estudio, Lysander. Déjame la disciplina a mí.

—No voy a dejar que se abuse de ella —dijo Lysander, manteniéndose firme.

—Te irás porque soy la señora de esta casa y te estoy diciendo que te vayas —gritó Rowena, perdiendo los estribos—. ¡Vete! ¡Antes de que le diga a tu padre que estás minando mi autoridad y distrayendo al personal de sus obligaciones!

Lysander miró a Rowena, luego a Hesper, que estaba temblando, y debió de darse cuenta de que su presencia solo estaba haciendo que el blanco en la espalda de Hesper fuera más grande, porque soltó un gruñido de frustración y alzó las manos.

—Está bien —dijo Lysander—. Me voy. Pero déjala en paz, Rowena. No ha hecho nada malo.

Se dio la vuelta y se alejó a zancadas por el sendero hacia la casa, levantando grava con sus botas a su paso.

Hesper le vio marchar con un nudo en el estómago porque sabía, con una certeza aterradora, que en cuanto él dejara de oírlas, estallaría la tormenta.

Tenía razón.

Tan pronto como la puerta de la terraza se cerró tras Lysander, Rowena se lanzó hacia delante. No usó una vara esta vez; alargó la mano, adornada con pesados anillos, y agarró a Hesper de la oreja, retorciéndola con fuerza.

—¡Ah! ¡Señora! —gritó Hesper, tambaleándose hacia un lado mientras Rowena le tiraba de la cabeza hacia abajo.

—Pedazo de guarra —le siseó en la cara, con un aliento que olía a menta y furia—. Te he visto. Ahí de pie, batiendo las pestañas, intentando seducirlo.

—¡No! —jadeó Hesper, con las lágrimas asomando a los ojos por el dolor agudo en la oreja—. ¡Eso no es verdad! ¡Preguntaba por el tejado! ¡Se lo juro!

—¿Crees que soy tonta? —Rowena la arrastró hacia la casa, obligando a Hesper a caminar encorvada para que no se le desgarrara la oreja—. Conozco a las de tu clase. Crees que si atraes la atención del hijo podrás salir de la alcantarilla. Crees que puedes jugar a ser una dama.

—¡No lo creo! —sollozó Hesper, tropezando en los escalones de piedra—. ¡Por favor, señora, me está haciendo daño!

—¡Mejor! —gritó Rowena—. Te mereces que te duela. Eres ponzoña en esta casa. Te dije que te mantuvieras alejada de él y me has desafiado.

Arrastró a Hesper por la puerta trasera hasta el fregadero, pasando por delante de la aterrada ayudante de cocina, a la que se le cayó una olla, y entró en la cocina principal donde el personal preparaba el almuerzo.

—¡Señora Grix! —chilló Rowena.

La cocina se quedó en un silencio sepulcral. La cocinera se quedó paralizada con un cazo en el aire. La señora Grix acudió apresurada desde la despensa, secándose las manos con un paño.

—¿Señora? —preguntó la señora Grix, mirando de la furiosa dueña a Hesper, que estaba doblada por el dolor bajo su agarre.

Rowena empujó a Hesper hacia delante con tal fuerza que chocó contra la mesa de trabajo central, golpeándose la cadera con la

esquina de madera.

—Mire esto —escupió Rowena, señalando a Hesper con un dedo tembloroso—. Mire lo que permite bajo sus narices. La he pillado en el jardín con el señorito Lysander. Holgazaneando. Susurrando. ¡Intentando seducirlo justo bajo las ventanas!

Un jadeo colectivo recorrió la cocina. Polly se tapó la boca con la mano.

—¡No ha sido así! —gritó Hesper, aferrándose a la mesa para no caer, con la oreja ardiéndole como el fuego—. ¡Me ha preguntado por las tejas! ¡Señora Grix, por favor, dígaselo! ¡Estaba quitando las malas hierbas!

—¡Silencio! —rugió Rowena—. Eres una mentirosa y una buscona. Señora Grix, ¿por qué no vigila a su personal? ¿Por qué se permite que esta rata de alcantarilla ejerza su oficio en mi jardín?

—Señora, yo le asigné los parterres —dijo la señora Grix, con la voz temblando ligeramente pero tratando de mantener la calma—. No sabía que el señorito estaba allí.

—¡Debería saberlo! —espetó Rowena—. Es una ladrona y una manipuladora. Quiero que registren su habitación. Ahora mismo.

Hesper se quedó helada.

—¿Mi habitación? —susurró Hesper.

—Sí, tu habitación —dijo Rowena, acercándose hasta quedar nariz con nariz con Hesper—. Si tienes tanta confianza con el señorito, ¿quizás te ha estado dando obsequios? ¿Quizás has estado robando baratijas para impresionarlo? ¿O tal vez has robado dinero para comprar su favor?

—¡No he robado nada! —protestó Hesper—. ¡Pueden mirar! ¡No tengo nada!

—Eso ya lo veremos —dijo Rowena—. En marcha. Todos. Vamos al ático.

Fue una procesión de la vergüenza. Rowena encabezaba el camino, con sus faldas ondeando con furia santurrona, mientras Hesper la seguía con la cabeza baja, flanqueada por la señora Grix, que parecía pálida y preocupada. Las otras criadas iban detrás, susurrando, con los ojos como platos ante el espectáculo.

Subieron las interminables escaleras hasta el ático, y el aire se volvía más caliente y cargado a medida que ascendían. Cuando llegaron al minúsculo cuarto de Hesper, Rowena abrió la puerta con tal fuerza que golpeó contra la pared.

—Regístrelo —ordenó Rowena a la señora Grix—. Hasta el último rincón.

Hesper se quedó en el umbral, abrazándose a sí misma, y observó cómo la señora Grix se arrodillaba a regañadientes junto a la cama.

—Lo siento, Hesper —susurró la señora Grix, y sacó el petate de lona de debajo.

—Vacíelo —ordenó Rowena.

La señora Grix volcó la bolsa. Las exiguas pertenencias de Hesper cayeron sobre los tablones del suelo. Dos camisones gastados, grises y remendados. Un peine al que le faltaban púas. Un trozo de cinta azul. Y los cinco chelines que la señora Sneed le había dado.

Rowena pateó el montón con su zapatilla de seda, dispersando las monedas.

—¿Eso es todo? —preguntó Rowena, mirando alrededor de la habitación con ojos frenéticos. Tiró de la colcha de la cama y la sacudió. Miró debajo del colchón. Abrió el pequeño cajón del lavabo.

Nada.

Hesper contuvo el aliento, apretando su pierna izquierda contra la derecha, sintiendo el metal duro del relicario de latón presionando contra el hueso de su tobillo bajo la media. Estaba a salvo. Lo había atado fuerte esta mañana. Mientras no la desnudaran, estaba a salvo.

Rowena se quedó en medio de la habitación, mirando el patético montón de harapos en el suelo, y su rostro se contrajo por la frustración. Había querido encontrar algo, cualquier cosa, que justificara el despido de Hesper. Había querido pruebas de que la chica era una ladrona para poder llamar a la policía y sacarla de su vida para siempre.

—¿Dónde está? —masculló Rowena para sí misma—. Tiene que tener algo.

—No hay nada, señora —dijo la señora Grix en voz baja, empezando a recoger las monedas—. Solo su paga y su ropa. Es honrada.

Rowena se giró hacia el ama de llaves.

—Es astuta —siseó Rowena—. Lo ha escondido. O tal vez no ha tenido ocasión de robar todavía. Pero lo hará.

Rowena se volvió hacia Hesper, que miraba al suelo, intentando que no le temblaran las manos.

—Tienes suerte —dijo Rowena con voz baja y peligrosa—. Pero te estoy vigilando. Señora Grix, la vigilará como un halcón. No debe quedarse a solas en ninguna habitación con objetos de valor. No debe hablar con el señorito Lysander. Y si vuelvo a verlos juntos... si

los veo siquiera en el mismo pasillo... será usted quien responda por ello.

—Sí, señora —dijo la señora Grix.

Rowena fulminó a Hesper con la mirada una última vez, una mirada de odio puro y absoluto que iba más allá del enfado de una señora con una mala sirvienta. Era algo personal. Algo aterrado.

—Recoge este desastre —espetó Rowena, señalando la ropa esparcida—. Y vuelve al fregadero. Fregarás ollas hasta medianoche por tu insolencia.

Rowena salió de la habitación con aire majestuoso, y las criadas se apartaron como el Mar Rojo para dejarla pasar, dejando tras de sí una estela de lavanda y miedo.

La señora Grix esperó hasta que los pasos se perdieron escaleras abajo antes de entregarle a Hesper el petate de lona.

—Lo siento, muchacha —dijo la señora Grix con suavidad—. Ya te dije que era vengativa.

Hesper cogió la bolsa con los dedos entumecidos. Se arrodilló en el suelo y empezó a recoger sus monedas, una a una.

—No he hecho nada —susurró Hesper, con la voz quebrada—. Solo he respondido a una pregunta.

—En esta casa —dijo la señora Grix, poniendo una mano en el hombro de Hesper—, eso es suficiente.

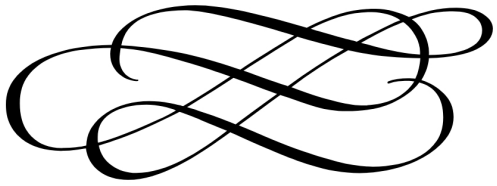
Hesper asintió y metió sus camisones de nuevo en la bolsa. Se tocó el tobillo a través de la falda, reconfortada por la presencia del relicario, y se armó de valor. Fregaría ollas. Se mantendría en silencio. Pero no se iría. Todavía no.

—Iré a la cocina —dijo Hesper, levantándose.

—Ve —dijo la señora Grix—. Y, Hesper, mantente alejada del jardín.

Hesper salió de la habitación con la cabeza bien alta a pesar del ardor en su oreja y el dolor en la cadera, impulsada por una rabia fría y dura que se estaba transformando lentamente en determinación. Sobreviviría a Rowena Brunt. Sobreviviría a todos ellos.

CAPÍTULO 8



Lysander Brunt estaba de pie en el centro del despacho de su padre, rodeado por el olor a humo de puro rancio y el tictac del reloj de pared, que parecía burlarse de su búsqueda frenética. Thaddeus lo ha enviado a buscar el manifiesto de carga para el contrato estadounidense porque afirmaba haberlo dejado sobre el secante, pero el escritorio era un paisaje caótico de facturas, libros de contabilidad y acuerdos comerciales que hablaban de un hombre demasiado ocupado para organizar su propia ambición. Lysander ha desplazado una pila de recibos de carbón y ha mirado bajo un pesado pisapapeles de latón; su frustración aumentaba con cada minuto perdido porque quería estar en la obra comprobando las zanjas de los cimientos, no haciendo de secretario para un hombre incapaz de archivar sus propios papeles.

Se ha movido alrededor del enorme escritorio de caoba y ha revisado el suelo, pensando que quizá una corriente de aire se había llevado el documento. Su bota ha golpeado la papelera, que rebosaba de borradores descartados y sobres. Una bola de papel ha salido rodando y se ha detenido contra la pata de la silla.

Lysander se ha inclinado para recogerla con la intención de volver a tirarla dentro, pero algo en la textura del papel lo ha hecho detenerse, pues no era el vitela nítido y caro que su padre utilizaba para la correspondencia de negocios. Era un papel de pulpa barato y rugoso, gris y áspero al tacto.

Lo ha alisado lentamente.

La caligrafía era tosca, las letras grandes y macizas, como escritas por una mano más acostumbrada a la pala que a la pluma.

Sr. Brunt, decía. *Por favor, señor. El tejado del número 4 se está combando mucho. La lluvia entra negra y huele a podredumbre. Mi pequeño tose y las paredes están mojadas. Pagamos el alquiler a tiempo. Por favor, arréglelo.*

Tenía fecha de ayer.

Lysander ha fruncido el ceño y ha alisado el papel contra el borde del escritorio. Ha vuelto a mirar la papelera. Ha metido la mano y ha sacado otra bola arrugada, y luego otra.

Ha encontrado una segunda carta, escrita al dorso de un folleto.

Las tejas se están resbalando, señor. Un ladrillo ha caído en el patio y le ha pasado rozando a mi hijo por una pulgada. Tenemos miedo de dormir.

Esta tenía fecha de hace dos meses.

Lysander ha sentido que un escalofrío se le instalaba en el estómago, y no tenía nada que ver con las corrientes de aire de la habitación. Dos meses. Su padre había recibido estas advertencias, las había arrugado y las había tirado a la basura como si no fueran más que molestas ofertas de un sastre. La voz de Hesper ha resonado en su mente, clara y cortante tras su conversación en el jardín. *Las tejas porosas beben agua. Se vuelven pesadas. Es una trampa mortal.*

—Él lo sabe —ha susurrado Lysander al silencio—. Se le ha avisado.

Ha vuelto a mirar las fechas. El descuido no era accidental; era una elección. Una decisión calculada de ignorar la seguridad de las

personas que generaban la riqueza con la que se compraban las cortinas de seda, el escritorio de caoba y el mismísimo techo sobre la cabeza de Lysander.

Ha apretado las cartas en su mano, volviéndolas a convertir en una bola, pero esta vez no las ha tirado. Se las ha metido en el bolsillo y se ha dirigido a la puerta, olvidando por completo el manifiesto de carga.

Ha atravesado la casa a grandes zancadas, con pasos pesados y decididos sobre los suelos de mármol. Le ha preguntado a un lacayo que pasaba por allí dónde estaba su padre, y el hombre ha señalado hacia el salón de mañana con una reverencia nerviosa, presintiendo el nubarrón que se cernía sobre el joven señor.

Lysander ha abierto de golpe las alas de la puerta del salón de mañana sin llamar.

Thaddeus y Rowena estaban sentados a una pequeña mesa redonda junto a la ventana, bañados por la suave luz matinal que se filtraba a través de las cortinas de encaje. La mesa estaba dispuesta con teteras de plata y porcelana delicada, una escena de perfecta tranquilidad doméstica que ha hecho que a Lysander le hirviera la sangre. Thaddeus estaba untando mantequilla en un scone mientras Rowena servía el té, con el vapor subiendo en torno a sus dedos cuidados.

Han levantado la vista cuando Lysander ha entrado.

—Ah, aquí estás —ha dicho Thaddeus, señalando con el cuchillo—. ¿Has encontrado el manifiesto? Tengo que enviar el telegrama a Nueva York antes del mediodía.

—No he buscado el manifiesto —ha dicho Lysander con voz tensa.

Rowena ha posado la tetera con un seco *clic*.

—¿Entonces por qué irrumpes de esta manera? —ha preguntado ella, alisándose el encaje del puño—. ¿Has olvidado cómo se llama a la puerta, Lysander? ¿O es que en Italia no os enseñaron modales?

—Tengo que hablar contigo, padre —ha dicho Lysander, ignorándola por completo—. A solas.

Thaddeus ha fruncido el ceño y ha dado un bocado a su scone.

—No seas maleducado, muchacho —ha dicho Thaddeus, masticando lentamente—. Rowena es mi esposa. Cualquier cosa que tengas que decirme, puedes decirla delante de ella.

—¿Estás seguro de eso? —ha preguntado Lysander, acercándose a la mesa hasta cernirse sobre ellos—. Porque lo que he encontrado en tu despacho no es apto para una conversación de sociedad.

—Si es sobre negocios, me interesa —ha dicho Rowena, recostándose en su silla con expresión aburrida—. Si es otra queja sobre tu estado emocional, no.

Lysander ha metido la mano en el bolsillo y ha sacado las cartas arrugadas. Las ha lanzado sobre el inmaculado mantel blanco, donde han caído entre la cubertería como bombas sucias.

—He encontrado esto en tu papelera —ha dicho Lysander.

Thaddeus ha echado un vistazo a los papeles pero no los ha recogido. Se ha limpiado una miga del labio con la servilleta.

—¿Y qué? —ha preguntado Thaddeus—. Las tiré por una razón, Lysander. Por lo general, así es como funcionan las papeleras.

—Son peticiones de ayuda —ha dicho Lysander, alzando la voz—. De los inquilinos de las casas del personal. Dicen que los tejados se están combando. Dicen que el agua entra negra. ¿Sabes lo que eso

significa, padre? Significa que la madera se está pudriendo. Significa que las tejas son porosas y están acumulando el peso del agua.

—Los inquilinos siempre se quejan —ha dicho Thaddeus con desdén, alargando la mano hacia su té—. Si no es el tejado, es la corriente. Si no es la corriente, son las ratas. Quieren un palacio por un alquiler de mendigo.

—¡Lo que quieren es un tejado que no los mate! —ha gritado Lysander, haciendo que Rowena se estremeciera ligeramente—. Una de estas cartas tiene dos meses. Has ignorado un fallo estructural durante dos meses.

—No lo he ignorado —ha dicho Thaddeus con calma—. Tomé una decisión. Las reparaciones son caras, Lysander. El margen de la fábrica este trimestre es ajustado debido a los precios del carbón. No podemos permitirnos techar de nuevo veinte casas solo porque se hayan resbalado unas cuantas losas.

—No son unas cuantas losas —ha discutido Lysander, apoyando las manos en la mesa e inclinándose—. He hablado con... He investigado los materiales. Esas tejas de arcilla del sur son peligrosas. Causaron el derrumbe de la fábrica Miller hace tres años. Murieron seis personas, padre. ¿Estás esperando a que haya un recuento de cadáveres antes de autorizar una reparación?

Rowena ha soltado una risa corta y aguda que ha sonado como cristales rotos.

—Oh, escúchalo —ha dicho, mirando a Thaddeus con ojos divertidos —. San Lysander, el protector de los pobres. Se cree un salvador porque leyó un libro sobre ladrillos una vez.

—Soy arquitecto —le ha espetado Lysander—. Sé cómo se sostienen los edificios y sé cómo se caen. Esto no es caridad, Rowena, es física. A la gravedad no le importan vuestros márgenes de beneficio.

—Y a los negocios no les importan tus sentimientos —ha dicho Thaddeus, endureciendo la voz—. Te sientas ahí, en tu torre de marfil, y me juzgas, ¿pero quién paga tu torre, eh? ¿Quién pagó tu universidad? ¿Quién paga la ropa que llevas puesta? Estos inquilinos pagan la mitad del precio de mercado por el alquiler porque trabajan para mí. Deberían estar agradecidos de tener siquiera una vivienda.

—¿Agradecidos de morir aplastados mientras duermen? —ha preguntado Lysander, incrédulo—. ¿Es ese el legado que quieres dejar? Estás aquí sentado comiendo scones en platos de porcelana mientras que a una milla de distancia una madre está aterrorizada porque el techo se le va a caer encima a su bebé. ¿Cómo puedes digerirlo?

—Nos apañamos —ha dicho Thaddeus, golpeando la taza contra el plato—. Nos apañamos porque eso es lo que hacen los hombres. Tomamos decisiones difíciles. No los estoy desahuciando. No les estoy subiendo el alquiler. Simplemente no puedo justificar una renovación completa en este momento. Quizá el año que viene. Quizás cuando cobremos el contrato estadounidense.

—El año que viene podría ser demasiado tarde —ha dicho Lysander —. Si llueve con fuerza... si la nieve llega temprano... esos tejados cederán. Puedo revisar las vigas. Puedo redactar un plan de refuerzo que cueste la mitad que una sustitución total. Déjame hacer al menos eso.

—No —ha dicho Thaddeus—. Te centrarás en el manifiesto de carga. Te centrarás en la fábrica. Deja de jugar a diseñar casitas y haz el trabajo que te he pedido.

Lysander se ha erguido, mirando a su padre como si viera a un extraño. El hombre que recordaba de su infancia, el hombre que solía levantarlo en brazos para que viera los hornos encendidos, que solía invitar a rondas de cerveza a los hombres en Navidad... ¿adónde se había ido? ¿Había sido siempre así de frío y Lysander

simplemente había sido demasiado joven para verlo? ¿O algo lo había endurecido, calcificando su corazón como la piedra que vendía?

Ha mirado a Rowena, que observaba el intercambio con una pequeña sonrisa satisfecha jugando en sus labios, y se ha preguntado cuánto de este veneno procedía de sus susurros.

—¿Cuándo empezaste a ser así? —ha preguntado Lysander en voz baja.

Thaddeus ha parpadeado, cogido desprevenido por el cambio de tono.

—¿Cómo qué?

—Como él —Lysander ha señalado las cartas arrugadas—. Como un hombre que cuenta los peniques por encima de las vidas. No siempre fuiste de esta manera. Recuerdo que recorrías la planta. Recuerdo que sabías los nombres de los hombres.

—Maduré —ha gruñido Thaddeus—. Y el negocio creció. No puedes conocer mil nombres, Lysander. Solo puedes conocer los números.

—Madre no habría tolerado esto —ha dicho Lysander.

El silencio que ha caído sobre la habitación ha sido absoluto. El tictac del reloj ha parecido detenerse. El rostro de Thaddeus se ha tornado de un rojo oscuro y moteado, y las venas de su cuello se le han marcado contra el cuello de la camisa. La sonrisita de Rowena ha desaparecido, sustituida por una mirada de anticipación depredadora.

—¿Qué has dicho? —ha susurrado Thaddeus.

—Madre —ha repetido Lysander, con voz temblorosa pero resuelta—. Ella era bondadosa. Se preocupaba por la gente de aquí. Si estuviera

sentada a esta mesa, se avergonzaría de ti. Le daría asco que estuvieras dejando que la gente se pudra para ahorrar unas cuantas libras.

Thaddeus se ha levantado tan rápido que su silla se ha volcado hacia atrás y se ha estrellado contra el suelo.

—¡Cómo te atreves! —ha rugido Thaddeus, con una voz que ha hecho vibrar el cristal de las vitrinas—. ¡Cómo te atreves a mencionarme su nombre! ¡No sabes nada de ella! ¡Eras un niño!

—¡Sé que tenía corazón! —ha gritado Lysander de vuelta—. ¡Y sé que no dejaría a niños dormir bajo un techo podrido!

—¡Está muerta! —ha chillado Thaddeus, golpeando la mesa con el puño—. ¡Y no está aquí para ver el peso que cargo yo! ¡No uses su fantasma para darme lecciones de moralidad, cachorro desagradecido!

—Está intentando herirte, Thaddeus —ha terciado Rowena con suavidad, con una voz que era como aceite sobre fuego—. Está usando tu dolor para manipularte porque no quiere hacer un trabajo de verdad. Quiere jugar a ser el héroe.

—Fuera —Thaddeus ha señalado la puerta con un dedo tembloroso —. Fuera de mi vista.

—Padre, por favor —ha dicho Lysander, dándose cuenta de que había ido demasiado lejos pero incapaz de dar marcha atrás—. Olvida la discusión. Solo mira las casas. Ven conmigo y mira.

—¡He dicho que fuera! —ha bramado Thaddeus—. ¡Vete a la fábrica! ¡Vete al despacho! ¡Vete al infierno si quieres, pero sal de esta habitación antes de que te cruce la cara!

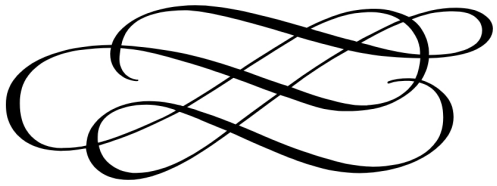
Lysander ha mirado a su padre, que resoplaba de ira, y luego a Rowena, que tomaba su té con calma como si estuviera viendo una

obra de teatro medianamente interesante. Se ha dado cuenta entonces de que había perdido. La lógica no había funcionado. La emoción no había funcionado. El muro de su indiferencia estaba construido con un material más fuerte de lo que él había previsto.

Ha arrebatado las cartas de la mesa.

—Me quedo con estas —ha dicho Lysander con frialdad—. Para que cuando se caiga el tejado, no puedas decir que no se te advirtió.

CAPÍTULO 9



—Y dime, ¿se desmorona el imperio de arcilla o simplemente se agrieta bajo el peso del ego de tu padre?

Philip hizo girar el líquido ambarino en su vaso de cristal y miró a Lysander a través de la neblina de humo de cigarro que llenaba el reservado al fondo del Red Lion. El ruido de la taberna era un rugido amortiguado a través de las pesadas cortinas de terciopelo, pero allí dentro reinaba el silencio suficiente para oír el tintineo del hielo contra el cristal y el rascado de una cerilla cuando Matthew encendió su pipa.

Lysander apoyó la cabeza contra la tapicería de cuero y se quedó mirando las placas de hojalata del techo, manchadas de amarillo por años de humo de tabaco.

—Persiste —dijo Lysander, levantando su propio vaso pero sin beber, pues ya tenía el estómago revuelto por el estrés de la discusión de la mañana—. La producción sube y la moral baja, así que Thaddeus está contento y los obreros son unos miserables, lo cual parece ser el orden natural de las cosas en Staffordshire.

—Brindemos por la miseria —sonrió Philip, chocando su vaso con el de Matthew—. Al menos paga el oporto. Por cierto, tienes un aspecto espantoso. ¿Has dormido algo desde que volviste o te pasas la noche preocupado por el precio del carbón?

—Duermo lo suficiente —mintió Lysander, frotándose el puente de la nariz, donde un dolor de cabeza se había instalado de forma permanente—. Es la casa, Philip. Parece una tumba.

—Obsidian Hall siempre ha sido un mausoleo —dijo Matthew en voz baja, dando una calada a su pipa de modo que un anillo de humo gris derivó hacia la luz de gas—. Pero antes eras capaz de ignorarlo. ¿Qué ha cambiado?

—Ahora tiene conciencia —bromeó Philip, apoyando las botas sobre la silla vacía frente a ellos—. San Lysander regresó de Italia con el corazón lleno de poesía y la cabeza llena de bobadas socialistas sobre tejas.

—No son bobadas —espetó Lysander; el alcohol había empezado a aflojar la correa con la que solía refrenar su temperamento—. He visto las cartas, Philip. La gente vive en la miseria mientras nosotros estamos aquí sentados bebiendo oporto de cosecha y fingiendo que no los estamos pisoteando.

—Estamos subidos a sus hombros —corrigió Philip encogiéndose de hombros—. Hay una diferencia. Pero no has salido esta noche para darnos una lección de arquitectura, así que dinos qué te reconcome de verdad. Llevas veinte minutos mirando ese cuadro de la camarera y no has parpadeado ni una vez.

Lysander apartó la vista del óleo de una pastora que colgaba sobre la chimenea.

—No es la camarera —masculló Lysander.

—¿Entonces quién es? —preguntó Matthew, inclinándose hacia delante con repentino interés—. Porque tienes esa mirada, Lysander. La que se te ponía cuando hacías bocetos de la catedral de Florencia. Obsesionado.

—No estoy obsesionado —dijo Lysander, dando un largo trago a su bebida para quemar la negación—. Estoy... preocupado.

—¿Preocupado por quién? —preguntó Philip.

Lysander vaciló, pues pronunciar su nombre le parecía peligroso, como si decirlo en voz alta fuera a convertir los sentimientos en algo real y aterrador.

—La nueva criada —dijo Lysander en voz baja—. Hesper.

Philip echó la cabeza hacia atrás y se rió con un sonido fuerte y brusco que hizo que varias personas se giraran en el bar principal.

—¿Esa cosita del hospicio? —preguntó Philip, secándose una lágrima del ojo—. ¿De la que Andrew alardeaba que intentaba acorralar? Por Dios, Lysander, sí que estás desesperado si andas suspirando por el servicio de cocina.

—No estoy suspirando por ella —dijo Lysander, apretando el vaso hasta que se le pusieron los nudillos blancos—. Y Andrew es un cerdo. Pero ella... ella es diferente. Es lista, Philip. Aprendió a leer por su cuenta y entiende de ingeniería mejor que la mitad de los capataces de la fábrica.

—Una criada que lee —dijo Philip con ironía—. ¡Paren las rotativas! Debemos avisar a la Reina.

—No es ninguna broma —dijo Lysander, bajando la voz—. Mi madrastra... la odia. Rowena la mira como si quisiera arrancarle la garganta.

—Rowena odia a todo el mundo que sea más joven y guapo que ella —señaló Matthew con lógica.

—Es peor que eso —dijo Lysander—. Ayer... después de que hablara con Hesper en el jardín... Rowena nos encontró. Se la llevó a rastras.

Intenté detenerla, intenté intervenir, pero Rowena me gritó que me fuera y amenazó con ir a ver a mi padre.

—¿Y te fuiste? —preguntó Philip, y su sonrisa se desvaneció.

—Tuve que hacerlo —dijo Lysander, bajando la vista hacia su bebida —. Si me hubiera quedado, habría sido peor. Rowena la habría acusado de seducción o de robo. Me alejé para protegerla.

—Te alejaste para protegerte a ti mismo —sentenció Philip.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, afiladas y brutales. Lysander levantó la vista, herido.

—¿Perdona?

—Me has oído —dijo Philip, bajando los pies al suelo e inclinándose sobre la mesa con el rostro repentinamente serio—. Presumes de ser muy íntegro, Lysander. Nos das sermones sobre los obreros y los tejados y la injusticia del mundo. ¿Pero a la hora de la verdad? ¿Cuando viste a una mujer siendo arrastrada por esa arpía que tienes por madrastra? Le diste la espalda.

—No tuve otra opción —arguyó Lysander, aunque su voz sonaba débil incluso para sus propios oídos—. Thaddeus se habría puesto del lado de Rowena. Habrían despedido a Hesper.

—¿Así que conservó su empleo pero perdió la piel? —se mofó Philip —. He visto la cara que traías al entrar. De culpable. Sabes lo que hace Rowena cuando se cierran las puertas. Sabes que usa ese bastón. Y tú —el heredero, el gran hombre de la casa— dejaste que ocurriera porque te asustaba montar una escena.

—No soy un cobarde —siseó Lysander.

—¿Ah, no? —Philip dio un sorbo a su copa con los ojos gélidos—. Dejaste que una chica recibiera una paliza porque no querías

molestar a papá. Eso a mí me parece cobardía. O hipocresía. Elige tú.

Lysander abrió la boca para replicar, para explicar la complejidad de la dinámica en Obsidian Hall, pero las palabras murieron en su garganta porque Philip tenía razón. Se había ido. Había oído los gritos de Rowena y había seguido caminando porque se sentía impotente, y esa impotencia le asqueaba más que cualquier otra cosa.

—Déjalo ya, Philip —dijo Matthew con suavidad, poniendo una mano en el brazo de su amigo—. Está en un aprieto.

—Está enamorado —dijo Philip, recostándose con un suspiro—. Ese es el problema. El amor vuelve estúpidos a los hombres.

—No estoy enamorado —dijo Lysander, aunque el corazón le golpeaba las costillas con un ritmo traicionero—. Apenas la conozco.

—La conoces lo suficiente como para sentirte culpable —dijo Matthew, mirando a Lysander con ojos compasivos—. Y la conoces lo suficiente como para fijarte en su intelecto, lo cual es peligroso para un hombre como tú. La admiras.

—¿Es eso un crimen?

—Es una complicación —dijo Matthew—. Tienes que admitir que sientes algo más que simple admiración, Lysander. Hablas de ella como si fuera una igual, no una sirvienta. ¿Y en tu casa? ¿Con tu padre? Ese es un juego peligroso.

—Temo lo que supondría —susurró Lysander, admitiendo la verdad por primera vez—. Si le muestro favor, Rowena la toma con ella. Si la ignoro, Rowena la toma con ella. Y si yo... si yo hiciera algo respecto a lo que siento... la arruinaría. Una criada no puede estar con su señor, Matthew. Eso destruye a la mujer, no al hombre.

—Así que no haces nada —dijo Philip, haciendo una señal al camarero para que trajera otra ronda—. Te sientas en tu torre de marfil y la ves sufrir mientras te dices que es por su propio bien. Bebe, Lysander. Ayuda a ahogar el sonido del bastón.

Lysander miró fijamente a su amigo, odiándolo y agradeciéndoselo a partes iguales, antes de vaciar su vaso de un trago ardiente y ponerse en pie.

—Me voy a casa —dijo Lysander.

—¿Huyendo otra vez? —le gritó Philip mientras se alejaba.

Lysander no respondió. Cogió su abrigo y salió del reservado, cruzó el bar lleno de humo y salió al frío chirimiri de la noche.

El camino de vuelta a Obsidian Hall fue largo y húmedo, pero Lysander se negó a coger un coche porque necesitaba que la lluvia fría le adormeciera el ardor de la vergüenza que las palabras de Philip habían prendido en su pecho. Entró en la casa por la puerta lateral, evitando el vestíbulo principal donde su padre podría estar merodeando, y subió las escaleras hacia el ala este con las botas mojadas dejando huellas oscuras en la alfombra.

La casa estaba en silencio, envuelta en el pesado sueño de los ricos, pero la luz se filtraba por debajo de la puerta de su dormitorio.

Lysander frunció el ceño y consultó su reloj de bolsillo. Eran más de las diez. Las criadas deberían haber terminado el servicio de noche hacía horas.

Abrió la puerta.

Hesper Vane estaba de rodillas junto a la chimenea.

Dio un salto al abrirse la puerta, dejando caer el cepillo del hogar con un ruido que sonó como un trueno en la habitación silenciosa.

Se puso en pie a toda prisa, limpiándose las manos manchadas de hollín en el delantal con los ojos muy abiertos por la alarma.

—Señor —jadeó ella, haciendo una reverencia tensa y torpe—. No... no pensaba que volvería usted tan pronto.

Lysander se quedó en el umbral, goteando agua de lluvia sobre la alfombra, y la miró. Parecía agotada. Tenía ojeras marcadas que destacaban sobre su piel pálida y se movía con un leve esfuerzo, favoreciendo el costado izquierdo como si le dolieran las costillas.

—Hesper —dijo Lysander con voz ronca—. ¿Qué estás haciendo? Es tarde.

—Había que limpiar el hollín de la rejilla, señor —dijo Hesper, manteniendo la vista fija en las botas embarradas de él—. Y la caja de la leña estaba vacía. La señora Grix dijo que debía estar hecho antes de la mañana.

—No deberías estar trabajando a estas horas —dijo Lysander, entrando en la habitación y cerrando la puerta tras de sí—. Pareces... pareces cansada.

—Estoy bien, señor.

Se dispuso a recoger el cubo y el cepillo, con movimientos espasmódicos y rápidos, como si esperara que él le gritara. Lysander la observó, viendo la tensión en sus hombros, y la imagen de Rowena llevándosela a rastras cruzó por su mente.

—Hesper, espera —dijo Lysander, alargando una mano pero deteniéndose antes de tocarla.

Ella se quedó paralizada, aferrando el asa del cubo con ambas manos.

—¿Señor?

—Sobre lo de ayer —empezó Lysander; la disculpa le resultaba pesada y torpe en la lengua—. En el jardín. Cuando vino Rowena...

Hesper se estremeció.

—Por favor, señor —susurró ella—. No lo haga.

—Tengo que decir esto —insistió Lysander, dando un paso más—. Lo siento. Debí haberla detenido. Debí haberme mantenido firme y no dejar que te llevara. Me comporté... me comporté como un cobarde.

Hesper levantó la vista entonces y él vio el destello de algo crudo y doloroso en sus ojos antes de que ella lo ocultara tras la expresión inexpresiva de una sirvienta.

—Es usted el señor, señor —dijo con frialdad—. No tiene que pedirme disculpas.

—Sí que tengo —dijo Lysander—. Te dejé a su merced y sé que ella no tiene ninguna. ¿Te... te hizo daño?

Le miró los brazos, buscando hematomas, pero llevaba mangas largas. Vio el modo en que permanecía de pie, ligeramente encorvada, y se le revolvieron las entrañas.

—Me disciplinó —dijo Hesper, con la voz carente de emoción—. Como era su derecho. Hablé cuando no debía. Estaba ociosa.

—No estabas ociosa —rebatió Lysander—. Me estabas ayudando. Fue injusto.

—La justicia es para la gente que puede pagarla —dijo Hesper, dirigiéndose hacia la puerta y rodeándolo con cuidado como si él fuera un mueble que pudiera morder—. Solo soy una criada, señor. Friego suelos y limpio chimeneas. Lo que me ocurra no es asunto suyo.

—Es asunto mío —dijo Lysander, girándose hacia ella—. Porque no eres solo una criada. Eres...

—No lo diga —le interrumpió Hesper, con voz aguda y temerosa—. Por favor, señor. No lo diga. No me preste ninguna atención.

—¿Por qué? —preguntó Lysander, frustrado—. ¿Por Rowena?

—¡Porque quiero sobrevivir! —siseó Hesper, dejando caer la máscara de sirvienta por un fugaz segundo—. Usted puede marcharse, señor. Puede ir a su club, beber con sus amigos y olvidarse de la fregona. Pero yo vivo aquí. Duermo bajo su techo. Cada vez que me mira, ella lo ve. Cada vez que me habla, ella me castiga.

Lysander sintió que la sangre se le retiraba del rostro. Las palabras de Philip resonaron en su cabeza. *Te sientas en tu torre de marfil y la ves sufrir.*

—No lo sabía —susurró Lysander—. Pensé... pensé que si era amable...

—Su amabilidad es peligrosa —dijo Hesper con la voz temblorosa—. Me pone una diana en la espalda. Si quiere ayudarme, señor... ignóreme. Déjeme ser el fantasma que la señora Grix me dijo que fuera. No me pregunte por tejados. No me pregunte por mi vida. Solo déjeme hacer mi trabajo.

Ella le miró suplicante, y Lysander se dio cuenta con un peso abrumador de que Matthew tenía razón. No podía salvarla siendo su amigo. Solo podía salvarla siendo su señor: frío, distante e indiferente.

—Ya veo —dijo Lysander, hundiendo los hombros—. Lo entiendo.

—Gracias, señor —dijo Hesper.

Hizo una reverencia, más profunda de lo habitual, con una rotundidad en el gesto que se sintió como el portazo de una puerta que se cierra.

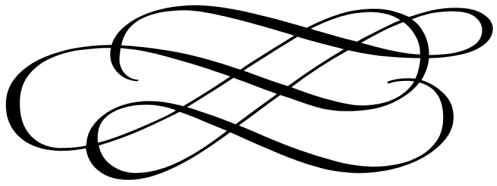
—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Hesper —susurró Lysander.

Ella se deslizó por la puerta y la cerró suavemente, dejándolo solo en la habitación que de repente le pareció demasiado grande y demasiado fría. Lysander miró la rejilla negra que ella había pulido, brillando a la luz del fuego, y se dio cuenta de que ese hollín limpio era el único rastro de ella que se le permitía conservar.

Se dejó caer en el borde de la cama, todavía con el abrigo húmedo, y escuchó sus pasos desvaneciéndose por el pasillo; cada uno de ellos la alejaba más de él y la devolvía a la oscuridad donde él no podía seguirla.

CAPÍTULO 10



El sol descargaba su implacable y sofocante calor sobre el cuidado césped de Obsidian Hall, haciendo que el almidón del cuello de Hesper Vane le irritase el cuello como papel de lija mientras el aire se espesaba con el empalagoso aroma de la hierba aplastada y el perfume caro. Se suponía que sería una pequeña fiesta en el jardín, una reunión íntima para que la buena sociedad local admirase las rosas premiadas de la Señora, pero el terreno bullía de invitados que se derramaban desde la terraza como una marea colorida y ruidosa. Hesper ajustó el agarre en el pesado cuenco de plata de ponche que llevaba y mantuvo la vista fija en el camino que la esperaba por delante, abriéndose paso entre los grupos de faldas de seda y levitas con la agilidad invisible que la señora Grix le había inculcado.

—Más vino, chica —ladró un hombre de rostro encendido y monóculo, dirigiendo un vaso vacío hacia ella sin mirarla la cara.

—Estoy sirviendo ponche, señor —murmuró Hesper, haciendo una rápida reverencia sin frenar su avance. —El camarero de vinos está cerca del pabellón.

Ella se apresuró a pasar antes de que él pudiera quejarse, agachándose bajo la glicina colgante de la pérgola para llegar a la mesa de refrescos donde la señora Grix dirigía frenéticamente el tráfico de criadas y lacayos.

—¡Hesper! —siseó la señora Grix, secándose el sudor del labio superior con un pañuelo. —¿Dónde has estado? El ponche escasea en la terraza sur y Lady Catherine parece reseca.

—Voy lo más rápido que puedo, señora Grix —dijo Hesper, dejando el cuenco vacío y levantando uno lleno que tensionaba los músculos de sus brazos. —Los invitados están por todas partes y no se apartan del camino.

—Son invitados —soltó la señora Grix, apartándola con un movimiento de sus manos. —No tienen por qué apartarse. Tú te apartas. Anda, y por el amor de Dios, sonríe. Parece que estuvieras marchando hacia un funeral.

Hesper forzó las comisuras de su boca hacia arriba en una mueca que esperaba que pasara por agradable y se giró de nuevo hacia el tumulto. Navegó por el césped abarrotado, esquivando mazos de croquet y niños corriendo con aros, sintiendo el peso del cuenco de plata clavándose en la cresta de su cadera. Vio a Rowena Brunt presidiendo cerca de la fuente, radiante con un vestido de encaje amarillo pálido, riendo, un sonido que tintineaba como vidrio roto mientras Thaddeus estaba junto a ella, parecía aburrido y consultando su reloj de bolsillo.

Hesper les dio un amplio rodeo, bordeando la rosaleda para evitar atraer la atención de la Señora, y apuntó hacia el paseo de emparrado que servía como atajo hacia las cocinas. Las sombras bajo el enrejado cubierto de hiedra eran frescas y silenciosas, un breve respiro de la algarabía de la fiesta, y Hesper dejó escapar un suspiro que no sabía que contenía cuando entró en la penumbra.

—Bueno, bueno —dijo una voz arrastrando las palabras desde las sombras. —Si no es la pequeña boxeadora.

Hesper se quedó congelada, agarrando el cuenco de ponche tan fuerte que los nudillos se le pusieron blancos.

Andrew Brunt salió de detrás de una hortensia trepadora, bloqueando el camino angosto. Se tambaleaba ligeramente, su corbata aflojada y un vaso de líquido ámbar inclinándose peligrosamente en su mano. Sus ojos eran vidriosos y caídos, fijos en ella con una malicia que hizo que el vello de su nuca se erizara.

—Disculpe, señor —dijo Hesper mientras intentaba rodearle. —Necesito rellenar el cuenco.

Andrew se movió con una velocidad sorprendente para un borracho, dando un paso lateral para cortarle el paso.

—¿Tanta prisa? —preguntó, inclinándose cerca para que el olor del brandy la envolviera. —Mi madre está ocupada encantando al vicario. Nadie nos está viendo aquí fuera.

—Los invitados están esperando, señor —dijo Hesper, dando un paso atrás, sus ojos mirando hacia el césped abierto visible a través del enrejado. —Por favor, déjeme pasar.

—Siempre tienes prisa —se burló Andrew, extendiendo la mano para trazar el borde del cuenco de plata con un dedo. —Siempre huyendo. Te gusta hacerte la difícil, ¿verdad? ¿Es eso parte del juego? ¿Me abofeteas en el dormitorio pero me lanzas miraditas en el pasillo?

—Nunca te he lanzado mirada alguna —siseó Hesper, olvidando su lugar por un momento en su miedo. —Nunca te he mirado con nada que no sea pavor.

Andrew rió, un sonido mojado y feo.

—Pavor —se burló. —Me gusta el pavor. Es mejor que la indiferencia.

Se lanzó hacia adelante y le agarró el brazo superior, sus dedos clavándose en la carne tierna por encima del codo.

—¡Suélteme! —jadeó Hesper, luchando por mantener el pesado cuenco equilibrado mientras intentaba retorcerse. —¡Señor, está borracho!

—Y tú eres una criada —gruñó Andrew, su cara retorciéndose en una máscara de presunción. —Existes para servir. ¿Por qué eres tan fría, eh? Lysander consigue las sonrisas. Lysander consigue los consejos arquitectónicos. ¿Qué consigo yo? ¿Una bofetada?

La jaló más cerca, haciendo que el ponche se derramara sobre el lateral y salpicara su delantal.

—¡He dicho que me suelte! —gritó Hesper, empujando contra su pecho con su mano libre, pero él era más pesado que ella y estaba impulsado por una fuerza borracha y hosca.

—Solo un beso —murmuró Andrew, forzando su cara hacia la de ella. —Solo para que sepas cuál es tu lugar.

Hesper cerró los ojos con fuerza y se preparó para dejar caer el cuenco, se preparó para gritar y perder su trabajo y ser arrojada a la calle, cuando de repente el peso en su brazo desapareció.

Andrew fue arrastrado hacia atrás como si lo atrapara un viento de fuerza de huracán.

Hesper tropezó, apretando el cuenco contra su pecho, y abrió los ojos para ver a Lysander Brunt de pie allí, su rostro pálido de furia, sosteniendo a Andrew por el cuello de su abrigo.

—Suéltala —dijo Lysander, su voz terriblemente tranquila.

Andrew tambaleó, intentando recuperar el equilibrio, y apartó la mano de Lysander.

—¡Suéltame tú mismo, Santo Lysander! —escupió Andrew, enderezando su chaqueta con un gesto de desprecio. —¿No puede

un hombre tener una conversación privada sin que estés al acecho en los arbustos como un vicario?

—Eso no era una conversación —dijo Lysander, colocándose entre Hesper y su hermanastro. —Eso era un asalto. Estás borracho, Andrew. Ve a tu habitación antes de que te avergüences aún más.

—¿Avergonzarme? —rió Andrew, tambaleándose sobre los talones. —Me estoy divirtiendo. Tú no sabrías lo que es eso. Caminas por aquí con esa cara larga, juzgando a todos, fingiendo que eres mejor que nosotros porque lees libros. Eres un aburrido, Lysander. Un aburrido y un cobarde.

—Y tú eres un parásito —soltó Lysander, su paciencia resquebrajándose audiblemente. —Bebes, juegas, acosas al personal porque no tienes nada dentro que no sea podredumbre. Arregla tu vida, Andrew. Antes de que te hundas en ella.

La cara de Andrew se puso de un rojo oscuro y moteado.

—No me sermonices —gritó Andrew. —¿Crees que eres el heredero? ¿Crees que estás seguro? Mi madre dice que eres débil. Dice que eres patético.

—Vete a la cama —Lysander se giró, extendiendo la mano para guiar a Hesper de vuelta hacia el camino. —Anda, Hesper.

—¡No me des la espalda!

Andrew lanzó un golpe.

Fue un puño tosco y salvaje, pero golpeó a Lysander en la mandíbula con un crujido nauseabundo. Lysander tropezó hacia atrás, chocando contra el enrejado, y Hesper gritó, dejando caer el cuenco de ponche. El recipiente de plata golpeó el suelo con un estrépito ensordecedor, salpicando líquido rojo sobre la grava blanca como sangre.

Lysander se tocó la mandíbula, mirando la sangre en sus dedos, y sus ojos se oscurecieron.

—Idiota —susurró Lysander.

Andrew lanzó otro golpe, pero esta vez Lysander estaba listo. Se agachó bajo el golpe e impulsó su puño hacia el estómago de Andrew. Andrew se dobló con un jadeo, pero agarró la chaqueta de Lysander, arrastrándolo hacia abajo.

Los dos hombres chocaron contra el enrejado, arrancando la hiedra mientras caían a la tierra.

—¡Paren! —gritó Hesper, moviendo las manos inútilmente mientras rodaban por el suelo. —¡Por favor! ¡Señores! ¡Paren!

Andrew se retorcía, arañando y mordiendo como un niño, pero Lysander luchaba con una ira fría y precisa. Inmovilizó a Andrew contra el suelo y le asestó un puñetazo firme en el pómulo, haciendo que la cabeza de Andrew se lanzara hacia atrás.

—¡Amo Lysander! —gritó Hesper, agarrando su hombro e intentando sacarlo. —¡Lo vas a matar! ¡Por favor!

El alboroto había atraído una multitud. Los invitados se reunían al final del enrejado, susurrando y señalando. Una mujer jadeó. Un vaso se hizo añicos.

—¿Qué significa esto?

La voz atronadora de Thaddeus Brunt cortó el ruido como un trueno.

Lysander se quedó congelado, su puño levantado. Miró hacia arriba, respirando con dificultad, su cabello cayendo en sus ojos, para ver a su padre de pie sobre ellos, temblando de furia. Rowena estaba junto a él, su mano presionada contra su boca en un horror teatral.

—¡Levantaos! —rugió Thaddeus. —¡Los dos! ¡Ahora!

Lysander se puso de pie de un salto, limpiándose la tierra de los pantalones. Andrew estuvo en el suelo un momento más, gimiendo y agarrándose la cara, antes de que Rowena se precipitara hacia adelante.

—¡Mi hijo! —lloró Rowena, cayendo de rodillas en la tierra para acunar la cabeza de Andrew. —¡Ay, mira lo que te ha hecho! ¡Es un salvaje!

—Me atacó —dijo Lysander, su voz áspera. —Estaba acosando a la criada. Estaba borracho.

—¡Está sangrando! —chilló Rowena, mirando a Lysander con los ojos llenos de odio. —¡Bestia! ¡Atacaste a tu propio hermano!

—No es mi hermano —escupió Lysander.

—¡Silencio! —gritó Thaddeus, su cara morada. Miró a los invitados reunidos que observaban el espectáculo con atención. —La fiesta ha terminado. Todos, por favor, diríganse a los carruajes. Un malentendido. Demasiado sol.

Volvió su furia hacia sus hijos.

—Me deshonras —siseó Thaddeus, acercándose a Lysander. —¿Peleando en la suciedad como peones comunes? ¿Delante del condado entero? ¿No tienes vergüenza?

—Padre, estaba haciendo daño a Hesper —argumentó Lysander, señalando a donde Hesper estaba de pie temblando junto al cuenco de ponche volcado. —Tuve que detenerlo.

Thaddeus ni siquiera miró a Hesper.

—Tuviste que armar un escándalo —dijo Thaddeus con frialdad. —Tuviste que arruinar mi reputación. Ve a tu habitación, Lysander. No salgas hasta que te lo ordene.

—Pero—

—¡Vete!

Lysander miró a su padre, luego a Rowena que estaba arrullando a Andrew y limpiando la tierra de su cara con su pañuelo de encaje, y finalmente a Hesper. Su expresión era una mezcla de disculpa y frustración. Se giró sobre sus talones y se alejó enfadado hacia la casa, empujando a un lacayo atónito.

—Y tú —Thaddeus miró hacia abajo a Andrew. —Mételo dentro, Rowena. Límpialo. Si mañana huele a bebida, lo golpearé yo mismo.

Rowena fulminó a Thaddeus con la mirada pero ayudó a Andrew a levantarse. Andrew sonrió sarcásticamente a través de un labio sangrante mientras cojeaba más allá de Hesper, apoyándose fuertemente en su madre.

Hesper se quedó sola en medio de la ruina del enrejado y el ponche derramado. Finalmente, Thaddeus la miró.

—Limpia este desorden —dijo con cansancio. —E intenta no meterte en el camino, chica. Causas problemas simplemente por existir.

Se alejó para disculparse con los invitados.

Hesper se arrodilló para recoger el cuenco de plata, sus manos temblando tan mal que apenas podía sostenerlo. No la habían despedido. No la habían golpeado. Pero mientras miraba la mancha oscura del ponche sobre las piedras blancas, sintió una culpa pesada y aplastante asentándose en su pecho porque Lysander estaba sangrando y era su culpa.

La casa estaba silenciosa como una tumba a medianoche. Los invitados se habían ido, las linternas estaban apagadas, y la opresión pesada de la noche se asentaba sobre Obsidian Hall.

Hesper estaba de pie fuera de la puerta del Ala Este, agarrando una pequeña palangana de agua tibia y un manojo de trapos limpios que había robado del armario de la ropa blanca. Levantó su mano para llamar, vaciló, y luego la bajó de nuevo.

La señora Grix le había dicho que fuera un fantasma. Lysander le había dicho que lo ignorara.

Pero recordaba el sonido del ponche conectando con su mandíbula. Lo recordaba sacando a Andrew de encima de ella cuando nadie más se habría molestado.

Llamó a la puerta.

Hubo un largo silencio, luego el sonido de pasos. La puerta se abrió una rendija.

Lysander estaba allí, aún en su camisa y pantalones, aunque se había quitado su chaqueta y chaleco. Su mandíbula estaba hinchada y florecía con un moratón de un púrpura oscuro, y sus nudillos estaban rotos y sangrantes. La miró, parpadeando en sorpresa.

—¿Hesper? —susurró.

—Yo... traía agua —dijo Hesper, levantando ligeramente la palangana. —Y bálsamo. Para tu mano.

Lysander miró la palangana, luego de nuevo su cara, y se echó atrás para abrir la puerta de par en par.

—Entra —dijo suavemente.

Hesper entró y dejó la palangana en el escritorio, apartando los planos que estaban esparcidos allí. Mojó un paño en el agua tibia y lo escurrió, manteniendo sus ojos fijos en su tarea porque si lo miraba podría empezar a llorar.

—Siéntese, por favor —dijo.

Lysander se sentó en el borde del escritorio, mirándola. Hizo una mueca cuando ella tomó su mano, sus dedos ásperos mientras presionaba el paño sobre la piel rota en sus nudillos.

—Lo siento —susurró Hesper, las palabras saliendo atropelladamente. —No pretendía meterme en problemas, señor. Intenté alejarme. Intenté evitarlo.

—Hesper, para —dijo Lysander, su voz espesa. —No fue tu culpa. Andrew es... Andrew es un problema que estaba esperando a suceder. No causaste esto.

—Pero tu padre —dijo Hesper, aplicando un poco de bálsamo en su mano. —Estaba tan enfadado. Te culpó a ti.

—Me culpa por respirar la mayor parte de los días —dijo Lysander con una sonrisa torcida y adolorida. —No desperdicies tus lágrimas en el temperamento de Thaddeus Brunt. Es un recurso renovable.

Hesper levantó la vista entonces, encontrando sus ojos, y una pequeña risa acuosa escapó de sus labios.

—Eso no es divertido, señor.

—Es un poco divertido —sonrió Lysander, luego hizo una mueca y se tocó la mandíbula. —Ay. Quizá no debería sonreír.

—Déjeme ver —dijo Hesper, acercándose. Extendió la mano, dudando antes de tocar su mandíbula con el paño fresco. —¿Le duele?

—Solo cuando hablo —murmuró Lysander, sus ojos buscando su cara. —O pienso. O existo.

—Entonces debería estar callado —dijo Hesper suavemente, secando una mancha de sangre seca cerca de su oído.

La habitación se quedó callada, llena solo del crepitar del fuego moribundo y el suave sonido del paño contra su piel. Hesper era agudamente consciente de lo cerca que estaban, del calor que irradiaba de su pecho a través de su fina camisa de lino, de la forma en que el aire parecía espesarse a su alrededor. Era peligroso. Era prohibido. Pero por un momento, en la seguridad de la luz de la lámpara, no quería irse.

—Ya está —dijo, dando un paso atrás y soltando el paño en la palangana. —Se amoratará, pero la piel no está rota.

—Gracias, Hesper —dijo Lysander. —Tienes un toque delicado para alguien que afirma estar hecha de piedra.

—Nunca afirmé estar hecha de piedra —dijo Hesper, cogiendo la palangana. —Solo... robusta.

—Robusta —asintió Lysander. —Me gusta lo robusto.

Se bajó del escritorio y caminó hacia la ventana, mirando hacia el jardín oscuro.

—Voy a ir a las Cabañas del Personal mañana —dijo, de espaldas a ella. —Para inspeccionar los tejados. Quiero ver exactamente qué tejas necesitan reemplazo antes de volver a enfrentarme a mi padre.

—Eso es sensato, señor —dijo Hesper, dirigiéndose hacia la puerta.

—Ven conmigo —dijo Lysander, girándose.

Hesper se quedó congelada, su mano en el picaporte.

—¿Señor?

—Ven conmigo —repitió, sus ojos brillantes. —Conoces los materiales. Conoces las quejas de los inquilinos. Necesito un ojo experto, y eres la única en la que confío para decirme la verdad.

—No puedo —dijo Hesper inmediatamente, sacudiendo la cabeza. —No es apropiado, señor. ¿Una criada saliendo con el Amo? Solo los chismes bastarían para que me despidieran, y si la Señora nos viera...

—Podemos tomar el camino trasero —argumentó Lysander, dando un paso hacia ella. —Por los bosques. Nadie nos vería.

—Es demasiado arriesgado —dijo Hesper, agarrando la palangana con fuerza. —No puedo ser vista contigo, señor. No después de hoy. No después de lo que ella dijo.

Lysander la miró, una chispa traviesa entrando en sus ojos a pesar del amoratamiento.

—Estás en mi dormitorio —señaló. —A medianoche. Con una palangana de agua.

Hesper se sonrojó escarlata.

—Eso... eso es diferente —tartamudeó. —Estaba curando una herida. Era una emergencia.

—¿Lo era? —bromeó Lysander suavemente. —¿O estabas preocupada por mí?

—Estaba cumpliendo mi deber —mintió Hesper, aunque su corazón martilleaba contra sus costillas. —Debería irme, señor. Antes de que la señora Grix haga sus rondas.

—Hesper —dijo Lysander, su voz volviéndose seria nuevamente. —Te necesito. No solo para los tejados. Necesito a alguien que entienda por qué importa esto. Por favor.

Hesper lo miró, al moratón en su mandíbula que había recibido por ella, y sintió su resolución desmoronarse como las tejas de arcilla barata que odiaba.

—Tengo deberes —susurró débilmente. —La cocina de loza...

—Hablaré con la señora Grix —dijo Lysander. —Le diré que te necesito para... para llevar mis cintas de medir. O ayudarme con el inventario. Le caigo bien. Estará de acuerdo.

—Ella lo sabrá —dijo Hesper.

—No le importará —dijo Lysander. —Estate lista a las ocho. Encuéntrame junto a los establos viejos.

Hesper quería argumentar. Quería decirle que estaba loco, que la estaba arrastrando hacia un fuego que los quemaría a ambos hasta convertirlos en ceniza. Pero mirándolo, de pie allí a la luz mortecina con esperanza en sus ojos, no pudo decir que no.

—Es una mala idea —dijo.

—Probablemente —sonrió Lysander. —Pero los mejores suelen serlo.

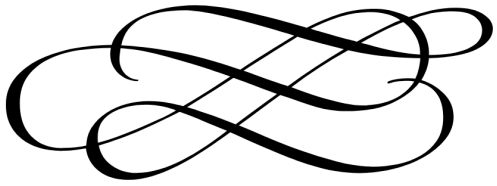
—A las ocho —susurró Hesper. —Pero si me atrapan, le echaré la culpa.

—Espero nada menos —dijo Lysander.

Hesper abrió la puerta y se deslizó al pasillo, su corazón acelerado, no por miedo esta vez, sino por un cosquilleo aterrador y embriagador. Se apresuró a volver a su habitación en la buhardilla,

la palangana salpicando agua sobre su delantal, y supo que no dormiría ni un instante.

CAPÍTULO 11



Lysander se subió el cuello para protegerse del viento mordaz que azotaba el valle y observó a Hesper avanzar con cuidado por el camino bacheado que conducía a las viviendas de los obreros. Llevaba un chal que él le había prestado del guardarropa, que le quedaba tres tallas grandes; parecía un pajarillo gris luchando contra un vendaval, pero se movía con una determinación que lo obligaba a caminar más rápido solo para seguirle el ritmo. El sendero serpenteaba alejándose de los cuidados jardines de Obsidian Hall para adentrarse en la sombra de las chimeneas de la fábrica, donde el aire sabía a azufre y los árboles habían quedado raquíticos tras décadas de humo.

—Está justo al pasar esta loma —dijo Lysander, señalando con una mano enguantada una hilera de tejados de color gris pizarra que se divisaban entre los árboles cada vez más escasos—. El número cuatro es el de la queja, aquel donde la carta decía que las paredes supuraban.

Hesper se detuvo para reajustarse la pesada cesta que se había empeñado en llevar para mantener la farsa de la recolección de hierbas y miró hacia las casitas.

—Parecen cansadas —dijo con voz plana—. Incluso desde aquí.

—Se están pudriendo —la corrigió Lysander, apartando de una patada una piedra suelta del camino—. He revisado los registros de

mantenimiento esta mañana antes de que llegaras. Thaddeus no ha autorizado un cambio de tejado en veinte años porque dice que la pizarra todavía está bien, pero la pizarra no dura para siempre cuando está asfixiada por el hollín.

—Veinte años es mucho tiempo para que un tejado aguante la respiración —murmuró Hesper, pasando la cesta a la otra cadera.

Descendieron por la ladera hasta llegar al borde de la colonia, donde el barro se volvía espeso y pegajoso. Las casitas estaban dispuestas en hileras lúgubres e idénticas, con pequeños patios que eran mayormente tierra y montones de carbón. Era media mañana, así que los hombres estaban en la fábrica, dejando a las mujeres la tarea de frotar los escalones y tender una colada que se volvería gris antes de secarse.

Lysander sintió que el familiar hormigueo de la vergüenza le calentaba la nuca al pasar junto a una mujer que sacudía una alfombra y que se detuvo para observarlos con ojos suspicaces y hundidos.

—Encontré las cartas en su papelera —dijo Lysander en voz baja, necesitando llenar el silencio porque la acusación en la mirada de la mujer era demasiado estrepitosa—. Dos de ellas. Una tenía fecha de hace dos meses, Hesper. Hace dos meses que sabía que el agua estaba entrando y simplemente... la arrugó.

—Es un hombre ocupado —dijo Hesper, aunque su tono sugería que no creía que fuera una excusa válida.

—Es un hombre frío —escupió Lysander, sorteando un charco de agua estancada—. Intenté decírselo. Me planté en el salón de la mañana y le dije que había vidas en juego, y él me habló de márgenes de beneficio. Dijo que no estaba cobrando el alquiler completo, así que deberían estar agradecidos.

Hesper se detuvo junto a la esquina de un muro de ladrillo desmoronado y lo miró.

—¿Y le habló usted de moralidad? —preguntó ella.

—Le hablé de decencia —dijo Lysander—. De lo que mi madre habría querido.

—Ah —Hesper asintió, observando la pintura desconchada del marco de una ventana—. Ese ha sido su error, señor.

—¿Mi error? —Lysander se erizó ligeramente—. ¿Esperar que tenga corazón?

—Esperar que hable un idioma que no conoce —dijo Hesper, alargando la mano para tocar la obra de ladrillo húmeda—. Su padre es un hombre de negocios, señor. Habla el idioma de la moneda. Usted habla... bueno, usted habla de estructuras y de corazón. Si quiere que le escuche, tiene que traducir.

—¿Traducir cómo?

—No le diga que la gente tiene frío —dijo Hesper, mirándolo con esos ojos oscuros e inteligentes que parecían despojarlos de sus defensas—. Dígale que sustituir una viga podrida cuesta diez libras ahora, pero que si el tejado se derrumba y aplasta el telar que hay dentro, costará cien libras en pérdida de producción. Dígale que los trabajadores enfermos trabajan más despacio. Dígale que una casa seca significa un turno más rápido.

Lysander la miró fijamente. Era una lógica fría y calculadora, del tipo que usaría Thaddeus y, sin embargo, viniendo de ella no sonaba cruel. Sonaba a supervivencia.

—Quieres que lo manipule —dijo Lysander.

—Quiero que arregle el tejado —dijo Hesper con un encogimiento de hombros—. Si tiene que hablar su idioma para conseguirlo, háblelo. El orgullo no detendrá la lluvia, señor.

—Eres aterradoramente práctica —dijo Lysander, con una sonrisa asomando en la comisura de sus labios a pesar de su pesadumbre.

—Soy pobre —lo corrigió Hesper—. Es lo mismo.

Siguieron caminando hasta llegar al límite de la colonia, donde el terreno volvía a elevarse hacia un pequeño bosquecillo. Allí, oculto de la carretera principal, se alzaba una estructura que parecía fuera de lugar entre las lúgubres hileras. Era el armazón a medio construir de ladrillo y madera, abierto al cielo, con grandes huecos para ventanas y un cimiento extraño y angulado.

—¿Qué es esto? —preguntó Hesper, acercándose.

—Mi capricho —dijo Lysander, saltando sobre un montón de ladrillos sin usar para reunirse con ella dentro del armazón—. O así es como lo llama Andrew. Empecé a construirlo el verano pasado, antes de volver para mi último trimestre. Pagué los materiales yo mismo.

Hesper pasó la mano por el ladrillo rojo y liso de la pared interior.

—Es diferente —dijo—. Las paredes son... ¿dobles?

—Muros con cámara de aire —dijo Lysander, con el entusiasmo encendiéndose mientras se desplazaba al centro del espacio—. Dos capas de ladrillo con un espacio de aire en medio. Evita que la humedad se transfiera a través de ellos. Y mira las ventanas. Las orienté al sur para captar el calor del sol, y diseñé un conducto de ventilación aquí, cerca del suelo, para que entre aire fresco durante el verano.

Gesticuló alrededor de la pequeña habitación inacabada, viendo no las malas hierbas que crecían en las esquinas, sino el hogar que

podría llegar a ser.

—Quería poner una bomba de agua interior —dijo, midiendo a pasos las dimensiones del lavadero—. Y un tiro adecuado para la cocina, para que el humo no se quede en la habitación. Construirla costaría un veinte por ciento más que esos tugurios de ahí abajo, pero duraría cien años. Sería cálida. Sería segura.

Hesper lo observaba con la mano apoyada en el alféizar rugoso de la ventana.

—Es una buena casa —dijo suavemente—. Una casa amable.

—Es una ruina —suspiró Lysander, dando una patada a un trozo de madera—. Mi padre vio los planos y se rió. Dijo que estaba construyendo palacios para cerdos. Me cortó el acceso a los camiones de la ladrillería para que no pudiera terminarla.

—Se equivocaba —dijo Hesper.

Una pesada gota de lluvia golpeó la mejilla de Lysander, fría y sorprendente. Miró hacia arriba. El cielo gris que los había estado amenazando toda la mañana finalmente se había quebrado, y las nubes se abrieron con una violencia repentina típica de los valles.

—Maldición —murmuró Lysander mientras la lluvia empezaba a caer a cántaros—. Necesitamos refugio.

—Los árboles no aguantarán esto —dijo Hesper, apretándose el chal alrededor de los hombros.

—Aquí dentro —Lysander la agarró de la mano y tiró de ella hacia la esquina de la estructura donde un techo parcial de lona y madera aún resistía a los elementos.

Se refugiaron en el rincón resguardado, apretándose contra la pared de ladrillo seco mientras la lluvia martilleaba a su alrededor,

convirtiendo el mundo exterior en una borrosa cortina gris. El espacio era pequeño, apenas suficiente para dos personas, y la repentina proximidad afectó a Lysander más que el frío. Podía oler el aroma del jabón de lejía en su piel y la lana húmeda del chal, mezclados con el olor terroso de la lluvia.

Le soltó la mano, dándose cuenta de que aún la sujetaba, pero no se alejó porque no había otro lugar a donde ir sin empaparse.

—El tiempo de Staffordshire —dijo, secándose el agua de las pestañas—. Siempre tan fiable.

Hesper se estremeció, rodeándose el cuerpo con los brazos.

—Es una buena prueba para el muro con cámara —dijo ella, con los dientes castañeando ligeramente.

—Tienes frío —dijo Lysander, desabrochándose instintivamente su pesado abrigo de montar—. Toma.

—No, señor —protestó Hesper, retrocediendo hasta chocar con el ladrillo—. Estoy bien. El chal es cálido.

—Estás temblando —dijo Lysander, quitándose el abrigo y echándoselo sobre los hombros antes de que ella pudiera seguir discutiendo—. Y yo estoy acostumbrado al frío. Por favor. No quiero que cojas fiebre por mi culpa.

El abrigo era pesado y guardaba el calor de su cuerpo, y la envolvió por completo. Ella lo miró con los ojos muy abiertos y oscuros en la penumbra del refugio, y Lysander sintió que el aire en el pequeño espacio se volvía escaso.

—No debería estar aquí —susurró ella—. Conmigo.

—Estoy exactamente donde quiero estar —dijo Lysander, dejando escapar la verdad antes de poder contenerla.

—Se siente usted como un extraño —dijo Hesper, estudiando su rostro—. En esa casa tan grande. Con ellos.

—Soy un extraño —admitió Lysander, deslizándose por la pared para sentarse sobre una pila seca de madera y haciéndole un gesto para que se uniera a él—. Camino por esos pasillos y me siento como un impostor. Thaddeus me mira y ve una inversión fallida. Andrew me mira y ve un obstáculo.

Hesper vaciló un momento y luego se sentó junto a él, apretándose el abrigo.

—¿Y la señora? —preguntó en voz baja.

Lysander soltó una carcajada, un sonido amargo que se perdió en el tamborileo de la lluvia.

—Rowena me mira y ve un espejo que no puede romper —dijo—. Me odia porque yo recuerdo.

—¿Recordar qué?

—Cuando llegó —dijo Lysander, con la vista fija en la lluvia—. Yo tenía ocho años. Mi madre llevaba muerta dos años y la casa estaba... estaba triste, Hesper. Estaba en silencio. Entonces Thaddeus la trajo a casa. Era tan hermosa. Me sonreía y me traía dulces y pensé... pensé que quizá el sol había vuelto.

Recogió un trozo de ladrillo suelto y le dio vueltas entre los dedos.

—La boda fue grandiosa —continuó—. Todo el mundo bebió y vitoreó. Pero esa noche, después de que los invitados se hubieran ido y mi padre estuviera dormido, vino a mi cuarto. Todavía llevaba puesto el vestido de novia.

Hesper lo observaba, con la mirada intensa y sin parpadear.

—¿Qué hizo?

—Se sentó en el borde de mi cama —dijo Lysander, bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. Sonrió, pero no era la sonrisa que le dedicaba a mi padre. Era fría. Me agarró la mano, Hesper. Me clavó las uñas hasta que lloré. Y se inclinó cerca de mí y me susurró: «Ahora mando yo. Esta es mi casa. Tú solo eres un invitado en ella. Si te cruzas en mi camino, haré que desees haber muerto con tu madre».

Hesper soltó un suspiro entrecortado.

—¿Le dijo eso a un niño?

—Quería que lo supiera —dijo Lysander, lanzando lejos el trozo de ladrillo—. Quería que supiera que la madrastra amable era una máscara. Y tenía razón. Pasó los siguientes diez años apartándome poco a poco, susurrando al oído de Thaddeus, señalando cada defecto, cada error, hasta que él dejó de mirarme con amor y empezó a mirarme con decepción.

—Por eso se marchó —dijo Hesper—. A la universidad.

—Huí —la corrigió Lysander—. No podía luchar contra ella. Es veneno, Hesper. Se filtra en las paredes. Y ahora he vuelto y me siento... me siento como aquel niño de ocho años otra vez. Asustado. Furioso. Solo.

La miró, esperando lástima, pero en su lugar encontró comprensión.

—La familia no siempre es de sangre —dijo Hesper suavemente—. A veces la sangre es solo lo que te desangra.

—Tú no tienes familia —dijo Lysander—. Me lo dijiste.

—No tengo padres —dijo Hesper—. No tengo un nombre que importe. Pero he tenido una familia.

—¿En el hospicio?

—A usted le sonará extraño —dijo Hesper con una pequeña y triste sonrisa—. Pero sí. En el pabellón de lavandería. Dormíamos veinte en una habitación, hombro con hombro. Si una de nosotras tosía, todas nos despertábamos. Si una lloraba, alguien le tendía la mano en la oscuridad. Bea... mi amiga Bea... compartía su pan conmigo cuando yo estaba enferma. el Old Mason me enseñó a leer cuando debería haber estado descansando.

Se miró las manos, envueltas en las mangas del abrigo de él.

—No tenían dinero —dijo—. No tenían poder. Pero me veían. Sabían que yo existía. Eso es una familia, señor. Personas que no dejan que desaparezcas.

—Y yo tengo una casa llena de gente —murmuró Lysander, inclinándose más hacia ella—. Y nunca me he sentido más invisible.

—Usted no es invisible —dijo Hesper.

—Tú me ves —dijo Lysander. No era una pregunta.

—Veo a un hombre que construye buenos muros —susurró Hesper —. Y al que le importan los tejados.

La lluvia se intensificó, tamborileando con un ritmo ensordecedor sobre la lona que los cubría, aislándolos en un pequeño mundo gris. Lysander la miró a la cara, pálida y luminosa en la penumbra, y sintió una atracción tan fuerte que lo aterrorizó. No era solo admiración por su inteligencia, o lástima por sus circunstancias. Era un reconocimiento. Ella era una superviviente de una guerra que él todavía estaba librando.

Se inclinó hacia ella.

Hesper no se alejó. Sus ojos escrutaron el rostro de él, grandes y oscuros. Sus labios se entreabrieron ligeramente en una pequeña y aterrorizada bocanada de aire.

Él alargó la mano y le apartó un mechón de pelo húmedo de la mejilla, dejando que sus dedos se demoraran en su piel. Estaba cálida. Era real.

—Hesper —susurró.

Acortó la distancia. Su mirada descendió a sus labios. Podía sentir el aliento de ella en su cara, trémulo y dulce. Inclinó la cabeza; el mundo se redujo a ese único punto de contacto en una ruina a medio construir.

Se movió para besarla.

Hesper retrocedió bruscamente como si él la hubiera quemado.

Se levantó de un salto, golpeándose el hombro contra la pared de ladrillo, mientras el pesado abrigo se le resbalaba de los hombros.

—No —jadeó ella, llevándose las manos a la boca para cubrírsela—. No, señor. No podemos.

Lysander se quedó helado, con el corazón martilleándole contra las costillas como un pájaro atrapado. El rechazo dolió, pero el miedo en los ojos de ella dolió aún más.

—Hesper —dijo él, tendiéndole una mano—. Lo siento. No pretendía...

—No lo entiende —susurró ella, retrocediendo hacia el borde del refugio donde caía la lluvia—. Si ella nos ve... si alguien nos ve... no es solo una reprimenda, señor. Es mi vida. No puedo ser su... No puedo ser eso.

—No dejaría que ella te hiciera daño —dijo Lysander con fiereza.

—¡No puede detenerla! —exclamó Hesper—. No pudo detenerla en el jardín. No pudo detener a su padre en el salón de la mañana. Usted es el señor, pero usted no manda. Y yo soy la que pagará el precio.

Lo miró con una mezcla de anhelo y terror que le rompió el corazón.

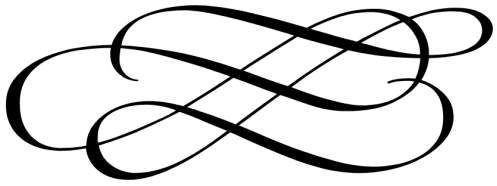
—Por favor —dijo—. No me mire así. No me haga desear cosas que acabarán conmigo.

Se dio la vuelta y echó a correr bajo la lluvia, apretándose el chal, dejando su abrigo tirado en la tierra.

—¡Hesper! —gritó Lysander, incorporándose a toda prisa.

Pero ella ya se había ido, convertida en una sombra gris que desaparecía tras la cortina gris de la tormenta, dejándolo solo en la casa que no podía terminar, con el fantasma de un beso demorándose en sus labios.

CAPÍTULO 12



Hesper Vane se escabulló por la pesada puerta del lavadero y se apoyó contra la fría pared de piedra, temblando violentamente mientras el agua goteaba del dobladillo de su falda formando un charco oscuro sobre las losas. El corazón le martilleaba las costillas con un ritmo frenético, no solo por la carrera de vuelta bajo la tormenta, sino por el aterrador recuerdo del rostro de Lysander tan cerca del suyo y aquel casi beso que había hecho añicos la frágil seguridad de su existencia. Se ciñó el empapado chal sobre los hombros y cerró los ojos con fuerza, intentando desterrar la imagen de su mirada, pero el sonido de la puerta de la cocina al abrirse la hizo dar un respingo como un gato asustado.

La señora Grix estaba allí de pie, con el rostro pálido y tenso por la preocupación.

—Aquí estás —susurró la señora Grix, retorciéndose las manos en el delantal—. Les he dicho que estabas en la letrina, pero ella no me ha creído. Lleva diez minutos tocando la campana.

—¿Quién? —preguntó Hesper, aunque el gélido pavor que sentía en el estómago le dio la respuesta antes de que se pronunciara el nombre.

—La señora —dijo la señora Grix—. Está en su salón de té privado. Te quiere a ti, Hesper. Ahora.

Hesper tragó saliva y se secó la lluvia de las mejillas con mano temblorosa, pues no había tiempo para cambiarse ni para secarse. Le entregó el chal húmedo a la señora Grix y se alisó el delantal, obligando a sus piernas a moverse aunque las sentía como de plomo.

Caminó por los silenciosos pasillos de la casa, donde las lámparas de gas ya estaban encendidas contra la penumbra de la tormenta, sintiéndose como una mancha en la perfección de Obsidian Hall. Cuando llegó al salón de té, llamó una vez y esperó la orden de entrar.

—Adelante.

Hesper empujó la puerta y entró.

Rowena Brunt estaba sentada sola ante una pequeña mesa redonda con un servicio de plata y porcelana, impecable en un vestido de seda violeta oscuro que parecía absorber la luz. No levantó la vista cuando entró Hesper, sino que continuó removiendo el té con un tintineo pausado y deliberado de la cuchara contra la porcelana.

—¿Me ha hecho llamar, señora? —preguntó Hesper, haciendo una reverencia mientras el agua goteaba de su pelo sobre la mullida alfombra.

Rowena finalmente alzó la vista y sus ojos eran fríos y planos como piedras en el fondo de un río.

—No sé qué magia negra estás usando —dijo Rowena en voz baja, con un tono carente de inflexión—. No sé qué hechizos has lanzado para cegar a mi marido y volver tonto a mi hijastro, pero sé que tú eres el origen de la podredumbre de esta casa.

—No he hecho nada, señora —dijo Hesper, manteniendo la cabeza agachada—. Solo he cumplido con mi trabajo.

—No me mientas —espetó Rowena, dejando caer la cuchara sobre el platillo con un seco chasquido—. Sé dónde estabas. Sé que estabas con él. Te crees muy lista, ¿verdad? Crees que si te haces indispensable para los hombres, yo no podré tocarte.

Se levantó y rodeó la mesa, con la seda de su vestido susurrando contra el suelo, hasta que se detuvo directamente frente a Hesper.

—No puedo relevarte de tu puesto —siseó Rowena, agarrando el mentón de Hesper y obligándola a mirar hacia arriba—. Thaddeus es un necio al que le gusta que le frieguen los suelos con mano de obra barata y cree que eres eficiente. Pero grábate bien mis palabras, muchacha: me aseguraré de que te marches por tu propio pie.

Hesper intentó soltarse, pero el agarre de Rowena era de hierro.

—No he hecho nada malo —susurró Hesper con voz temblorosa—. Solo está enfadada porque él habla conmigo. Está enfadada porque estoy aquí.

Los ojos de Rowena brillaron con una luz aterradora.

—Estoy enfadada porque existes —dijo Rowena—. Eres una mala hierba en mi jardín y te arrancaré de raíz.

Soltó la barbilla de Hesper con un empujón y se limpió la mano en la falda como si hubiera tocado algo asqueroso.

—Desde este momento, quedas reasignada —dijo Rowena—. Ya no limpiarás el ala este. Ya no trabajarás a la luz del día, donde puedes pestañearle al joven señor. Pasas al turno de noche.

Hesper sintió que la sangre se le retiraba del rostro.

—¿El turno de noche, señora?

—A las carboneras —dijo Rowena con una sonrisa cruel—. Y a los conductos de ventilación. Limpiarás el hollín de las calderas y acarrearás el carbón para los fuegos de la mañana. Es un trabajo sucio, Hesper. Es un trabajo agotador. Pero alguien tiene que hacerlo y, ya que te gusta tanto susurrar en la oscuridad, he pensado que te vendría de perlas.

—Por favor, señora —dijo Hesper, sintiendo que el pánico le subía por el pecho—. Ese es trabajo para los hombres del patio. No tengo fuerza suficiente para acarrear carbón toda la noche.

—Entonces vete —dijo Rowena con sencillez—. Haz el equipaje y lárgate. Cruza esa puerta para no volver jamás y el trabajo se detendrá. Pero mientras te quedes en mi casa, fregarás la inmundicia hasta que tú misma te conviertas en inmundicia.

Rowena le dio la espalda y se sentó a la mesa, cogiendo su taza de té.

—Preséntate ante el capataz de la bodega de inmediato —dijo—. Quítate de mi vista.

Hesper huyó de la habitación con los ojos ardiendo por las lágrimas contenidas y bajó hacia las entrañas de la casa, donde el aire estaba cargado de polvo negro y el calor de las grandes calderas dificultaba la respiración.

El turno de noche era un castigo, un infierno diseñado para quebrar el espíritu y el cuerpo. A Hesper le entregaron un delantal de lona basta y un cepillo de cerdas duras y le ordenaron meterse en los conductos de ventilación de los hornos auxiliares, que ya se estaban enfriando, para raspar la acumulación de hollín. Era claustrofóbico y aterrador; la oscuridad presionaba por todos lados mientras el polvo le cubría la piel y le llenaba los pulmones hasta hacerla toser flema negra.

Trabajó durante horas, con los músculos gritando de protesta mientras acarreaba pesados sacos de carbón desde la rampa de descarga hasta la sala de calderas. Sus manos, ya en carne viva de fregar, se llenaron de ampollas y sangraron contra la áspera tela de arpillera.

Una chica llamada Dora, una sirvienta que había sido degradada por dejar caer una sopera, trabajaba a su lado en la penumbra, con el rostro surcado de hollín y sudor.

—¿Qué has hecho? —susurró Dora cuando se detuvieron a recuperar el aliento, apoyándose en un montón de carbón—. ¿Para que te manden aquí abajo? Aquí es donde envían a los que quieren liquidar.

—No lo sé —tosió Hesper, limpiándose la cara con el antebrazo y dejando una mancha negra en su frente—. Simplemente me odia. Dijo que estaba usando magia negra.

—Está loca —dijo Dora, mirando con nerviosismo hacia la puerta—. Pero es vengativa. Con Rowena persiguiéndote, más te valdría marcharte, chica. No suelta a su presa. Te hará trabajar hasta que caigas redonda o hasta que huyas.

—No puedo huir —dijo Hesper, cargando el pesado saco sobre su hombro con un gemido de esfuerzo—. No tengo a dónde ir.

—Entonces morirás aquí abajo —dijo Dora sombríamente—. Igual que la anterior.

Hesper trabajó durante toda la noche, impulsada únicamente por un nudo frío y duro de terquedad que se negaba a dejar que Rowena ganara. Fregó y acarreó y se asfixió con el polvo, imaginando que cada saco de carbón era un ladrillo en el muro que estaba construyendo a su alrededor para mantener fuera el dolor.

Eran las tres de la mañana cuando el capataz de la bodega finalmente las despachó.

Hesper subió los escalones hacia el desván tambaleándose, con el cuerpo tan dolorido que apenas podía levantar los pies. Estaba cubierta de hollín de la cabeza a los pies, con el pelo apelmazado y gris, y la piel teñida de negro. Parecía un fantasma, una sombra de la chica que había caminado por el jardín esa mañana.

Abrió la puerta de su minúscula habitación y se desplomó sobre la cama, demasiado exhausta incluso para lavarse la suciedad de la cara.

Algo crujió bajo su mejilla.

Se incorporó, aturdida y confundida, y vio un trozo de papel sobre la almohada. Era un sobre barato y rugoso, sellado con una mancha de lacre rojo.

A Hesper le temblaron las manos al cogerlo. Su nombre estaba escrito en el frente con una caligrafía que no reconoció, una letra elegante y fluida propia de un escribiente profesional, no de una chica de un hospicio.

Lo abrió de un tirón.

Querida Hes, comenzaba la carta, y Hesper sintió que se le detenía el corazón porque sabía de quién era.

Siento no haber escrito antes, pero me sentía demasiado avergonzada. Me hiciste prometer que sobreviviría y lo estoy intentando, Hes, de verdad lo intento, pero el mundo es más duro de lo que pensábamos. No me enviaron a una fábrica de tejidos. La señora Sneed mintió. Vendió mi plaza a una casa en Fleet Street. Ya sabes de qué tipo.

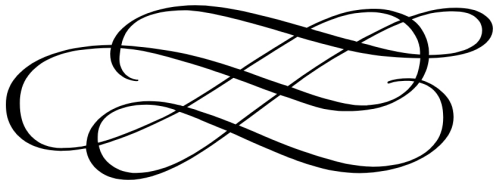
Hesper soltó un sollozo, cubriéndose la boca con la mano manchada de hollín. Bea. La dulce y gentil Bea, que tenía miedo a la oscuridad.

Estoy enferma, Hes, continuaba la carta. *La tos no para y las calles están frías cuando te echan por estar demasiado débil para trabajar. Vivo en una habitación con otras tres personas cerca de los muelles. Ojalá hubiera aprendido a escribir como tú para poder contarte esto yo misma, pero he tenido que pagarle a un hombre mi última moneda para que escribiera esto por mí y lo entregara.*

Las lágrimas de Hesper cayeron sobre el papel, emborronando la tinta.

No te preocupes por mí, terminaba la carta. *Me alegro de que estés en una casa grande con una cama caliente. Sé feliz, Hes. Sé feliz por las dos, porque no creo que me quede mucha felicidad. Tu amiga, Bea.*

CAPÍTULO 13



Lysander Brunt abrió de par en par la pesada puerta de roble de su dormitorio con una fuerza que hizo vibrar las bisagras de latón y se quedó petrificado en el umbral porque la habitación parecía extraña. La luz de la mañana se filtraba a través de las cortinas de terciopelo que había dejado echadas la noche anterior para iluminar las motas de polvo que bailaban en el aire viciado, pero el silencio era pesado y la presencia familiar y tranquila que esperaba encontrar faltaba. Una criada estaba inclinada sobre su cama alisando las sábanas con pasadas rápidas y nerviosas, pero no era la figura menuda del vestido gris que llevaba buscando desde que se despertó con el sabor de la lluvia aún en su memoria.

—¡Tú! —dijo Lysander, con la voz ronca por la falta de sueño y el repentino pico de adrenalina que inundó sus venas—. ¿Quién eres?

La criada dio un respingo y se dio la vuelta mientras apretaba una almohada de plumas contra su pecho como un escudo. Era la chica de las mejillas sonrosadas, Polly, y sus ojos se abrieron de par en par con alarma al verlo allí de pie en mangas de camisa, con el pelo aún húmedo tras haberse lavado.

—Polly, señor —chilló e hizo una reverencia tan profunda que casi se cae de bruces sobre la alfombra—. La señora Grix me ha enviado, señor, para arreglar la habitación porque han cambiado el horario.

—¿Dónde está Hesper? —exigió Lysander mientras entraba en la habitación y escudriñaba los rincones como si Hesper pudiera estar escondida entre las sombras del armario—. Ella se encarga del ala este por las mañanas y ese es el horario, así que, ¿por qué estás tú aquí?

Polly tragó saliva con dificultad y jugueteó con el borde de la funda de la almohada mientras miraba a cualquier lugar menos a su cara.

—Ella... ha sido reasignada, señor.

—¿Reasignada? —Lysander repitió la palabra y sintió un nudo frío de pavor apretarse en su estómago con sabor a ceniza—. ¿Por quién?

—La señora, señor —susurró Polly al suelo—. La señora Grix nos lo ha dicho esta mañana en el desayuno. Hesper está ahora en el turno de noche y tiene las tareas de exterior.

—¿Tareas de exterior?

—Fregar las carboneras, señor —dijo Polly, con la voz tan temblorosa que las palabras apenas salían—. Y los conductos de ventilación y las piedras del patio, así que ha empezado al amanecer.

Lysander sintió que la sangre le subía a la cara, caliente y furiosa, porque las carboneras eran el peor trabajo de la casa y una tarea de castigo reservada habitualmente para los sirvientes a los que habían pillado robando o peleando. Era un trabajo agotador y sucio que implicaba arrastrarse por espacios estrechos llenos de hollín y polvo que cubría los pulmones y volvía la piel gris.

—Deja la cama —ordenó Lysander, y dio media vuelta sin esperar respuesta—. Fuera.

—Pero, señor, no he terminado...

—¡He dicho que fuera!

Lysander no esperó a ver si obedecía porque ya bajaba como un vendaval por el pasillo, con sus botas golpeando con fuerza contra la alfombra. Ignoró las miradas de sorpresa de los lacayos al pasar por la escalera principal y se dirigió directamente al salón de mañana, donde sabía que Rowena estaría despachando sus asuntos con su té y su correspondencia. No llamó a la puerta porque ya había rebasado el límite de la cortesía y empujó las puertas dobles con ambas manos de modo que golpearon contra las paredes con un estrépito satisfactorio.

Rowena estaba sentada ante su escritorio y parecía una visión de calma con un vestido de seda lavanda pálido. No levantó la vista cuando las puertas se cerraron de golpe, sino que se limitó a seguir rascando con su pluma sobre una hoja de vitela de color crema como si su intrusión no fuera más que una corriente de aire.

—Estás perturbando mi paz, Lysander —dijo con frialdad—. ¿Hay un incendio o simplemente has vuelto a olvidar tus modales?

—¿Dónde está ella? —preguntó Lysander mientras se detenía frente al escritorio y apoyaba las manos en la madera pulida, inclinándose sobre ella.

Rowena puso el punto sobre una «i» con precisión meticulosa antes de soltar la pluma y mirarlo con unos ojos que eran tan planos y duros como la pizarra.

—Tendrás que ser más específico —dijo—. Gestiono una plantilla de cuarenta personas, así que, ¿qué «ella» ha captado tu atención esta mañana?

—Sabes bien quién —espetó Lysander—. Hesper. ¿Por qué está en la carbonera y por qué la has pasado al turno de noche?

—Ah —suspiró Rowena, y se recostó en su silla para cruzar las manos en su regazo—. La fregona. Me preguntaba cuánto tardarías

en darte cuenta, porque eres muy observador en lo que a ella respecta, ¿verdad?

—Te he hecho una pregunta, Rowena.

—Y te estoy respondiendo —dijo Rowena mientras se ponía en pie y se acercaba a la ventana para ajustar una persiana que dejaba entrar demasiado sol—. La he cambiado por su propio bien, Lysander, y por el tuyo.

—¿Por mi bien? —Lysander se rió y fue un sonido áspero y sin pizca de gracia que resonó en la habitación de techos altos—. ¿Obligándola a fregar hollín hasta que le sangren las manos? ¿Cómo me ayuda eso?

—La mantiene alejada de ti —dijo Rowena, y se giró para mirarlo con una expresión que se transformaba en una máscara de afecto maternal preocupado que hizo que a Lysander se le erizara la piel—. Tengo ojos, Lysander, y veo la forma en que la miras. Te vi en el jardín y me he enterado de tu pequeña excursión de ayer a las cabañas.

Lysander se tensó.

—Estábamos inspeccionando los tejados —dijo—. Cuestiones de trabajo.

—¿Lo eran? —Rowena arqueó una ceja—. ¿Caminando a solas por el bosque con una criada? ¿Escondidos en una ruina bajo la lluvia? La gente habla, Lysander, y los sirvientes hablan más alto que nadie. ¿Sabes lo que están diciendo? Dicen que el joven señor se ha agenciado un capricho y dicen que te estás convirtiendo en tu padre al tomar lo que quieres del servicio.

—Eso es mentira —siseó Lysander—. No pasó nada y nunca la he tocado.

—Te creo —dijo Rowena, y asintió lentamente como si le estuviera concediendo un favor—. Te creo porque eres demasiado recto para un romance sórdido, pero el mundo no te cree, y la sociedad tampoco lo hará. Si se corre la voz de que estás... confraternizando con una chica del hospicio, tu reputación quedará hecha jirones. ¿Y la de ella? Quedará arruinada porque ninguna casa decente empleará a una chica que haya sido objeto de tales habladurías.

—¿Así que la castigas para salvar su reputación? —preguntó Lysander, incrédulo—. ¿La entierras en la carbonera para proteger su virtud?

—He eliminado la tentación —dijo Rowena con sencillez—. Ojos que no ven, corazón que no siente. Si trabaja de noche, no puede distraerte durante el día, y si está en la carbonera, no puede entrar en tu biblioteca. La estoy protegiendo, Lysander, y estoy protegiendo a esta familia de un escándalo que no podemos permitirnos.

—Te estás protegiendo a ti misma —dijo Lysander, y se acercó más hasta que pudo oler su perfume—. La odias y lo veo cada vez que la miras. ¿Por qué? ¿Porque es joven? ¿Porque es inteligente?

Los ojos de Rowena centellearon y la máscara resbaló durante una fracción de segundo para revelar el miedo que latía debajo.

—Ella me es indiferente —espetó Rowena—. Es una sirvienta y una herramienta que debe usarse y desecharse, pero tú... tú estás haciendo de ella un problema, y yo resuelvo los problemas.

—Cámbiala de nuevo —exigió Lysander—. Ponla otra vez en el turno de día y devuélvele sus tareas.

—No —dijo Rowena.

—Rowena...

—He dicho que no —la voz de Rowena se endureció—. Yo dirijo esta casa, Lysander. Ni tú ni Thaddeus, sino yo. Yo decido quién limpia qué y Hesper Vane se queda en la oscuridad, que es donde pertenece.

Hizo una pausa para alisar la seda de su falda y una sonrisa astuta curvó las comisuras de sus labios.

—Sin embargo —dijo suavemente—, podría dejarme persuadir para reconsiderar la severidad de sus tareas si estás dispuesto a ser razonable.

—¿Razonable? —Lysander entrecerró los ojos—. ¿Qué quieres?

—Elmira —dijo Rowena—. La hija de lady Catherine ofrece una merienda mañana y quiero que asistas. Quiero que seas encantador y quiero que la cortejes como es debido.

Lysander la miró fijamente porque era un intercambio: su libertad por la comodidad de Hesper.

—¿Estás reteniendo a una criada como rehén para forzarme a un matrimonio? —preguntó Lysander, asqueado—. Eso es caer muy bajo, incluso para ti.

—Es una negociación —Rowena se encogió de hombros—. Elmira es la pareja perfecta porque es rica, tiene buenos contactos y es una apuesta segura. Cásate con ella, Lysander, y sienta la cabeza. Deja de jugar a ser arquitecto y empieza a ser el heredero que tu padre necesita, porque si haces eso... bueno, tal vez pueda encontrar un puesto más liviano para la chica, como la sala de costura.

—¿Y si me niego?

—Entonces Hesper se queda en la carbonera —dijo Rowena con frialdad—. ¿Y si se quiebra bajo el trabajo? Bueno, el hospicio

siempre está dispuesto a aceptarla de vuelta y estoy segura de que la señora Sneed la recibiría con los brazos abiertos.

Lysander apretó los puños a los costados y sintió sus uñas clavándose en las palmas porque la odiaba a ella y la forma en que lo retorcía todo. Pensó en las manos de Hesper, que ya estaban rojas e hinchadas, y pensó en su pequeña figura cargando sacos de carbón y en la forma en que lo había mirado bajo la lluvia, aterrorizada por este momento exacto.

—¿Por qué? —preguntó Lysander en voz baja—. ¿Por qué estás tan desesperada por que me case? ¿Por qué te importa con quién contraiga nupcias?

Rowena volvió a su escritorio y cogió su pluma para examinar el plumín.

—Porque la estabilidad lo es todo —dijo sin mirarlo a los ojos—. Porque los secretos deben guardarse, Lysander, y un hilo suelto puede deshilachar todo el tapiz si tiras de él con suficiente fuerza. Tú eres un hilo suelto, así que el matrimonio te ata.

—¿Qué secretos? —preguntó Lysander—. ¿Qué estás ocultando, Rowena?

—No hagas preguntas de las que no quieras saber la respuesta —dijo Rowena, y su voz bajó hasta un susurro que sonó como una amenaza—. La estabilidad nos protege a todos y mis secretos no pueden conocerse porque, si la base se agrieta, la casa se cae. Simplemente ve a la merienda y encandila a la chica para salvar a tu criadita, y así todos ganamos.

Mojó la pluma en el tintero y empezó a escribir de nuevo, y el sonido del rascado llenó el silencio como ratas en las paredes.

—Iré —dijo Lysander, con la voz cargada de aversión—. Conoceré a Elmira, pero si le haces daño a Hesper... si le encuentro un solo

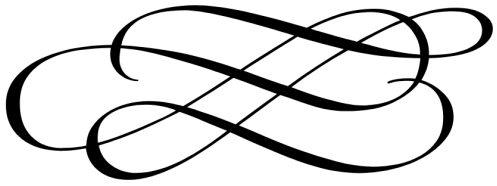
moratón nuevo... quemaré esta casa contigo dentro.

Rowena no levantó la vista.

—Asegúrate de llevar tu chaqueta azul —dijo—. Resalta tus ojos.

Lysander se dio la vuelta y salió de la habitación sintiéndose más sucio que si hubiera pasado el día en la propia carbonera.

CAPÍTULO 14



Hesper Vane estaba de pie en el armario de la lencería con las manos tan fuertemente entrelazadas que los nudillos se le habían puesto blancos mientras la señora Grix contaba pilas de sábanas con aroma a lavanda. El aire estaba cargado de olor a almidón y hierbas secas, pero Hesper solo podía oler el polvo de carbón que parecía haberse grabado permanentemente en su piel ahora que trabajaba en el turno de noche.

—Por favor, señora Grix —dijo Hesper, con voz baja y desesperada—. He terminado el trabajo matutino en el fregadero y los conductos de las chimeneas están limpios. Solo necesito unas pocas horas.

La señora Grix suspiró y colocó una pesada pila de fundas de almohada en el estante antes de volverse para mirar a Hesper con ojos cansados y compasivos.

—Pareces un fantasma, muchacha —dijo la señora Grix—. No has dormido bien en una semana porque la señora te tiene de un lado para otro sin descanso. Si te doy tiempo libre, deberías pasarlo en la cama.

—Tengo que ver a una amiga —insistió Hesper—. Es urgente, señora. Por favor.

—Vete, pues —la señora Grix hizo un gesto de desdén con la mano —. Pero vuelve antes de que suene la campana de la cena o será mi

cabeza la que esté en la guillotina junto a la tuya.

Hesper le dio las gracias rápidamente y cogió su chal, saliendo apresurada por la puerta trasera y cruzando el patio húmedo antes de que nadie pudiera detenerla. Caminó los cinco kilómetros hasta la ciudad a un ritmo que le hacía arder los músculos de las piernas, impulsada por la aterradora carta que había encontrado sobre su almohada.

El hospicio de St. Jude's surgió entre la niebla gris como una fortaleza carcelaria. Hesper aporreó la pesada puerta de roble hasta que el bedel la abrió, mirándola con un reconocimiento que asomaba lentamente en su rostro empapado en ginebra antes de dejarla entrar.

Encontró a la señora Sneed en su oficina, comiendo un pastel de cerdo con la grasa brillándole en la barbilla. La directora levantó la vista y entrecerró los ojos al ver el aspecto descuidado de Hesper.

—Vaya —la señora Sneed masticó despacio—. Mira lo que ha traído el gato. Pensé que a estas alturas ya vestirías de seda, viviendo en esa casa tan grande.

—Estoy buscando a Bea —dijo Hesper, ignorando la mofa—. Me ha escrito. Dice que está enferma.

—¿Bea? —la señora Sneed tragó un bocado grande y se limpió la boca con el dorso de la mano—. ¿El ratoncito? Se ha ido. Cumplió la edad máxima hace dos semanas.

—Dijo que usted la envió a una casa en Fleet Street —dijo Hesper, con la voz temblando de rabia—. Me dijo que se había ido a una fábrica.

—¿Eso dije? —la señora Sneed se encogió de hombros y hurgó en un trozo de masa del pastel—. Debí de recordarlo mal, porque gestiono a cientos de mocosos y no puedo estar al tanto de cada

pequeño detalle. Además, en Fleet Street pagan una comisión de búsqueda y en la fábrica no. Deberías estar agradecida de que te consiguiera el puesto en Obsidian Hall, Hesper. De hecho, pareces bien alimentada, así que quizá deberías pagarme algo por las molestias. Una comisión por una fregona me parece justo.

—¿Dónde está? —exigió Hesper, acercándose al escritorio—. Ya no está en la dirección de Fleet Street.

La señora Sneed se rió, un sonido húmedo y carraspeante.

—Por supuesto que no —dijo—. Era demasiado frágil. No pudo aguantar el trabajo, pobrecilla, y empezó a toser sangre, así que la echaron a la calle. La llevaron a la sala de beneficencia de la atestada enfermería parroquial, cerca de los muelles. Probablemente ya esté muerta.

Hesper sintió que una oleada de náuseas la invadía.

—Es usted malvada —susurró Hesper—. La vendió como si fuera ganado y, cuando se rompió, la tiró a la basura.

—Soy una mujer de negocios —dijo la señora Sneed, echando mano a su té—. Y tú eres una sirvienta. No me hables de maldad cuando vives de las sobras de los ricos.

—Espero que reciba su merecido —dijo Hesper, con voz temblorosa pero firme—. Espero que cuando sea vieja y esté enferma, el mundo la trate exactamente como usted nos ha tratado a nosotras.

Se dio la vuelta y salió corriendo de la oficina antes de que la señora Sneed pudiera arrojarle nada, ignorando los gritos de la directora mientras huía de nuevo hacia la calle fría.

La enfermería parroquial era un edificio largo y bajo que olía a enfermedad y a cuerpos sin lavar. Hesper recorrió las filas de catres, con el corazón roto ante la visión y los sonidos de los pobres

moribundos, hasta que encontró una pequeña figura acurrucada bajo una fina manta gris en un rincón.

—¿Bea?

La figura se movió y Bea giró la cabeza. Estaba esquelética, con las mejillas hundidas y pálidas, y sus ojos parecían demasiado grandes para su rostro. Una tos húmeda y ruidosa le desgarró el pecho mientras intentaba sonreír.

—¿Hes? —susurró Bea, con voz apenas audible—. Has venido.

Hesper cayó de rodillas junto al catre y cogió la mano de Bea, que se sentía como pergamino seco.

—Recibí tu carta —exclamó Hesper, mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas—. Oh, Bea. Mírate.

—No te preocupes —jadeó Bea, apretando débilmente los dedos de Hesper—. Estoy bien. Solo estoy un poco cansada, nada más. Vivir así... era demasiado de todos modos. Me alegro de que estés aquí.

—Voy a solucionar esto —prometió Hesper, buscando a tientas la pequeña bolsa que llevaba atada al cinturón—. Tengo dinero. Tengo mi salario.

Se levantó y buscó frenéticamente a un médico. Un hombre de aspecto cansado y con gafas estaba revisando una ficha cerca y Hesper le agarró de la manga.

—Por favor, señor —dijo—. Mi amiga. Necesita medicinas.

El médico miró a Bea y suspiró, quitándose las gafas para frotarse los ojos.

—Tiene una infección pulmonar grave —dijo el médico con suavidad —. Está avanzada.

—¿Puede curarla?

—Es tratable —dijo él—. Hay fármacos que pueden eliminar el líquido y suavizar la tos, pero son importados y caros. La mayoría de la gente aquí... muere porque no puede permitirse el tratamiento, no porque la enfermedad sea mortal.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó Hesper, vaciando su bolsa en la mano —. Tengo cinco chelines del hospicio y dos chelines de mi sueldo.

Le tendió las monedas, con las manos temblorosas.

El médico miró el pequeño montón de plata y cobre y negó con la cabeza con tristeza.

—Esto compra el alivio del dolor para una semana, muchacha —dijo en voz baja—. Pero no curará la infección. La medicina cuesta dos libras.

—¿Dos libras? —Hesper se quedó sin aliento—. Pero... por favor, señor. Ayúdela. Coja esto y empiece el tratamiento. Conseguiré más. Se lo prometo.

—Lo lamento —dijo el médico, tomando las monedas con delicadeza —. Puedo darle láudano para el dolor, pero sin más, no puedo conseguir la medicina más fuerte. Tengo que pagarla yo mismo a los proveedores.

Hesper se quedó allí mientras él se alejaba a buscar el alivio para el dolor, sintiendo que el mundo se desmoronaba a su alrededor. Dos libras era una fortuna. Tardaría un año en ganar tanto, y Bea no tenía un año. No tenía ni una semana.

Se quedó con Bea hasta que el calmante surtió efecto y su amiga cayó en un sueño inquieto; luego caminó de regreso a Obsidian Hall en un trance de dolor y desesperación.

Subió las escaleras hasta la habitación del ático y cerró la puerta, apoyándose en ella mientras un sollozo le desgarraba la garganta. Necesitaba dinero. Lo necesitaba ya.

Se separó de la puerta y empezó a registrar la habitación de arriba abajo. Sacó su bolsa de lona de debajo de la cama y la vació. Dos camisones viejos. Una cinta. Un peine.

—Algo —murmuró, tirando la almohada al suelo—. Tiene que haber algo.

Revisó los bolsillos de sus delantales. Nada. Miró bajo el colchón. Nada. Era una mendiga en un palacio, rodeada de una riqueza que no podía tocar mientras su amiga moría en la miseria.

Se sentó en el borde del colchón y se subió la falda para desatar el cordel de su tobillo.

El relicario de latón cayó en su mano.

Lo sostuvo contra la luz vacilante de la vela que había encendido. Estaba apagado y deslustrado, una pieza de metal barato que olía a cobre y a vergüenza. La directora se lo había arrojado como si fuera basura y ahora, bajo la luz desesperada de su necesidad, Hesper lo vio por lo que era.

—Si tan solo fueras de oro —susurró, con la voz cargada de odio—. Si mi madre me hubiera dejado una sola cosa de valor, podría salvar a Bea.

Apretó el relicario hasta que los bordes se le clavaron en la palma. Representaba todo lo que ella era: desechada, inútil, no deseada. Era una broma cruel, una baratija dejada por una mujer a la que no le había importado lo suficiente como para dejarle un futuro.

Se levantó y alzó el brazo para lanzarlo por la ventana, queriendo deshacerse del recuerdo, pero su mano se quedó paralizada. No

pudo hacerlo. Era basura, pero era *su* basura. Era el único vínculo con un pasado que no conocía.

Se dejó caer de nuevo en la cama y lo apretó contra su pecho, balanceándose de un lado a otro mientras las lágrimas acudían calientes y rápidas.

La puerta rechinó al abrirse.

Hesper se sobresaltó y levantó la vista, intentando ocultar el relicario, pero ya era tarde.

Andrew Brunt estaba en el umbral, apoyado en el marco con una sonrisa burlona en el rostro. Había estado vigilando el pasillo, esperando un momento en que la casa estuviera en silencio.

—¿Por qué estás lloriqueando? —preguntó Andrew, entrando en la habitación y cerrando la puerta tras de sí—. ¿Y qué es eso? ¿Escondiendo monedas robadas?

—Lárguese —susurró Hesper, intentando meterse el relicario en el bolsillo.

—No creo que lo haga —dijo Andrew, cruzando la pequeña habitación en dos zancadas.

La agarró de la muñeca y la forzó contra la pared, inmovilizándola allí con el peso de su cuerpo. Le abrió los dedos con sus manos crueles y fuertes.

Miró el objeto en su palma y soltó una carcajada.

—¿Hojalata? —se mofó Andrew, mirando el relicario con asco—. ¿Estás llorando por un pedazo de chatarra oxidada?

—Es mío —siseó Hesper, forcejeando contra su agarre—. Devuélvamelo.

—Es feo —dijo Andrew, arrebatándoselo de la mano y balanceándolo fuera de su alcance—. Igual que tú.

Lo sostuvo a la luz, moviéndolo de un lado a otro.

—¿Lo has sacado del cubo de la basura? —preguntó Andrew—. ¿O te lo dio un mendigo? Parece algo que guardaría una rata.

Se lo acercó más a la cara, entornando los ojos ante la superficie rayada.

—R. G. —leyó en voz alta—. ¿A quién se lo has quitado? Apuesto a que lo has robado.

El corazón de Hesper martilleaba contra sus costillas. Él no reconocía las iniciales. Para él, solo era una prueba de su criminalidad.

—¡No lo he robado! —exclamó Hesper—. ¡Es de mi madre!

—Mentirosa —gruñó Andrew—. Tu madre probablemente ni siquiera tenía zapatos, mucho menos joyas. Debería llevárselo a mi madre. Ella odia el desorden y odia a los ladrones.

Se acercó más, presionando sus caderas contra las de ella, y Hesper pudo oler el vino rancio en su aliento.

—Te lo devolveré —susurró Andrew, bajando la voz a un ronroneo viscoso—. Si me muestras algo de gratitud.

Hesper se quedó helada. Miró el relicario que colgaba de los dedos de él —la inútil pieza de latón que no significaba nada para él y todo para ella— y luego su rostro, contraído por la lujuria y la crueldad. Estaba usando el último pedazo de su alma para comprar su cuerpo.

Una rabia fría y dura reemplazó a su miedo.

—¿Gratitud? —preguntó Hesper con suavidad.

—Eso es —Andrew sonrió, inclinándose para besarle el cuello—. Solo un poco...

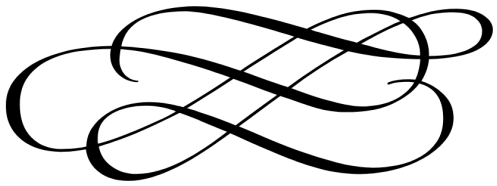
Hesper lanzó la rodilla hacia arriba con cada gramo de fuerza que poseía, apuntando directamente a su entrepierna.

A Andrew se le salieron los ojos de las órbitas. El aire abandonó sus pulmones en un jadeo ahogado y se dobló por la mitad, aflojando el agarre sobre el relicario al instante.

Hesper no lo dudó. Arrebató el relicario de su mano antes de que llegara al suelo, pasó de largo ante su figura encorvada y salió disparada por la puerta abierta.

—¡Hija de puta! —gritó Andrew con voz entrecortada a sus espaldas, cayendo de rodillas sobre los tablones del suelo mientras se sujetaba dolorido—. ¡Te voy a arruinar! ¿Me oyes? ¡Te voy a arruinar!

CAPÍTULO 15



Lysander, sentado en el sillón de cuero frente al escritorio de su padre, intentaba concentrarse en la columna de cifras sobre la producción de la cantera occidental, aunque los números parecían bailar ante sus ojos como hormigas negras sobre un campo nevado. El despacho estaba caldeado y olía a los puros de Thaddeus y al abrillantador de limón de la caoba, un aroma sofocante que hacía que las sienes de Lysander latieran con un ritmo sordo y persistente. Se frotó las sienes mientras escuchaba el rasgueo de la pluma de su padre, un sonido que resultaba estruendoso en el pesado silencio de la estancia.

—El rendimiento ha bajado —gruñó Thaddeus sin levantar la vista, golpeando el libro de contabilidad con un dedo grueso—. El capataz dice que es la lluvia, que afecta a la densidad de la arcilla, pero yo digo que es pereza; el barro es barro y no se cava solo.

—Ha llovido durante dos semanas seguidas, padre —dijo Lysander, manteniendo la voz neutral—. Los pozos están inundados y las bombas no dan abasto, así que los hombres trabajan con el agua por la cintura para sacar la carga.

—Pues compra más bombas —sentenció Thaddeus, pasando la página con un chasquido—. O contrata a hombres con las piernas más largas. Tenemos un contrato que cumplir.

Lysander abrió la boca para rebatirle sobre el coste de las bombas frente a la seguridad de los trabajadores, pero la pesada puerta de roble del despacho se abrió de par en par con una violencia que hizo parpadear las lámparas de gas.

La señora Grix estaba en el umbral. Su rostro, habitualmente sereno, estaba gris y desencajado por el terror, mientras sus manos retorcían el delantal hasta formar un nudo apretado. Miró de Thaddeus a Lysander y abrió y cerró la boca dos veces antes de que lograra emitir sonido alguno.

—Señor —jadeó—. Amo Thaddeus.

Thaddeus frunció el ceño y soltó la pluma lentamente, molesto por la interrupción.

—¿Qué ocurre, Grix? —preguntó—. ¿Es que arde la cocina?

—Es la policía, señor —susurró la señora Grix; la palabra quedó suspendida en el aire como una maldición—. Los agentes están en el vestíbulo principal.

Lysander sintió que se le escapaba la sangre del rostro y se levantó tan deprisa que su silla chirrió ruidosamente contra los tablones del suelo.

—¿La policía? —Thaddeus se puso en pie, con el rostro ensombrecido por la indignación—. ¿Aquí? ¿En mi casa? ¿Qué significa esto?

—La señora los ha llamado —dijo la señora Grix, lanzando una mirada a Lysander preñada de una disculpa desamparada—. Ella... dice que ha habido un robo.

Lysander no esperó a su padre. Pasó por delante de la señora Grix y salió al pasillo con el corazón golpeándole las costillas con un ritmo frenético y nauseabundo, porque sabía, con una certeza terrible,

exactamente qué estaba pasando. Se dirigió a grandes zancadas hacia el vestíbulo principal mientras los pesados pasos de Thaddeus resonaban tras él, pasando ante los retratos de sus antepasados, que parecían contemplar el desastre inminente con un desdén pintado en el lienzo.

El vestíbulo principal era un espacio cavernoso de mármol blanco y negro que normalmente amplificaba el menor susurro, pero ahora estaba inundado por el sonido de una mujer sollozando.

Rowena Brunt estaba cerca del pie de la gran escalera, apretando un pañuelo de encaje contra su rostro y llorando con una intensidad teatral que revolvió el estómago de Lysander. Dos agentes con uniformes oscuros aguardaban con torpeza junto a la puerta, sosteniendo sus cascos en las manos y mostrándose incómodos en medio de tanta opulencia. Detrás de Rowena, apoyado en la barandilla con los brazos cruzados y una mueca de suficiencia en los labios, estaba Andrew.

Y allí, encogida cerca de la puerta de vaivén forrada de fieltro verde con el resto del personal de cocina, estaba Hesper.

Parecía pequeña y aterrorizada, con el rostro pálido bajo las manchas de polvo de carbón que no había tenido tiempo de lavarse, y se rodeaba el cuerpo con los brazos como si intentara desaparecer.

—¿Qué está pasando aquí? —tronó Thaddeus, entrando en el centro de la estancia como un general en un campo de batalla—. ¿Por qué hay policías en mi vestíbulo?

Rowena soltó un nuevo lamento y tropezó hacia su marido, agarrándolo por las solapas.

—¡Oh, Thaddeus! —exclamó, hundiendo el rostro en su abrigo—. ¡Ha desaparecido! ¡Mi broche de diamantes! ¡El que me diste por nuestro quinto aniversario! ¡Se lo han llevado!

Thaddeus le dio unas palmaditas en la espalda con torpeza y miró a los agentes.

—¿Un broche? —preguntó—. ¿Estás segura de que no lo has extraviado, querida? Pierdes las gafas a diario.

—¡No lo he extraviado! —Rowena se apartó, y sus ojos centellearon con una ira repentina y afilada bajo las lágrimas—. ¡Estaba en mi tocador! Me lo quité antes del baño y, cuando regresé, ¡ya no estaba! ¡Me lo han robado!

—¿Y has llamado a la policía de inmediato? —preguntó Thaddeus frunciendo el ceño—. ¿Sin registrar la habitación?

—¡Sé quién se lo ha llevado! —chilló Rowena, dándose la vuelta para señalar con un dedo tembloroso la fila de sirvientes—. ¡Sé exactamente a dónde ha ido a parar! ¡Ha sido ella!

Su dedo señaló directamente a Hesper.

Lysander dio un paso al frente, interponiéndose entre Rowena y el personal.

—Rowena, basta —dijo Lysander con la voz trémula por una rabia contenida—. No puedes acusar a alguien del servicio sin pruebas. Hesper ha estado en los sótanos toda la noche. No se ha acercado a tu habitación.

—¡Es una rata! —siseó Rowena, con la saliva saltando de sus labios —. ¡Se cuela por todas partes! Lleva semanas echando el ojo a mis joyas, Thaddeus. ¡La vi mirando! ¡Vi la codicia en sus ojos!

—Yo no he cogido nada, señora —dijo Hesper adelantándose, con voz apocada y temblorosa—. Se lo juro.

—¡Mentirosa! —chilló Rowena—. ¡Rata de alcantarilla! ¿Te crees que por haber engañado a mi hijastro puedes desvalijarme?

—¡Basta! —gritó Thaddeus, y el vestíbulo quedó en silencio.

Miró a Hesper con expresión severa pero no cruel. Se jactaba de su sentido de la justicia, de ser un magistrado ecuánime en su propio dominio, y miró alternativamente a la mujer que lloraba y a la muchacha aterrorizada.

—Si es inocente, el registro lo demostrará —dijo Thaddeus con calma—. No tolero a los ladrones en mi casa, pero tampoco tolero las falsas acusaciones. Agente, manténgase donde está. Señora Grix.

La señora Grix dio un paso al frente, con aspecto de estar mareada.

—¿Sí, señor?

—Trae las cosas de la chica —ordenó Thaddeus—. Su bolsa. Su delantal. Regístrala aquí mismo, delante de todos.

—Padre, esto es humillante —protestó Lysander, situándose al lado de Hesper—. No puede hacer esto.

—Si no tiene nada que ocultar, nada tiene que temer —dijo Thaddeus cruzándose de brazos—. Hazlo, Grix.

Hesper miró a Lysander con los ojos muy abiertos y oscurecidos por el pánico, y él sintió el impulso de coger su mano y huir, pero sabía que escapar solo parecería una confesión de culpabilidad. Le dedicó un leve asentimiento, tratando de transmitirle una confianza que él mismo no sentía.

—Todo irá bien —susurró Lysander—. Deja que miren. No encontrarán nada.

La señora Grix regresó un momento después con la maltrecha bolsa de lona de Hesper. La volcó sobre el suelo de mármol. Cayó la misma patética colección de objetos: dos camisones grises, un peine, una cinta.

—Registre los bolsillos —espetó Rowena, acercándose—. Compruebe los dobladillos.

La señora Grix palpó las ropas. Comprobó la bolsa. Sacudió la cabeza.

—Aquí no hay nada, señora —dijo la señora Grix, con el alivio patente en su voz—. Solo son sus cosas.

Thaddeus soltó un suspiro y miró a Rowena.

—¿Lo ves? —dijo—. Estás equivocada, Rowena. A lo mejor se cayó detrás de la cómoda.

—¡No! —Los ojos de Rowena iban de un lado a otro, maníacos y desesperados. Miró a Andrew, quien hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza hacia Hesper.

—¡Regístrenla a ella! —gritó Rowena—. ¡Miren en su delantal! Estas polillas de calle son astutas. ¡Cosen bolsillos en los forros!

—Señora, por favor —protestó la señora Grix.

—¡Hágalo! —gritó Rowena—. ¡O se va usted también a la calle!

La señora Grix se acercó a Hesper.

—Lo siento, muchacha —susurró.

Palpó el delantal de Hesper. Comprobó el bolsillo delantero. Nada. Deslizó la mano por el dobladillo interior, cerca de la cintura.

Se quedó helada.

Lysander vio cómo la sangre desaparecía del rostro de la señora Grix.

—¿Qué ocurre? —exigió Rowena, dando un paso al frente—. ¿Qué ha encontrado?

La señora Grix no se movió. Rowena alargó la mano y la hundió en el forro interior del delantal, rasgando la tela.

Sacó un objeto brillante.

La luz de la lámpara de araña incidió en los diamantes, esparciendo arcoíris por las paredes de mármol negro. Era un broche grande y ostentoso con forma de flor.

La habitación se sumió en un silencio sepulcral.

Lysander sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies. Miró el broche y luego a Hesper. Hesper contemplaba la joya con la boca abierta por la impresión, sacudiendo la cabeza lentamente.

—Yo... yo no sé cómo ha llegado eso ahí —susurró Hesper—. Yo no lo he puesto ahí.

—¡Ajá! —exclamó Rowena, alzando el broche como un trofeo—. ¿Lo ves? ¿Lo ves, Thaddeus? ¡Es una ladrona! ¡Una vulgar y sucia ladrona!

Thaddeus clavó la vista en los diamantes. Su rostro se endureció, la imparcialidad se desvaneció, sustituida por una ira fría y pétrea. Odiaba que lo tomaran por tonto. Odiaba el desorden.

—Confié en ti —le dijo a Hesper con voz baja y peligrosa—. Te di un hogar. Te di trabajo.

—Señor, por favor —suplicó Hesper, con las lágrimas surcando sus mejillas manchadas de hollín—. ¡Yo no lo he cogido! ¡Alguien debe de haberlo puesto ahí! ¡He estado en el sótano toda la noche!

—La prueba estaba en tu bolsillo —sentenció Thaddeus—. Agentes, arréstenla.

—¡No! —Lysander se plantó delante de Hesper—. ¡Padre, piense! ¿Para qué querría ella robarlo? ¿Dónde iba a venderlo? ¡Es una trampa! ¡Mire a Andrew! ¡Mírelo!

Andrew se separó de la barandilla, con el rostro convertido en una máscara de confusión inocente.

—¿Yo? —preguntó Andrew—. He estado en la sala de billar toda la mañana, hermano. No intentes cargarme a mí con los delitos de tu amiguita.

—¡Es un montaje! —gritó Lysander, agarrando el brazo de su padre —. ¡Andrew la amenazó! ¡Rowena la odia! ¿No se da cuenta?

—Lo que veo es un broche de diamantes en el bolsillo de una criada —dijo Thaddeus, zafándose de Lysander—. Quítate de en medio, Lysander. No te deshonres más defendiendo a una criminal.

Los agentes avanzaron. Uno de ellos agarró a Hesper del brazo con brusquedad.

—Vamos, tú —gruñó el policía.

—¡No! —gritó Hesper, forcejeando mientras el hombre tiraba de ella —. ¡Yo no lo he hecho! ¡Amo Lysander! ¡Ayúdeme!

Se retorció, intentando soltarse, con los pies resbalando sobre el mármol pulido. El otro agente la agarró del otro brazo. La arrastraron hacia atrás.

En el forcejeo, Hesper lanzó una patada. La cuerda de cáñamo que llevaba atada al tobillo se enganchó en la bota del agente y se rompió.

Clac.

Algo cayó de debajo de su falda y se deslizó por el suelo de mármol con un sonido sordo y hueco, girando hasta detenerse a los pies de Thaddeus.

Todos bajaron la mirada.

Era un relicario. De latón deslustrado y mate. Abollado y feo.

Rowena ahogó un grito.

Se llevó la mano a la garganta. Se quedó mirando aquel trozo de metal barato como si fuera una víbora. Lo reconoció. Sabía perfectamente qué era. Si Thaddeus lo recogía... si lo abría... si le preguntaba a Hesper de dónde había sacado un relicario con esas iniciales...

Lysander vio el pánico en los ojos de Rowena. Vio cómo miraba a Thaddeus, que se agachaba para recogerlo.

—¿Qué es esto? —preguntó Thaddeus, cogiendo el trozo de latón con dos dedos y mirándolo con asco—. ¿Más objetos robados?

—¡Es mío! —gritó Hesper, forcejeando contra el agarre de los agentes—. ¡Es mío! ¡Me lo dio mi madre! ¡Es lo único que tengo!

Thaddeus le dio la vuelta al relicario.

—¿Tu madre? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿Por qué ibas a robar un trozo de latón oxidado?

—¡Es una cleptómana! —chilló Rowena, con voz estridente y desesperada, rasgando el aire; se lanzó hacia delante, arrebatándole el relicario de la mano a Thaddeus antes de que pudiera examinarlo de cerca—. ¡Mírala! ¡Lo roba todo! ¡Diamantes, basura, no le importa!

—¡Devuélvamelo! —gritó Hesper—. ¡Es de mi madre!

—¡*No* es tuyo! —gritó Rowena, apretando el relicario contra su pecho, con los ojos desorbitados y maníacos—. ¡Es mío! Es un viejo recuerdo... ¡de mis tiempos de actriz! ¡Antes de conocerte, Thaddeus! ¡Debe de haberlo robado de mi joyero de recuerdos!

Thaddeus miró a su esposa, confuso.

—¿Tuyo? —preguntó Thaddeus—. Rowena, es hojalata. ¿Por qué guardarías algo así?

—¡Tiene valor sentimental! —insistió Rowena con el pecho agitado —. ¡Ábrelo! ¡Mira dentro! ¡Tiene mis iniciales de soltera! ¡R.G. Rowena Gault!

Thaddeus volvió a quitarle el relicario. Abrió el metal abollado con la uña del pulgar. Entornó los ojos para leer las letras grabadas en el interior.

R.G.

Miró a Rowena. Luego miró a Hesper.

Para él, la lógica era sencilla. La chica tenía las iniciales R.G. en un relicario. Rowena era R.G. La chica era una ladrona. Por lo tanto, la chica se lo había robado a Rowena.

No vio la verdad. No vio que la muchacha *era* el relicario: desechada, barata y con la marca de la mujer que la había abandonado.

—También has robado esto —dijo Thaddeus, mirando a Hesper con absoluto desprecio—. Has robado un diamante y has robado un recuerdo de nula importancia. Estás enferma.

—¡No! —sollozó Hesper, y sus piernas flaquearon de tal modo que los agentes tuvieron que sostenerla—. ¡Está mintiendo! ¡Ella lo tiró! ¡Es mío!

—Basta —sentenció Thaddeus. Lanzó el relicario de latón sobre la mesa auxiliar, donde aterrizó con un último y despectivo tintineo junto a un jarrón de lirios. Entregó el broche de diamantes al agente —. Tomen esto como prueba. Y llévensela. Quiero que se le aplique todo el peso de la ley.

—¡Lysander! —gritó Hesper mientras la arrastraban hacia las pesadas puertas de roble—. ¡Por favor! ¡Señor!

Lysander se quedó petrificado, con la vista fija en el relicario de latón que descansaba sobre la mesa. Se sentía como si estuviera bajo el agua; los gritos de Hesper le llegaban a través de una presión espesa y amortiguadora. Miró a Rowena.

Estaba pálida, temblando, apretando el pañuelo contra sus labios, mirando el relicario con una expresión de puro terror.

No lo había reclamado porque lo quisiera. Lo había reclamado para silenciarlo.

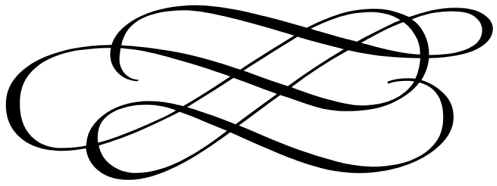
Las pesadas puertas se cerraron de golpe, ahogando los gritos de Hesper.

—Viento fresco —masculló Andrew, quitándose una pelusa de la chaqueta.

Thaddeus se frotó la cara, pareciendo de pronto viejo y cansado.

—Necesito una copa —dijo—. Rowena, ve a descansar. El sofocón te ha alterado.

CAPÍTULO 16



El Red Lion estaba envuelto en una densa nube de humo de tabaco y en un estruendo de carcajadas que parecía hacer vibrar las placas de estaño del techo, pero el ruido le resultaba lejano a Lysander Brunt mientras escudriñaba las profundidades de su vaso de whisky. El líquido ambarino se agitaba bajo la luz del gas, distorsionando el reflejo de su propio rostro hasta que pareció el de un extraño de ojos hundidos y aspecto fantasmal.

Philip estaba sentado frente a él, repantigado con las botas apoyadas en la silla vacía, con aire aburrido y ligeramente desdeñoso mientras hacía girar su propia copa.

—Parece que has asistido a un ahorcamiento —dijo Philip, con una voz que cortaba el estrépito—. O quizá al funeral de una mascota muy querida.

—Así es como me siento —masculló Lysander, dando un trago al whisky que le quemó la garganta al bajar, pero que no sirvió de nada para calmar el nudo gélido que sentía en el estómago.

—Era una criada, Lysander —suspiró Philip, poniendo los ojos en blanco hacia el techo—. Una criada. Y además una ladrona. Te comportas como si los cimientos del imperio se hubieran resquebrajado porque una chica no ha sabido mantener las manos fuera del joyero.

—Ella no lo hizo —anunció Lysander; las palabras brotaron de forma automática, aunque su mente fuera un campo de batalla lleno de dudas.

—El broche estaba en su bolsillo —señaló Philip, haciendo una seña a la camarera para pedir otra ronda—. Me he enterado de la historia por Andrew. Ha sido todo un escándalo. Estaba cosido al forro, ¿verdad? Eso requiere planificación. Eso requiere malicia.

—No tiene sentido —rebatió Lysander, apretando el vaso hasta que los nudillos se le pusieron blancos—. No es tonta, Philip. Es la persona más inteligente de esa casa. ¿Por qué iba a robar un diamante que no puede vender y guardárselo en el delantal mientras la policía está en la puerta?

—Porque los criminales son codiciosos —dijo Philip encogiéndose de hombros—. Y están desesperados. Estás proyectando tu propia moralidad en una chica que se ha criado en el arroyo. Olvídala. Hay muchos peces en el río, muchacho. Peces más limpios. Peces más ricos.

Matthew, que había estado fumando en su pipa en silencio, finalmente se inclinó hacia delante y puso una mano sobre la mesa de madera desconchada.

—Déjalo ya, Philip —dijo Matthew en voz baja—. No está guardando luto por la chica. Está guardando luto por su conciencia.

—Mi conciencia está perfectamente —mintió Lysander.

—¿Ah, sí? —Matthew le miró—. Tú mismo nos has hablado de la guerra que hay en tu casa. Nos has dicho que Rowena la quería fuera. Si de verdad crees que es inocente, Lysander, entonces tienes que preguntarte cómo llegó el broche hasta allí.

—Sé cómo llegó allí —susurró Lysander—. Rowena lo puso. O Andrew.

—Entonces ella es un daño colateral —sentenció Matthew—. Es la hierba que acaba pisoteada cuando los elefantes se pelean. Y si sabes eso... si sabes que se está pudriendo en una celda por una guerra que *tú* mantienes con tu madrastra... entonces quedarte aquí bebiendo whisky no va a arreglar nada.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Lysander, con la voz quebrada por la frustración—. Las pruebas eran innegables. Thaddeus las vio. La policía las vio. Si voy a verlos sin pruebas, pareceré un idiota defendiendo a una ladrona.

—Entonces consigue pruebas —dijo Matthew—. O admite que no te importa lo suficiente como para salvarla.

El desafío quedó suspendido en el aire entre ellos, afilado y brutal. Lysander miró a sus amigos —Philip con su mueca de privilegio, Matthew con su juicio silencioso— y se dio cuenta de que no podía quedarse allí. No podía borrar la imagen de Hesper gritando su nombre mientras se la llevaban a rastras.

Se puso en pie, haciendo chirriar la silla con fuerza contra las tablas del suelo.

—Tengo que irme —dijo Lysander.

—¿Huyendo otra vez? —le gritó Philip, riendo en su copa.

Lysander no respondió mientras se abría paso entre la multitud de la taberna hacia el aire fresco de la noche. Paró un carruaje y dio la orden de ir a Obsidian Hall, sentado en la oscuridad mientras los cascos de los caballos repiqueteaban contra los adoquines, con un ritmo que hacía eco de los latidos de su corazón.

Cuando llegó a la casa, silenciosa y dormida, no fue a su habitación. Subió por la estrecha escalera del servicio y el aire se volvió más frío a medida que ascendía al ático. Se movía como un ladrón en su

propia casa, guiado por la luz de la luna que se filtraba por el tragaluz.

Abrió la puerta del cuarto de Hesper.

Estaba vacío.

Lo habían desmantelado por completo. La cama tenía solo el colchón, la jofaina estaba seca y el suelo barrido. Era como si ella nunca hubiera existido, borrada por la eficiencia de la señora Grix y la ira de Rowena.

Lysander se quedó de pie en medio de la minúscula estancia, sintiendo una oleada de dolor abrumadora. Aquí era donde ella vivía. En esta caja pequeña y fría era donde ella soñaba con ahorrar cinco chelines.

Se arrodilló junto a la cama, buscando... algo. ¿Una cinta olvidada? ¿Un rasguño en la pared?

Su mano rozó una tabla suelta del suelo, cerca del cabecero del catre. Se movió ligeramente.

Frunció el ceño. Metió los dedos por la rendija y levantó la madera.

Debajo, acurrucado entre el polvo de las vigas, había un libro.

No era un diario propiamente dicho. Era un viejo libro de contabilidad, encuadernado en cuero maltratado. Lysander lo cogió con las manos temblorosas. Lo abrió.

Las páginas estaban llenas de escritura; la misma letra cuadrada y cuidadosa que había visto en los bocetos del tejado.

4 de noviembre, decía la entrada. *La casa es grande. El trabajo es duro. El joven señor es un sapo con chaleco de seda.*

Lysander dejó escapar una risa ahogada y llorosa. Ella le había odiado. Y tenía razón al hacerlo.

Pasó las páginas, leyendo sus pensamientos, sus observaciones sobre la casa, su estudio secreto de los libros de la biblioteca que limpiaba. Vio la mente que había admirado, floreciendo en la oscuridad sobre papel robado.

Entonces, un trozo de papel suelto salió volando de la parte posterior del libro.

Lysander lo atrapó antes de que tocara el suelo. Era antiguo, amarillento y frágil, desgastado en los pliegues como si hubiera sido doblado y desdoblado mil veces.

Lo sostuvo bajo la luz de la luna.

Era una carta. O una nota. La caligrafía era una letra elegante y curva; culta, femenina.

Mi querido bebé, decía. *No puedo quedarme contigo. El mundo es cruel con las mujeres como nosotras, y tengo una oportunidad de ascender. Tengo la oportunidad de ser alguien. Si me quedo contigo, me quedo en el arroyo. Si te dejo, puedo convertirme en una reina. Algún día comprenderás que la supervivencia es una elección. No me busques. Rowena.*

Lysander se quedó mirando el nombre.

Rowena.

Se le heló la sangre. Lo leyó de nuevo.

Rowena.

Pensó en la escena del pasillo. Pensó en el guardapelo de latón rodando por el mármol. Pensó en el pánico de Rowena, en su grito

desesperado: *—¡Es mío! ¡Tiene mis iniciales de soltera! ¡R.G.!*

R.G.

Rowena Gault.

La habitación pareció dar vueltas. El guardapelo no se lo robó a Rowena. El guardapelo era *de* Rowena. Era la «basura» que la señora Sneed le había arrojado a Hesper. Era lo único que la madre de Hesper le había dejado.

—Dios mío —susurró Lysander, apretando la carta—. No es una ladrona. Es su hija.

La revelación le golpeó con la fuerza de un impacto físico. Rowena Gault, la actriz que se había casado con su padre hacía quince años. Hesper Vane, la chica que tenía unos dieciocho años. Las cuentas cuadraban. Rowena había abandonado a una niña para casarse con un hombre rico, para borrar su pasado. Y cuando ese pasado entró en su cocina vistiendo un vestido gris, Rowena había intentado destruirlo.

Lysander se puso en pie, con el diario sujeto en la mano. La confusión se había esfumado. La duda había desaparecido. En su lugar había una furia fría y ardiente que agudizaba su visión como un cortador de diamantes.

No fue a ver a su padre. No fue a ver a Rowena. Necesitaba pruebas que se sostuvieran ante un tribunal, pruebas que ni siquiera Thaddeus pudiera ignorar.

Bajó las escaleras y se dirigió a los establos, gritando al mozo que preparara el caballo más rápido. No esperó al carruaje. Él mismo ensilló a su yegua y salió galopando por las puertas, con el viento agitando su abrigo a su espalda mientras cabalgaba hacia la ciudad.

El hospicio de St. Jude era una fortaleza de miseria en la oscuridad, con las ventanas enrejadas y sombrías. Lysander aporreó la puerta hasta que la pesada madera se estremeció.

El bedel abrió la mirilla, con los ojos legañosos por el sueño.

—Estamos cerrados —gruñó—. Vuelve al amanecer.

—Abra esta puerta —gritó Lysander—. Soy Lysander Brunt. Ábrala ahora o haré que el magistrado la eche abajo.

La mirilla se cerró de golpe. Luego se escucharon pasos. Los pesados cerrojos chirriaron y la puerta se abrió con un gemido.

Lysander pasó por delante del sobresaltado bedel y avanzó por el familiar y maloliente pasillo hacia el despacho de la señora Sneed. Abrió la puerta de una patada.

La señora Sneed estaba despierta, sentada junto al fuego con una botella de ginebra, contando un montón de monedas de cobre. Se levantó de un salto, llevándose la mano al pecho.

—¡Señor Brunt! —jadeó—. Casi me da un ataque al corazón. Es plena noche.

—Quiero los registros —dijo Lysander, entrando en la habitación y cerrando la puerta tras de sí—. Los de Hesper Vane.

La mirada de la señora Sneed se desvió hacia un lado. Se humedeció los labios.

—¿Hesper Vane? —repitió—. Ya no está bajo mi cargo, señor. Ahora le pertenece a usted.

—Quiero sus registros de ingreso —dijo Lysander, acercándose al escritorio e inclinándose sobre él—. Quiero saber quién la trajo aquí. Quiero saber quién firmó los papeles.

—Eso es confidencial —dijo la señora Sneed, hinchando el pecho en una pobre imitación de autoridad—. Los registros de la parroquia están sellados. Y además, yo no era la directora entonces. Eso fue hace quince años. Es probable que los registros se hayan perdido.

—Búsquelos —ordenó Lysander.

—Llevaría horas —se quejó la señora Sneed—. Y el sótano está frío. De verdad, señor, ¿a qué viene tanto alboroto por una pinche de cocina? ¿Ha robado algo? Ya le dije a su madrastra que daría problemas.

—¿Le dijo usted que daría problemas? —preguntó Lysander con voz peligrosa—. ¿O fue ella quien se lo dijo a usted?

La señora Sneed se puso pálida.

—No sé a qué se refiere.

Lysander metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó su bolsa de monedas. Pesaba debido a los soberanos de oro. La dejó caer sobre el escritorio. Aterrizó con un golpe seco que hizo saltar la botella de ginebra.

—Hay veinte libras ahí —dijo Lysander—. Eso es más de lo que gana usted en cinco años. Tráigame el libro de contabilidad de hace quince años, y tráigalo ahora. O iré a la policía y les hablaré de la chica que vendió al burdel de Fleet Street.

La señora Sneed se quedó mirando la bolsa. La codicia luchaba contra el miedo en sus ojos acuosos.

—Yo... tal vez pueda encontrarlo —susurró.

Cogió la bolsa y se apresuró hacia un pesado armario de hierro en la esquina. Forcejeó con un manojo de llaves, con las manos temblorosas, hasta que la cerradura hizo clic. Abrió la puerta oxidada

y sacó un volumen polvoriento encuadernado en cuero que olía a humedad.

Lo soltó sobre el escritorio y lo abrió, pasando las páginas amarillentas con los dedos húmedos.

—Vane... Vane... —masculló—. Ah. Aquí.

Señaló una entrada cerca de la parte inferior de una página.

Lysander miró.

Era una «Escritura de Renuncia» estándar, el documento legal utilizado cuando un progenitor entregaba a un niño a la parroquia.

Nombre del niño: *Hesper.*

Fecha: *14 de octubre.*

Motivo de la renuncia: *Indigencia.*

Firma del padre/tutor:

Lysander se inclinó más. La tinta se había desvanecido a un tono marrón, pero la firma era inconfundible. Era la misma letra elegante y curva que acababa de ver en la carta hallada en el diario. La misma mano que firmaba las cuentas de la casa en Obsidian Hall.

Rowena Gault.

Lysander se quedó mirando el nombre. Estaba allí. Irrefutable. En blanco y negro.

—Ella misma la trajo —masculló la señora Sneed, escudriñando la entrada—. Aquí dice que la madre era actriz. Una comediante itinerante. No podía quedarse con la cría y buscar marido al mismo tiempo.

Lysander sintió una oleada de náuseas tan fuerte que tuvo que agarrarse al borde del escritorio para mantenerse en pie. Rowena no solo había abandonado a Hesper; la había entregado legalmente como si fuera una pieza de equipaje no deseada para poder casarse con Thaddeus Brunt. Y durante quince años, había vivido rodeada de lujos a pocos kilómetros de distancia mientras su hija fregaba suelos y comía gachas.

Y cuando el destino las había reunido, en lugar de redención, Rowena había elegido la destrucción.

—Gracias —dijo Lysander, con voz fría y plana.

Cogió el libro de registro.

—¡Eh, un momento! —protestó la señora Sneed—. ¡No puede llevarse el libro! ¡Es propiedad de la parroquia!

—Demándeme —dijo Lysander.

Se metió el pesado libro bajo el brazo y salió del despacho, dejando a la señora Sneed contando su oro.

Regresó hacia su caballo, sin que el aire frío de la noche hiciera nada por apagar el fuego que sentía en la sangre. Tenía el arma que necesitaba. Tenía la verdad. Y pensaba hacer que los muros de Obsidian Hall se derrumbaran sobre la cabeza de Rowena.

CAPÍTULO 17

El pesado libro de contabilidad encuadernado en cuero le quemaba el costado a Lysander como si fuera un carbón al rojo vivo mientras abría de una patada las puertas de la biblioteca y entraba en la sala con el barro del camino aún pegado a sus botas. Thaddeus estaba junto a la chimenea con una copa de brandy en la mano y levantó la vista con un ceño fruncido que flaqueó al ver el aspecto salvaje y desaliñado de su hijo.

—¿Lysander? —preguntó Thaddeus, bajando la copa—. ¿Dónde has estado? Son las tres de la mañana y pareces un bandolero.

—He estado en el hospicio —dijo Lysander mientras golpeaba el libro parroquial sobre el escritorio que los separaba—. Y he descubierto la verdad que estabas demasiado ciego para ver.

—¿La verdad? —Thaddeus frunció el ceño y dio un paso adelante—. ¿De qué estás balbuceando?

—Rowena —comenzó Lysander, con la mano apoyada en la cubierta del libro—. Ella es...

Estrepitoso estrépito.

Las puertas principales de la mansión se abrieron de par en par con una violencia que hizo vibrar las tablas del suelo. Se produjo un

alboroto en el vestíbulo, gritos y el sonido de pasos pesados y frenéticos corriendo sobre el mármol.

Thaddeus se giró hacia la puerta justo cuando un hombre irrumpía en la biblioteca.

Era Thomas, el capataz del turno de noche de la fábrica. Estaba irreconocible, cubierto de pies a cabeza de barro gris y polvo de ladrillo, y de una brecha en su frente manaba sangre que se mezclaba con la mugre para pintar una máscara terrorífica en su rostro. Se quedó allí, jadeando en busca de aire, con el pecho sibilante.

—¡Señor Brunt! —jadeó Thomas, aferrándose al marco de la puerta para mantenerse en pie—. ¡Señor! ¡Tiene que venir!

—¿Thomas? —Thaddeus soltó su copa y esta se hizo añicos en el hogar de la chimenea—. ¿Qué ocurre? ¿Hay un incendio?

—Son las viviendas de alquiler —logró articular Thomas—. El número cuatro. El tejado... oh Dios, señor, el tejado se ha venido abajo.

Lysander sintió que se le retiraba la sangre del rostro y la habitación pareció inclinarse. El número cuatro. El de la viga combada. Aquel sobre el que Hesper le había advertido.

—La lluvia —susurró Lysander—. Las tejas se hicieron demasiado pesadas.

—Ha aplastado el piso superior —sollozó Thomas, limpiándose los ojos con una mano sucia—. La familia Murphy... estaban durmiendo. No podemos llegar hasta ellos. Las paredes se están combando y los hombres tienen miedo a excavar.

Thaddeus se quedó helado en el centro de la habitación y su rostro adquirió un tono gris enfermizo. Abrió la boca pero no salió sonido alguno porque lo sabía. Había visto las cartas. Las había arrugado.

—¿Cuántos? —preguntó Lysander, dando un paso adelante y agarrando a Thomas por el hombro—. ¿Cuántos hay atrapados?

—Seis —dijo Thomas—. Quizá siete. Los pequeños...

Thaddeus se tambaleó y se agarró al respaldo de una silla.

—Yo... —balbuceó Thaddeus—. No pensé que... la pizarra...

—Cállate —espetó Lysander, y la orden cortó la parálisis de su padre.

No miró el libro de contabilidad. No miró la prueba de los pecados de Rowena. Eso podía esperar.

—Thomas, escúchame —dijo Lysander con voz firme y autoritaria—. Vuelve. Dile a los hombres que no muevan el madero principal. Si mueven el madero, el resto de la pared se vendrá abajo. ¿Entiendes?

—Sí, señor —asintió Thomas frenéticamente.

Lysander se dio la vuelta y se dirigió a zancadas hacia el cordón de la campana, tirando de él con tanta fuerza que casi se rompe.

—Necesitamos carros —gritó Lysander mientras aparecía un lacayo con aspecto aterrorizado—. ¡Despertad a los mozos de cuadra! Quiero todos los carros de plataforma enganchados y llevados a las viviendas de inmediato. Traed linternas. Traed mantas. Y decidle a la cocinera que hierva agua y traiga el botiquín.

—¡Sí, señor! —El lacayo se alejó a toda prisa.

Lysander cogió su pesado abrigo de montar de la silla donde lo había tirado y se volvió hacia su padre. Thaddeus seguía de pie junto a la silla, mirándose las manos como si estuvieran manchadas de sangre.

—Padre —dijo Lysander.

Thaddeus no se movió.

—¡Thaddeus! —gritó Lysander.

Thaddeus levantó la vista, con los ojos huecos.

—Yo los he matado —susurró Thaddeus—. Tiré la carta.

—Nos vamos —dijo Lysander, agarrando a su padre del brazo y arrastrándolo hacia la puerta—. Ahora. Ya te sentirás culpable más tarde, pero ahora mismo vas a ayudarme a sacarlos de allí.

La escena en las viviendas era una pesadilla pintada de barro y lluvia. La tormenta había pasado pero quedaba la llovizna, volviendo resbaladizos los adoquines y convirtiendo los patios de tierra en cenagales. Una multitud de mujeres y niños permanecía en la calle, lamentándose y apretándose los chales sobre los hombros, mientras un grupo de hombres tiraba frenéticamente de un montón de escombros que antes había sido un hogar.

Las linternas oscilaban en la oscuridad, proyectando sombras largas y saltarinas que hacían que la ruina pareciera una boca llena de dientes rotos.

—¡Atrás! —rugió Lysander mientras saltaba del carruaje antes incluso de que se detuviera—. ¡Atrás! ¡Estáis desestabilizando el terreno!

Los hombres levantaron la vista, sorprendidos de ver al joven señor saltando al barro con sus finas ropas. Lysander corrió hacia el montón, sus ojos recorriendo con la vista los restos, no con pánico, sino con la geometría que Hesper le había ayudado a ver.

—¡Dejad de tirar de esos ladrillos! —ordenó Lysander, señalando a un hombre que tiraba de una sección de pared—. Esa es una esquina de carga. Si eso cede, la chimenea les caerá encima.

—¡Tenemos que sacarlos! —gritó el hombre, con el rostro surcado por las lágrimas—. ¡Mi hermano está ahí dentro!

—Y lo matarás si derribas la chimenea —dijo Lysander, cogiendo un trozo de madera del suelo—. Aquí. Primero tenemos que apuntalar este dintel. Vosotros tres, traed esa viga. Calzadla aquí.

Se movía con una seguridad que nunca había sentido en el salón, con las manos llenas de barro y el abrigo arruinado. Dirigía a los hombres como el director de una orquesta, gritando instrucciones, señalando los puntos de tensión y utilizando su conocimiento de los muros con cámara de aire para encontrar los huecos donde el aire —y los supervivientes— podrían permanecer.

—Con cuidado —mandó Lysander mientras levantaban una pesada sección del tejado—. Esperad... escuchad.

Un débil llanto surgió de debajo de la pizarra.

—¡Aquí! —Lysander cayó de rodillas en el barro—. Cavad aquí. Pero usad las manos. Nada de palas.

Thaddeus permanecía junto al carruaje, paralizado. Observaba a su hijo, el chico al que había llamado blando, el chico del que se había mofado por hacer dibujos, dirigiendo a cincuenta rudos trabajadores de la fábrica con una valentía que le avergonzaba. Vio la forma en que los obreros escuchaban a Lysander, la forma en que lo miraban con confianza, y sintió que su propio legado se desmoronaba junto con la mampostería.

—¡Tirad! —gruñó Lysander, apartando una enorme viga de roble con una fuerza nacida de pura adrenalina.

Se abrió un hueco entre los escombros.

—¡Los veo! —gritó Thomas—. ¡Veo una mano!

Lysander se agachó hacia el agujero oscuro.

—¡Cógeme la mano! —gritó—. ¡Te tengo!

Uno a uno, los fueron sacando. Un padre, tosiendo polvo. Una madre, abrazando a un bebé que milagrosamente lloraba a pleno pulmón. Un niño pequeño con una pierna rota.

—¡Traed las mantas! —gritó Lysander por encima del hombro—. ¡Llevadlos a los carros!

No se detuvo. Cavó hasta que sus dedos sangraron, impulsado por la rabia que sentía hacia su padre y la necesidad desesperada de demostrar que la advertencia de Hesper no había sido en vano.

Al amanecer, sacaron al último superviviente.

El sol salió sobre una escena de devastación. La casa había desaparecido, reducida a un montón de ladrillos húmedos y madera astillada. Las familias estaban acurrucadas en los carros, recibiendo té y vendajes del personal de la casa que Lysander había movilizado.

Un carruaje negro subió por la calle, con los caballos abriéndose paso entre los escombros. Un hombre con un severo sombrero hongo bajó, portando un maletín de cuero.

Era el Sr. Henderson, el inspector de viviendas.

Thaddeus se encogió contra la rueda de su carruaje mientras Henderson se acercaba, observando la ruina con ojo crítico.

—Sr. Brunt —dijo Henderson, con voz seca y oficial.

Thaddeus se pasó una mano temblorosa por la boca.

—Sr. Henderson —graznó Thaddeus—. Una... una tragedia. La tormenta...

—La tormenta ha revelado la negligencia —le cortó Henderson, golpeando con el pie un trozo de teja de arcilla porosa que yacía en el suelo—. He visto los informes sobre estas tejas, señor. Son deficientes. Y me han dicho los vecinos que se presentaron quejas hace meses.

Thaddeus miró al suelo.

—Yo...

—Esto es una negligencia grave —dijo Henderson, abriendo su maletín—. Voy a emitir una citación. La multa será cuantiosa. Cinco mil libras. Y a la espera de una investigación sobre las otras estructuras, la Corona podría proceder a embargar los derechos sobre la tierra por violaciones de seguridad. Su fábrica podría ser clausurada, Sr. Brunt.

Thaddeus emitió un pequeño sonido de ahogo y se desplomó contra la rueda del carruaje, escondiendo el rostro entre las manos. Todo había terminado. El imperio que había construido, la reputación que había custodiado, habían desaparecido.

—Está acabado —pensó Lysander, mirando a su padre. El titán de Staffordshire no era más que un hombre viejo y roto en un abrigo embarrado.

Lysander dio un paso adelante, limpiándose la sangre de las manos en los pantalones.

—Sr. Henderson —dijo Lysander.

El inspector se giró, mirando al joven cubierto de inmundicia.

—¿Y usted quién es?

—Soy Lysander Brunt —dijo él, manteniéndose erguido—. Soy el arquitecto de esta propiedad.

Henderson levantó una ceja.

—¿El arquitecto?

—Sí —dijo Lysander—. Y tengo planos preparados. Planos adecuados. Planos seguros.

Metió la mano en el bolsillo de su abrigo, no buscando los planos, sino la autoridad que se había estado negando a sí mismo durante años.

—Pagaremos la multa —dijo Lysander con firmeza—. De inmediato. Y comenzaremos la reconstrucción de las veinte casas a partir de mañana. Usaremos pizarra. Reforzaremos los cimientos. E instalaremos bombas de agua interiores.

Henderson se mostró escéptico.

—Esa es una promesa cara, joven.

—Es una inversión necesaria —dijo Lysander—. Mi padre... se retira. Yo asumo la gestión de la propiedad y de la fábrica. Puede dirigir todas las futuras notificaciones a mi nombre.

Se volvió hacia Thaddeus.

—Padre —dijo Lysander en voz baja.

Thaddeus levantó la vista, con los ojos húmedos y enrojecidos. Miró al inspector, luego a la casa en ruinas y finalmente a su hijo. Vio la fuerza en la mandíbula de Lysander, la misma fuerza que él había intentado sacarle a base de golpes, pero refinada en algo útil.

—Yo... —susurró Thaddeus—. Yo no puedo arreglar esto.

—Lo sé —dijo Lysander—. Pero yo sí.

Thaddeus asintió lentamente, con los hombros hundidos mientras el peso de treinta años se desvanecía. Parecía pequeño.

—Hazlo —dijo Thaddeus con voz ronca—. Haz lo que quieras. Es tuyo.

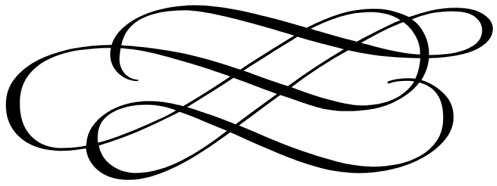
Lysander se volvió de nuevo hacia el inspector.

—Tiene mi palabra —dijo Lysander—. Y tendrá el primer borrador de los nuevos planos en su mesa para el mediodía. Ahora, si me disculpa, tengo heridos que atender.

No esperó a que le dieran permiso para marcharse. Se dio la vuelta y caminó hacia los carros, dejando a su padre y al inspector plantados en el barro. Había salvado a los inquilinos. Se había hecho con el negocio.

Pero cuando su mano rozó el bolsillo donde aún descansaba el libro parroquial, pesado y condenatorio, supo que el verdadero trabajo no había hecho más que empezar. Tenía una ruina más que limpiar, y su nombre era Rowena.

CAPÍTULO 18



El reloj de pie del vestíbulo dio las cuatro; el sonido resonó por la casa silenciosa como un toque de difuntos mientras Lysander abría la puerta principal de una patada y prácticamente arrastraba a su padre a través del umbral. Thaddeus era un peso muerto a su lado, con el abrigo arruinado por la arcilla y las botas dejando rastros de lodo en el inmaculado mármol blanco y negro, pero a Lysander no le importaba el suelo porque su mente estaba centrada por completo en el libro de contabilidad de cuero que llevaba bajo el brazo y en la necesidad ardiente de terminar lo que había empezado.

—¡Grix! —gritó Lysander, con la voz ronca tras horas dirigiendo el rescate—. ¡Trae brandy! ¡Y enciende el fuego en el despacho!

Thaddeus tropezó, apoyándose pesadamente en la barandilla mientras jadeaba en busca de aire, con el rostro gris y manchado por el polvo de la casa de campo derrumbada.

—No puedo —jadeó Thaddeus, negando con la cabeza—. No puedo enfrentarme a ella, Lysander. No esta noche.

—Te enfrentarás a ella —dijo Lysander, apretando el brazo de su padre hasta que casi resultó doloroso—. Te has enfrentado a la ruina que has provocado fuera, padre, y ahora te enfrentarás a la ruina de dentro. Muévete.

Guió a Thaddeus hacia el despacho, abriendo las puertas de par en par con el hombro. El fuego de la rejilla estaba apagado, dejando la estancia fría y con olor a humo de cigarro rancio, un marcado contraste con el caos de barro y sangre que acababan de dejar atrás. Lysander empujó a Thaddeus hacia su sillón de cuero y se giró para encender las lámparas de gas; el siseo del combustible llenó el silencio.

—Vaya —una voz cortó la penumbra desde un rincón de la habitación—. Debo decir que los dos tenéis un aspecto absolutamente repugnante.

Rowena Brunt se levantó de la *chaise longue* en las sombras, con su bata de seda brillando bajo la tenue luz. Parecía molesta, como si fueran invitados que llegaban tarde a una fiesta en lugar de hombres que regresaban de un desastre.

—Rowena —graznó Thaddeus, cubriéndose los ojos—. Vete a la cama.

—¿Que me vaya a la cama? —se mofó Rowena, caminando hacia ellos con una mueca de desagrado al ver sus ropas embarradas—. ¿Cómo voy a dormir con tanto alboroto? Los sirvientes han estado corriendo toda la noche como pollos sin cabeza, susurrando algo sobre un derrumbe. Me ha arruinado la noche, Thaddeus. Tenía dolor de cabeza y el ruido era insoportable.

Se detuvo frente al escritorio y miró a Lysander con el labio superior curvado en un gesto de desprecio.

—Y tú —espetó—, ¿jugando a ser el héroe en el barro? Hueles a establo.

—Ha muerto gente, Rowena —dijo Lysander con voz gélida y pausada—. O casi han muerto. Familias enteras han quedado sepultadas.

—Y eso es una tragedia, estoy segura —dijo Rowena con un gesto despectivo de la mano—. Pero para eso están los capataces. No tenías por qué traer todo ese fango a *mi* casa.

Hizo una pausa y entrecerró los ojos al ocurrírsele un pensamiento.

—Hablando de basura —dijo, apoyándose en el escritorio—, ¿se llevó la policía a esa sirvienta? ¿Sigue pudriéndose en una celda? Quiero asegurarme de que los cargos se mantengan, Thaddeus. No quiero que vuelva a arrastrarse por aquí.

Thaddeus emitió un sonido parecido al de un animal herido y se llevó las manos a la cabeza.

—Cállate —susurró Thaddeus.

—¿Perdona? —Rowena parpadeó.

—Ha dicho que te calles —dijo Lysander, dando un paso adelante hasta cernirse sobre ella, con el libro de contabilidad pesándole en la mano.

—No me hables así —replicó Rowena, irguiendo la espalda—. Soy la señora de esta casa y estoy haciendo una pregunta sencilla. ¿Está la ladrona en la cárcel?

—Está en la cárcel —dijo Lysander—. Pero no es ninguna ladrona.

—¡Vimos el broche! —exclamó Rowena, mirando a Thaddeus en busca de apoyo—. ¡Estaba en su bolsillo! ¡Thaddeus, díselo! ¡Dile que es una criminal!

—Hoy casi pierdes tu negocio, padre —dijo Lysander, ignorándola y hablando directamente al hombre destrozado que ocupaba el sillón —. Ignoraste la podredumbre del tejado y eso casi te cuesta todo. Pero estás a punto de perder tu honor, y esta vez no podrás recuperarlo con dinero.

Lanzó el pesado libro de registro del hospicio sobre el escritorio de caoba.

Catacroc.

El polvo se levantó ante el impacto.

—¿Qué es esto? —preguntó Rowena, mirando el maltrecho libro con desdén.

—Es el registro de ingresos del hospicio de St. Jude —dijo Lysander —. De hace quince años.

Rowena se quedó petrificada. El rostro se le puso lívido tan rápido que pareció que le hubieran dado una bofetada, dejando que el colorete destacara como moratones en sus mejillas.

—¿Por qué...? —tragó saliva con dificultad—. ¿Por qué tendrías tú eso?

—Ábrelo —ordenó Lysander.

—No lo haré —dijo Rowena, dando un paso atrás—. Esto es una tontería. Me voy a la cama.

—¡Ábrelo! —rugió Thaddeus, sobresaltándolos a ambos.

Levantó la cabeza de las manos, con los ojos inyectados en sangre y desorbitados. Señaló el libro con un dedo tembloroso.

—Léelo, Rowena.

A Rowena le temblaba la mano mientras la extendía. Abrió la tapa. Lysander se adelantó y pasó las hojas —el sonido del papel seco resultó estruendoso en la habitación— hasta encontrar la entrada marcada.

Presionó el dedo contra el renglón.

—Léelo —dijo Lysander.

Rowena clavó los ojos en la página. No articuló palabra.

—Si no lo haces tú, lo haré yo —dijo Lysander, leyendo en voz alta—. **Nombre de la niña: Hesper. Madre: Rowena Gault. Fecha: 14 de octubre.**

Thaddeus se puso en pie lentamente, apoyándose en el escritorio. Miró el libro. Miró a su esposa.

—Gault —susurró Thaddeus—. Ese era tu apellido cuando te conocí.

—Es una falsificación —jadeó Rowena, retrocediendo hasta chocar con la librería—. ¡Miente! ¡Se lo ha inventado! ¡Intenta arruinarme porque me odia!

—La señora Sneed lo ha verificado —dijo Lysander sin tregua, sacando de su bolsillo un trozo de papel amarillento y doblado: la nota que había encontrado en el diario de Hesper—. Y si necesitas más pruebas, aquí está la carta que dejaste con el relicario. El relicario que ayer afirmaste que era tuyo. El relicario con *tus* iniciales.

Arrojó la nota sobre el escritorio, junto al libro abierto.

—Compara la caligrafía, padre —dijo Lysander—. Fíjate en el trazo de la "L". Mira la firma. Es la misma mano que firma los cheques de la casa cada semana.

Thaddeus bajó la vista hacia la nota. *No puedo quedarme contigo... Tengo la oportunidad de prosperar.*

Reconoció la letra al instante. La había visto en cartas de amor. La había visto en menús.

Miró a Rowena y, por primera vez en quince años, el velo de adoración se desprendió por completo. No vio a la hermosa y joven actriz que había rescatado de una compañía ambulante. Vio a una mujer que había vendido a su propia sangre por un vestido de seda.

—Es tu hija —susurró Thaddeus, con la voz temblorosa por el horror —. La chica de la cocina. La chica a la que pegaste con el bastón. La chica a la que tendiste una trampa.

—¡Lo hice por nosotros! —gritó Rowena, perdiendo los estribos por completo—. ¡Tenía que hacerlo! ¡No podía permitir que una bastarda me arrastrara al fondo! ¡Tú querías una esposa, Thaddeus, no una lavandera con un mocoso! ¡Lo hice para ser alguien!

—Le tendiste una trampa —dijo Thaddeus rodeando el escritorio con los puños apretados—. Tú pusiste ese broche. Supiste quién era en cuanto entró en esta casa, ¿verdad? Por eso se te cayó la taza de té.

—¡Es una mala hierba! —siseó Rowena, acorralada y cruel—. ¡Vino aquí para destruirme! ¡Tiene sus ojos, Thaddeus! ¡Tiene los ojos del hombre que me abandonó! ¡No podía mirarla! ¡No podía tenerla en mi casa!

—Así que la enviaste a prisión —dijo Thaddeus con una voz cargada de un asco tan profundo que inundó la sala—. Estabas dispuesta a dejar que se pudriera en una celda, o que fuera deportada a las colonias, solo para ocultar tu secreto. Estabas dispuesta a destruir a una chica inocente —a tu propia hija— para salvar tu reputación.

—¡Ella no es nada! —exclamó Rowena—. ¡Es una sirvienta! ¡No importa!

—Importa más que tú —dijo Thaddeus.

Se detuvo frente a ella. Miró su vestido de seda, sus joyas, su peinado perfecto, y luego miró el barro de sus propias manos. Él

había sido negligente. Había sido codicioso. Pero nunca había llegado a esto.

—Creía que yo era un hombre duro —dijo Thaddeus en voz baja—. Creía conocer el precio de los negocios. ¿Pero esto? Esto no son negocios. Esto es maldad pura.

—Thaddeus, por favor —Rowena intentó tocarlo, con los ojos desorbitados por el pánico al darse cuenta de que sus encantos no funcionaban—. Soy tu esposa. Soy la señora de Obsidian Hall.

Thaddeus le apartó la mano de un golpe.

—Eres un monstruo —sentenció.

Se giró hacia Lysander.

—A la comisaría —dijo Thaddeus recuperando su tono de mando, aunque sonaba quebradizo—. Envía a un mensajero. No, ve tú mismo. Retira los cargos. Diles que fue un error. Diles que el broche ha aparecido.

—Lo haré —dijo Lysander.

—Y tú —Thaddeus se volvió hacia Rowena, recomponiendo su abrigo arruinado—, haz las maletas.

—¿Qué? —jadeó Rowena—. No puedes hablar en serio. ¿Adónde iré?

—No me importa —dijo Thaddeus—. Vete a Londres. Vete al infierno. Pero no vas a pasar ni una noche más bajo mi techo. Ya no eres la señora de esta casa. Eres una intrusa.

—¡No puedes hacerme esto! —chilló Rowena, agarrándole del brazo —. ¡Soy tu esposa! ¡El escándalo! ¡Piensa en el escándalo!

—El escándalo de un divorcio no es nada comparado con la vergüenza de vivir contigo —dijo Thaddeus, apartándole los dedos

de la manga uno a uno—. Tienes una hora. Si no te has ido al amanecer, haré que vuelvan los agentes. Y esta vez, tendrán a una auténtica criminal a la que arrestar.

Le dio la espalda y caminó hacia la chimenea, contemplando las brasas apagadas.

—Sácala de mi vista, Lysander —susurró Thaddeus—. Antes de que olvide que soy un caballero.

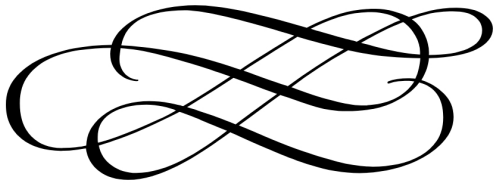
Rowena se quedó allí, abriendo y cerrando la boca, mirando alternativamente la espalda de su marido y el rostro gélido y triunfante de Lysander. Vio el libro de contabilidad sobre el escritorio —el registro del ingreso que ella misma había firmado quince años atrás— y comprendió que el pasado que había enterrado finalmente había logrado salir de su tumba.

Soltó un sollozo de pura rabia y huyó de la habitación; el sonido de sus pasos retirándose escaleras arriba marcó el fin de su reinado.

Lysander miró los hombros hundidos de su padre y luego recogió el libro de registro y la nota.

—Voy a por Hesper —dijo Lysander.

CAPÍTULO 19



Hesper Vane estaba sentada en el banco de madera estrecho en la esquina de la celda de retención y se abrazó las rodillas contra el pecho para conservar el calor mientras el frío húmedo de las paredes de piedra se filtraba a través de su delgado vestido. Había pasado las últimas seis horas mirando fijamente los barrotes de hierro oxidado y contando las grietas del suelo para impedir que su mente se desviase hacia los aterradores pensamientos sobre barcos y grilletes. Sabía lo que les sucedía a las chicas como ella que eran condenadas por robo grave, porque Mrs. Sneed solía contar historias sobre los barcos de transporte a Australia donde las ratas eran más grandes que los gatos y las mujeres eran vendidas por el precio de una copa.

Cerró los ojos y apoyó la frente contra las rodillas, intentando evocar la imagen de la casa a medio construir en el bosque o la sensación del abrigo de Lysander alrededor de sus hombros, pero los recuerdos se sentían como humo deslizándose entre sus dedos.

La pesada puerta de hierro al final del pasillo se abrió de golpe.

Hesper se sobresaltó y se acercó aún más a la esquina, esperando al magistrado o a los guardias del transporte con sus cadenas. Pasos pesados resonaron en las losas de piedra, acompañados del tintineo de llaves.

El alguacil se detuvo frente a su celda. Se veía cansado e irritable mientras metía una llave grande en la cerradura.

—Vamos, levántate —gruñó, girando el mecanismo con un sonido áspero y raspante.

Hesper se levantó lentamente, las piernas rígidas y temblando.

—¿Ya es hora? —susurró, apretando las manos para dejar de temblar—. ¿Me voy a los muelles?

El alguacil abrió la puerta de par en par y se apartó.

—Te vas a casa, chica —dijo, enganchando los pulgares en el cinturón—. Los cargos han sido retirados. La señora Brunt retiró la acusación.

Hesper parpadeó, las palabras sin sentido en la neblina de su agotamiento.

—¿Retirados? —preguntó—. Pero... ella dijo que lo vio. Dijo que lo robé.

—Y ahora dice que fue un malentendido —encogió de hombros el constable, luciendo aburrido—. La gente rica cambia de opinión como el viento cambia de dirección. Eres libre de irte. Alguien te está esperando fuera.

Hesper salió de la celda, los pies sintiéndose ligeros y sin anclaje, como si el suelo hubiese desaparecido. Siguió al constable a través de la estación, pasado el área de borrachos y el mostrador de registro, y salió al aire frío de la noche de la calle.

Un coche estaba esperando bajo la luz del gas, su laca negra brillando en la llovizna.

Una figura se apartó de la puerta.

—Hesper.

Era Lysander.

Se veía como si hubiese estado en una guerra porque su abrigo estaba arruinado, cubierto de barro gris espeso y polvo de ladrillo que manchaba su cara y apelmazaba su cabello. Sus ojos estaban enrojecidos y hundidos por el agotamiento, pero cuando la vio, la tensión en sus hombros se rompió y soltó un aliento que sonaba como una plegaria.

—¿Señor? —susurró Hesper, mirando la suciedad de su ropa—. ¿Qué le ha pasado? Está cubierto de...

—No importa —dijo Lysander, cruzando la acera en dos zancadas largas para llegar hasta ella—. ¿Te han herido? ¿Te han maltratado?

Extendió la mano como si fuese a tocarle la cara pero se detuvo, sus manos flotando en el aire antes de dejarlas caer a los lados.

—Estoy bien —dijo Hesper, aunque sentía que podría desplomarse—. Solo me dejaron en la oscuridad. El alguacil dijo... dijo que los cargos habían sido retirados.

—Así fue —dijo Lysander, su voz sombría—. Vamos. Vamos a sacarte de aquí.

Abrió la puerta del coche y la ayudó a entrar, su agarre firme en el codo como si temiese que desapareciese si la soltaba. Entró por el lado opuesto y golpeó el techo, y el coche se movió hacia delante, las ruedas sonando sobre los adoquines.

El interior era cálido y olía a cuero y a tabaco suave. Hesper se acurrucó en la esquina, mirando a Lysander, que estaba limpiando el barro de sus manos con un pañuelo que ya estaba manchado de negro.

—¿Por qué? —preguntó Hesper, rompiendo el silencio porque la pregunta estaba quemando un agujero en su pecho—. ¿Por qué lo hizo? Me odia, Señor. Quería que me fuera. ¿Por qué iba a retirar los cargos y dejarme libre?

Lysander dejó de limpiar sus manos y la miró. La luz del gas de las farolas que pasaban parpadeaba sobre su cara, iluminando los moratones en su mandíbula y la luz feroz y triste en sus ojos.

—No tuvo opción —dijo Lysander en voz baja—. Me aseguré de eso.

—¿Le habló? —preguntó Hesper—. ¿La convenció?

—No la convencí —dijo Lysander—. Destruí su poder de chantaje.

Metió la mano en el bolsillo de su abrigo arruinado y sacó un libro pequeño y golpeado. Hesper lo reconoció al instante. Era su libro mayor, el que mantenía bajo las tablas del suelo, el que contenía sus secretos y la carta.

—Lo encontró —susurró, sintiendo una ola de vergüenza—. Lo leyó.

—Lo hice —dijo Lysander—. Entré en tu habitación cuando te llevaron. Necesitaba saber... necesitaba encontrar algo para ayudarte.

Se inclinó hacia delante y le tomó la mano, ignorando el hollín en su propia piel y la aspereza de la suya.

—Hesper, escúchame —dijo—. Encontré la carta de tu madre en la parte trasera del libro. Y fui al orfanato esta noche. Obligué a Mrs. Sneed a abrir los archivos antiguos.

El corazón de Hesper comenzó a martillear contra sus costillas.

—¿Por qué? —preguntó sin aliento—. ¿Qué importancia tiene?

—Importa por el nombre —dijo Lysander—. El nombre del medallón, Hesper. *R.G.* Y el nombre en el registro parroquial.

Apretó su mano.

—Rowena Gault.

Hesper lo miró fijamente. El nombre flotó entre ellos, pesado e imposible.

—No entiendo —dijo, negando con la cabeza—. Rowena Gault... ese es el apellido de soltera de la señora. Ella dijo que el medallón era suyo.

—Era suyo —dijo Lysander suavemente—. Y se lo dio a su bebé antes de dejarla en St. Jude's hace quince años.

Hesper se quedó inmóvil. El sonido de las ruedas del coche se desvaneció en un zumbido sordo.

—No —susurró.

—Firmó los formularios de admisión —dijo Lysander, observando su cara con una ternura que dolía—. Era actriz, Hesper. Era pobre y quería casarse con mi padre, pero no podía hacerlo teniendo una hija. Así que te entregó. Te vendió a la parroquia para poder convertirse en Mrs. Brunt.

Hesper retiró la mano y la presionó contra su boca. El mundo se inclinó sobre su eje.

Rowena.

La mujer del vestido de seda. La mujer que había mirado a Hesper con un odio instantáneo e irracional desde el momento en que entró en el estudio. La mujer que la había golpeado con un bastón. La mujer que había intentado enviarla a la cárcel.

—¿Es mi madre? —preguntó Hesper con la voz entrecortada, las palabras con sabor a veneno.

—Es la mujer que te dio a luz —corrigió Lysander con fiereza—. No es una madre. Una madre protege. Ella intentó destruirte.

Hesper se envolvió los brazos alrededor del estómago, meciéndose ligeramente mientras la comprensión se estrellaba sobre ella. Tenía sentido. Tenía un sentido terrible y asqueroso.

—Por eso me odiaba —susurró Hesper, mirando el suelo del coche—. No porque fuese torpe. No porque fuese pobre.

—Te odiaba porque tienes su cara —dijo Lysander suavemente—. Te odiaba porque eres un espejo viviente del pasado que intentó enterrar. Cada vez que te miraba, veía el pecado que cometió para obtener su riqueza. La aterrabas, Hesper.

—Ella sabía —dijo Hesper, las lágrimas brotando de sus ojos, calientes y punzantes—. Sabía quién era yo. Cuando dejé caer el medallón... lo reconoció. Me reconoció a mí.

—Ella sabía —confirmó Lysander—. E intentó incriminarte para deshacerse de ti antes de que alguien se enterase.

Hesper cerró los ojos y dejó escapar un sollozo estremecedor. No lloró por Rowena. No sentía amor alguno por el monstruo del vestido violeta, no ansiaba a la mujer que la había abandonado.

Lloró por la niña de cinco años que había estado sentada en los escalones del orfanato esperando a que alguien viniese por ella. Lloró por las noches que había dormido en la fría sala de lavandería, agarrando un pedazo de latón y soñando que su madre era una señora amable y hermosa que la había perdido por accidente.

Lloró porque había tenido razón todo el tiempo: era inútil para Rowena. Era basura para ser descartada.

—Me pegó —sollozó Hesper, su voz quebrándose—. Me hizo fregar la bodega de carbón. Intentó enviarme a Australia. Y era mi madre.

Lysander se movió entonces, cruzando el pequeño espacio del coche para sentarse a su lado. La envolvió en sus brazos, apretándola contra su pecho, sin importarle la suciedad en su abrigo ni las lágrimas empapando su camisa.

—Lo siento mucho —susurró en su cabello, sosteniéndola firme mientras temblaba—. Lo siento mucho, Hesper. Te merecías algo mejor. Te merecías ser amada.

—Pensé que era nada —sollozó Hesper en su hombro, agarrando sus solapas—. Ella me hizo sentir como si fuera nada.

—Eres todo —dijo Lysander, su voz feroz—. Eres más fuerte de lo que ella jamás fue. Ella vendió su alma por una casa, Hesper. Tú sobreviviste el infierno y mantuviste la tuya. Vales diez veces más que ella.

Hesper lloró hasta que no quedaron lágrimas, drenando el dolor de toda una vida en la seguridad de sus brazos. El coche continuó traqueteando a través de la oscuridad, llevándolos lejos de la cárcel y hacia un futuro que era de repente, aterradoramente abierto.

—¿Dónde está ella? —preguntó Hesper finalmente, apartándose y limpiándose la cara con la manga—. Si lo sabe... ¿lo sabe Thaddeus?

—Lo sabe —dijo Lysander con aire sombrío—. Le mostré el libro mayor. La echó. Está haciendo las maletas ahora mismo. Se habrá ido al amanecer.

Hesper asintió lentamente, sintiendo un entumecimiento frío y duro instalarse sobre la herida en carne viva de su pecho. Rowena se había ido. El monstruo había sido desterrado.

—¿Y a dónde vamos? —preguntó Hesper, mirando por la ventana las sombras que pasaban—. No puedo volver allí, Señor. No puedo dormir bajo ese techo.

—Lo sé —dijo Lysander—. No te estoy llevando a la mansión. Te estoy llevando a la clínica.

—¿A la clínica?

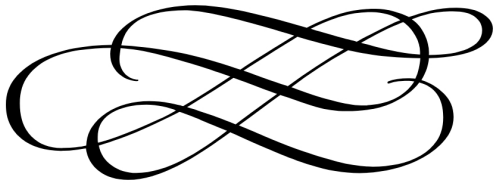
—Para ver a Bea —dijo Lysander suavemente—. Pensé que querías estar con tu verdadera familia esta noche.

Hesper lo miró, sorprendida. Lo recordaba. En medio del derrumbe, la policía, la revelación de la traición de su madrastra, recordaba a Bea.

—Gracias —susurró, su voz temblando de nuevo.

—No tienes que agradecerme —dijo Lysander, tomando su mano de nuevo y sosteniéndola en su agarre cálido y fuerte—. Te lo dije, Hesper. Te veo.

CAPÍTULO 20



Hesper cruzó las puertas de hierro de Obsidian Hall por última vez y la grava crujió bajo sus botas con un sonido que se sentía extrañamente como un corazón volviendo a latir en un pecho que había estado vacío demasiado tiempo. El sol de la mañana luchaba por disipar la niebla que se aferraba al fondo del valle y la casa se alzaba ante ella, tan oscura e imponente como siempre; pero ya no la aterrorizaba, porque al monstruo que vivía dentro le habían arrancado los colmillos. No llevaba puesto su uniforme de criada, sino el vestido gris con el que había llegado, limpio y planchado por las enfermeras de la clínica, y apretó con fuerza su pequeño bolso de lona mientras subía los escalones de piedra.

Las puertas principales estaban abiertas.

El vestíbulo principal, que solía ser un hervidero de actividad disciplinada, estaba lleno de susurros caóticos y apagados mientras los sirvientes correteaban de un lado a otro cargando pesados baúles. Se detuvieron al verla, con los ojos muy abiertos, y la señora Grix hizo una pausa al pie de la escalera con una pila de sábanas en los brazos para dedicarle a Hesper un pequeño y triste gesto de reconocimiento con la cabeza.

Hesper no se detuvo a hablar porque solo quería recoger sus cosas del desván y abandonar aquel lugar para siempre. Se dirigió hacia la escalera, pero su camino estaba bloqueado por una montaña de equipaje apilada cerca de la puerta.

—Cuidado, pedazo de alcornoque —espetó una voz desde las sombras— Ese baúl contiene mi seda de París.

Rowena Brunt salió de detrás de un pilar.

Parecía destrozada. La impecable y aterradora señora de la casa había desaparecido, sustituida por una mujer que parecía diez años mayor que ayer. Tenía el rostro pálido y demacrado, los ojos ribeteados de rojo, y vestía un traje de viaje de lana gris severo que le colgaba del cuerpo. No llevaba sus joyas.

Hesper se detuvo y la miró.

Rowena se quedó paralizada al ver a Hesper. El labio se le contrajo automáticamente en una mueca de desprecio, un reflejo de odio que parecía grabado en sus mismos huesos.

—Tú —siseó Rowena, apretando su retículo con los nudillos blancos — Has vuelto para regodearte, ¿verdad? Has venido a ver el espectáculo.

—He venido a por mi diario —dijo Hesper con calma— Y por mi cinta. Y para asegurarme de que de verdad os ibais.

Rowena soltó una carcajada, un sonido quebradizo y seco que resonó en los suelos de mármol.

—Marcharme... —escupió— Exiliada es la palabra. Thaddeus me envía a una casita de viuda en Yorkshire. ¡A Yorkshire! Es un tugurio, Hesper. Un agujero húmedo y miserable con dos sirvientes y una asignación miserable. ¿Estás contenta? ¿Es esto lo que querías?

—Quería una madre —dijo Hesper— Pero me di cuenta hace mucho tiempo de que no iba a tener ninguna.

Rowena hizo una mueca como si Hesper la hubiera golpeado. Dio un paso hacia ella, entornando los ojos, desesperada por recuperar

algún rastro de su poder.

—Te crees que has ganado —se mofó Rowena, inclinándose para que Hesper pudiera oler el rancio miedo en su aliento— ¿Crees que porque Thaddeus sabe la verdad, de repente eres una dama? No eres nada. Sigues siendo solo una rata de cloaca que restregaba mis suelos. Siempre serás basura, Hesper. Igual que lo era yo antes de arreglarme.

Hesper miró a la mujer que la había traído al mundo. Observó las finas arrugas alrededor de los ojos de Rowena y la amargura que tiraba de su boca, y comprendió que Lysander tenía razón. Rowena no era un monstruo. Solo era una mujer aterrorizada y egoísta que había construido un castillo sobre unos cimientos de mentiras.

Hesper no gritó. No lloró. Irguió la espalda y miró a Rowena Brunt a los ojos.

—Soy una rata de cloaca —dijo Hesper en voz baja— y estoy orgullosa de ello.

Rowena parpadeó, confundida.

—Sobreviví al hospicio —continuó Hesper, avanzando hasta que Rowena tuvo que retroceder— Sobreviví a las fábricas. Sobreviví al sótano del carbón. Y sobreviví a ti. Crees que la alcantarilla es una debilidad, pero me ha hecho lo bastante fuerte como para estar aquí mientras te desmoronas.

—No me estoy desmoronando —siseó Rowena, aunque le temblaba la barbilla.

—Tienes un carruaje lleno de seda —dijo Hesper, señalando los baúles— Tienes tu nombre. Pero mira a tu alrededor. No hay ni una sola persona en este vestíbulo a la que le importe si vives o mueres. Vendiste a tu hija a cambio de esta casa, y ahora has perdido ambas cosas.

Hesper respiró hondo, sintiendo que el último peso se liberaba de su pecho.

—No he ganado yo, madre —dijo Hesper, usando la palabra como un arma— Solo has perdido tú.

Rowena la miró fijamente, abriendo y cerrando la boca, atónita ante el uso del título del que había huido durante quince años. Miró el rostro de Hesper —su propio rostro, más joven y fuerte— y, por primera vez, pareció derrotada.

—Coged las maletas —le susurró Rowena a un lacayo, dando la espalda a Hesper— Sacadlas de aquí. Quiero irme de este pozo infernal.

Salió por la puerta sin mirar atrás, una reina sin reino, huyendo para esconderse en el norte.

—Aire fresco —masculló una voz.

Andrew Brunt estaba junto a la puerta de la biblioteca, apoyado contra el marco con las manos en los bolsillos. Tenía un aspecto hosco y enfadado, y el rostro aún amoratado por la pelea con Lysander. Se despegó de la pared y caminó hacia Hesper, con un brillo malvado en los ojos ahora que su madre se había ido.

—Así que —soltó Andrew con desdén, bloqueando el camino de Hesper hacia la puerta— la criadita se cree especial ahora. Has arruinado a mi familia, ¿lo sabes? Tú y tus mentiras.

—Quítate, Andrew —dijo Hesper, agarrando su bolso— me voy.

—Todavía no —se mofó Andrew, acercándose más— ¿Crees que porque mi madre se ha ido estás a salvo? Yo sigo aquí. Y me debes este moratón. Tal vez te lo cobre de tu propio pellejo antes de que te largues. ¿Quién me lo va a impedir? Mi padre está destrozado y Lysander está...

—¡Andrew!

Thaddeus Brunt estaba en lo alto de las escaleras. Parecía más viejo que el día anterior, con los hombros hundidos y el rostro gris, pero su voz aún conservaba el estruendo de la fábrica. Bajó las escaleras lentamente, con la vista fija en su hijo.

—Padre —gimoteó Andrew, poniendo su cara de inocente— Me estaba insultando. Está causando problemas otra vez.

—Cállate —dijo Thaddeus al llegar al último escalón— Lo he oído todo.

—¡Nos ha arruinado! —gritó Andrew, señalando a Hesper— ¡Madre se ha ido por su culpa!

—Tu madre se ha ido porque es una criminal —dijo Thaddeus con frialdad— Y tú estás peligrosamente cerca de seguir sus pasos.

A Andrew se le cayó la mandíbula.

—¿Qué?

—Te retiro la asignación —dijo Thaddeus con voz monótona— Tu paga mensual se ha acabado. Tus cuentas están congeladas. Has vivido como un parásito en esta casa demasiado tiempo, Andrew, bebiendo mi vino y maltratando a mi personal.

—¡No puede hacer eso! —gritó Andrew, poniéndose rojo— ¡Soy su hijo! ¡Soy un caballero!

—Eres un niño —le corrigió Thaddeus— Y vas a aprender a ser un hombre. Mañana te presentarás en la fábrica a las seis de la mañana. Trabajarás en el taller. Mezclarás arcilla y cargarás hornos hasta que comprendas el valor de un chelín. Si completas un año entero de trabajo sin quejarte, hablaremos de tu futuro. Si no... puedes irte a Yorkshire a vivir con tu madre.

Andrew lo miró, horrorizado.

—¿Trabajar? —chilló Andrew—. Pero... mis manos...

—Sacadlo de aquí —indicó Thaddeus a dos corpulentos lacayos— Llevadlo a su habitación. Empieza mañana.

—¡No! —gimió Andrew mientras los lacayos lo agarraban por los brazos— ¡Padre! ¡No puede! ¡Está sucio! ¡No lo haré!

Se lo llevaron a rastras, pataleando y lloriqueando como un niño pequeño, dejando un rastro de silencio tras de sí.

Thaddeus suspiró y se frotó la cara con una mano cansada. Se volvió hacia Hesper. Se quedó mirándola largo rato, escrutando su rostro, viendo el fantasma de la mujer a la que había amado y la realidad de la hija a la que ella había desechado.

Parecía incómodo, un hombre gigante encogiéndose dentro de su propia piel.

—Hesper —dijo Thaddeus en voz baja.

—Señor —respondió Hesper, sin hacer la reverencia.

—Yo... —Thaddeus se aclaró la garganta y buscó en el bolsillo de su abrigo. Sacó un sobre pesado— He hablado con Lysander. Me lo ha contado todo. Lo del hospicio. Lo de la señora Sneed.

Hesper no dijo nada.

—No puedo deshacer lo que se hizo —dijo Thaddeus, mirando el sobre que tenía en las manos— No puedo devolverte los años que has perdido. Pero puedo darte un futuro.

Le tendió el sobre.

—Es un cheque —dijo Thaddeus— Una orden bancaria. Es una suma considerable, Hesper. Suficiente para comprar una casa. Suficiente para vivir cómodamente. Considéralo... considéralo una dote. O una herencia.

Hesper miró el sobre. Pensó en los cinco chelines que había ahorrado. Pensó en Bea muriendo en la clínica porque dos libras era demasiado.

Alargó la mano y cogió el sobre. No lo abrió.

—No aceptaré caridad, señor —dijo Hesper con firmeza— Y no aceptaré ninguna dote, porque no le pertenezco para que me entregue.

Thaddeus hizo una mueca de dolor.

—Hesper, por favor. Eres mi hijastra. Técnicamente.

—No —Hesper negó con la cabeza— Soy Hesper Vane. Aceptaré este dinero, señor, pero no como un regalo. Lo aceptaré como salarios atrasados. Por quince años de fregar suelos en instituciones que usted y gente como usted olvidaron. Y lo aceptaré como indemnización por la vara que su esposa usó sobre mi espalda.

Thaddeus la miró, viendo la entereza de su carácter, y asintió lentamente.

—Me parece justo —susurró—. Salarios e indemnización. Es menos de lo que mereces.

—Es suficiente —dijo Hesper, guardándose el sobre en el bolsillo.

—¿Te quedarás? —preguntó Thaddeus, con una nota de esperanza en la voz—. A Lysander... le gustaría que te quedases. La casa será diferente ahora. Podrías tener una habitación. Una habitación de verdad.

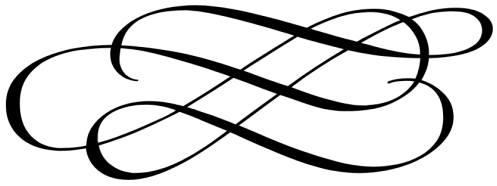
—No puedo —dijo Hesper, mirando a su alrededor en aquel vestíbulo grandioso y frío—. Esta casa está llena de fantasmas, señor. Y tengo una vida que empezar. Le prometí a mi amiga que la salvaría, y ahora puedo hacerlo.

Se echó el bolso de lona al hombro.

—Adiós, señor Brunt —dijo.

—Adiós, Hesper —dijo Thaddeus, retrocediendo para dejarla pasar.

CAPÍTULO 21



La campana de latón sobre la puerta de *Modas Vane* repicó con una alegre claridad que atravesó el murmullo de la conversación y el *clic-clic* de las tijeras. Hesper Vane levantó la vista del libro de contabilidad extendido sobre el mostrador de caoba, apartándose un mechón de pelo rebelde tras la oreja con una mano que ya no estaba roja ni en carne viva.

La luz del sol entraba por el gran ventanal, iluminando rollos de tela en azul, carmesí y oro. Aquello distaba mucho de las paredes grises de St. Jude y de la oscura piedra de Obsidian Hall. Aquí, el aire era cálido y las risas eran de verdad.

—Bea —llamó Hesper, girándose hacia la mesa de corte donde una joven de mejillas sonrosadas y rostro lozano medía un trozo de terciopelo—. La señora Miller necesita que le subas el dobladillo cinco centímetros. ¿Puedes encargarte tú de los alfileres?

Bea levantó la vista y sonrió; su pecho subía y bajaba sin el menor contratiempo ni carraspeo. La tos que casi la mató hace seis meses era un fantasma, desterrado por las buenas medicinas, la comida caliente y una habitación seca sobre la tienda.

—Ya me pongo con ello, Hes —dijo Bea, cogiendo un alfiletero—. Mary está terminando los botones de la seda azul. Vamos adelantadas.

Hesper asintió, sintiendo una oleada de orgullo que nada tenía que ver con la vanidad y sí mucho con la supervivencia. Miró alrededor de la tienda a las otras cuatro chicas que había contratado: todas procedentes del asilo, todas con un sueldo que les permitía comprar su propio pan y ahorrar para su futuro. No solo estaba confeccionando vestidos; estaba levantando una fortaleza.

La campana volvió a sonar.

El parloteo en la tienda cesó al instante, sustituido por unas risitas respetuosas y contenidas de las chicas más jóvenes.

Hesper se volvió hacia la puerta.

Lysander Brunt estaba allí, llenando el marco. Parecía un hombre distinto al que había dejado en el carruaje seis meses atrás. La mirada atormentada había desaparecido de sus ojos, sustituida por una energía tranquila y decidida. Vestía un sencillo abrigo de tweed, con el dobladillo empolvado, y llevaba un gran rollo de papel bajo el brazo.

Se quitó el sombrero, revelando un cabello alborotado por el viento y más largo de lo que dictaba la moda.

—Buenas tardes, señorita Vane —dijo Lysander con voz cálida.

—Señor Brunt —respondió Hesper, luchando contra la sonrisa que amenazaba con romper su compostura profesional—. ¿A qué debo el placer? ¿Se ha vuelto a desgarrar el abrigo?

—No —dijo Lysander, acercándose al mostrador—. Aunque el polvo de ladrillo es persistente. Vengo ahora mismo de la cresta sur.

—¿De las casitas?

—Terminadas —dijo Lysander, posando el sombrero en el mostrador —. La número cuatro está totalmente restaurada. Tejados de pizarra,

vigas reforzadas y las bombas interiores funcionan. El agua sale limpia.

—¿Y su padre? —preguntó Hesper en voz baja—. ¿Cómo se está tomando las mejoras?

Lysander soltó una risa corta y suave.

—Thaddeus se está... adaptando. Ahora pasa los días en el invernadero. Dice que las orquídeas son menos rebeldes que yo. Ya no viene mucho a la fábrica. Confía en mí para gestionarla.

—Debería —dijo Hesper—. Es usted bueno en ello.

—Tengo buenos asesores —dijo Lysander, clavando sus ojos en los de ella.

Había mantenido las distancias durante seis meses. La había visitado, se había interesado por ella, le había enviado clientes, pero nunca la había presionado. Le había dado el espacionecesario para construir su propia vida, para demostrarse a sí misma que no lo necesitaba para sobrevivir. Había esperado hasta que ella dejara de ser una doncella en apuros para convertirse en una mujer que se valía por sí misma.

—No he venido por un abrigo —dijo Lysander, dando unos golpecitos al rollo de papel bajo el brazo—. He venido a enseñarle algo.

Desenrolló los planos sobre el mostrador, sujetando las esquinas con un tarro de botones y unas pesadas tijeras de sastre.

Hesper se inclinó hacia delante, esperando ver los planos de un nuevo horno o un almacén.

Era una casa.

Pero no era una casita de obrero, ni era una monstruosidad gótica como Obsidian Hall. Era elegante pero práctica, construida de ladrillo rojo con grandes ventanales orientados al sur.

—¿Qué es esto? —preguntó Hesper, trazando una línea con el dedo.

—Una propuesta —dijo Lysander.

Señaló una habitación en la planta baja, inundada de luz en el dibujo.

—Un cuarto de costura —dijo—. Con el suelo reforzado para los telares y claraboyas para captar el sol de la mañana.

Deslizó el dedo hacia la parte trasera de la casa.

—Un jardín —continuó—. Pero no para rosas. Para hierbas. Para cosas que sean útiles.

Hesper observó los planos. Vio los muros con cámara de aire. Vio los conductos de ventilación. Vio el cuidado en cada línea, la seguridad en cada ángulo.

—Es preciosa —susurró—. ¿Para quién es?

Lysander rodeó el mostrador. Se situó junto a ella, lo bastante cerca para que pudiera sentir su calor, pero no la tocó. Todavía no.

—Puedo levantar muros, Hesper —dijo Lysander suavemente, con la voz ronca por la emoción—. Puedo asegurarme de que el tejado aguante y el agua corra. Puedo hacer que una casa sea segura. Pero una casa está fría sin un corazón.

Se volvió hacia ella, despojándose de todos los títulos y de la historia que los separaba hasta que solo quedó un hombre mirando a la mujer que lo había salvado.

—Tú eres el corazón —dijo Lysander—. Siempre lo fuiste. Incluso cuando fregabas el suelo. Incluso bajo la lluvia.

Hesper lo miró. Vio al niño que se había sentido solo en una casa inmensa. Vio al hombre que la había sacado de los escombros de los pecados de su familia. Vio a un compañero.

Volvió a bajar la vista hacia el plano. Señaló la línea del tejado.

—La inclinación es escasa —dijo ella en tono burlón, aunque sus ojos brillaban—. Si usas pizarra, necesitarás un refuerzo en esa cercha central. O la nieve romperá la unión.

Lysander echó la cabeza hacia atrás y rió, un sonido de alegría pura y sin cargas que llenó la tienda.

—Necesita una techumbre mejor —añadió ella, sonriéndole.

—Entonces ven y ayúdame a construirla —dijo Lysander.

Él alargó la mano y cogió la de ella. Esta vez, no hubo miedo. No estaba Rowena acechando en las sombras. No había ningún guardapelo de latón que la pesara.

—Sí —susurró Hesper.

Lysander se inclinó y la besó.

Bea se aclaró la garganta ruidosamente desde la mesa de corte, y las otras chicas soltaron risitas, pero Hesper no se apartó. Le devolvió el beso, reclamándolo igual que él la había reclamado a ella.

—Vamos —dijo Lysander, apartándose pero manteniendo su mano entre las suyas—. Vayamos a ver el terreno. La luz es perfecta ahora mismo.

Hesper cogió su chal. Miró a Bea, que le guiñó un ojo y le hizo un gesto con la mano para que se fuera.

—Vete —articuló Bea sin emitir sonido.

Hesper rodeó el mostrador. Se cogió del brazo de Lysander, no como una sirvienta que camina tras su señor, sino como una igual que camina junto a su amor.

Salieron juntos de la tienda, con la campana anunciando su partida, y caminaron por la bulliciosa calle. El sol brillaba sobre los adoquines, el humo de la fábrica era más tenue de lo que solía ser y el camino que tenían por delante estaba totalmente despejado.

OTRAS OBRAS DE SYBIL COOK

The Foundry Daughter's Spark

Nell Halloway conoce bien el fuego. Trabaja con él. Lo respeta. Y sabe qué ocurre cuando se le da un mal uso.

Cuando irrumpe en la silenciosa mansión de Bram Thorne para robar medicinas para un niño moribundo, Nell espera un castigo. En su lugar, acaba vinculada al mismo hombre que es dueño de la fundición Grimmstone, un industrial marcado por las cicatrices y atormentado por un incendio que mató a su padre y cambió el pueblo para siempre.

De día, Nell forja cadenas en la fundición que un día dio empleo a su padre. De noche, trabaja en la casa de Bram, descubriendo rastros de un pasado que fue enterrado deliberadamente. Un nombre que falta en un monumento. Un diario oculto en un escritorio cerrado con llave. Planes para un futuro más limpio que nunca debieron ser encontrados.

A medida que aumenta la presión en las calderas y un poderoso rival se mueve para silenciar la verdad, Nell comprende que su padre no murió como un criminal. Murió como testigo. Y ella es la única que queda para terminar lo que él empezó.

La chispa que porta podría destruir la fundición o salvarla.

Y bajo el resplandor de las llamas, entre el peligro y la justicia, Nell y Bram deben decidir qué están dispuestos a arriesgar por la verdad, por el pueblo y por el otro.

DESCÁRGALO YA